A close-up portrait of a young woman with long, wavy brown hair and blue eyes. She is wearing a large, ornate, multi-colored earring. The background is a plain, light-colored wall.

ELLA SE  
LLEVÓ  
CONSIGO  
MÁS QUE LA  
PRUEBA DE SU  
INOCENCIA...  
SE LLEVÓ SU  
CORAZÓN.

SCARLETT  
O'CONNOR

# *Cameron*

*Señoritas americanas 2*



**D.J.57**

SCARLETT  
O'CONNOR  
*Cameron*  
*Señoritas americanas 2*

Copyright © 2018 Lune Noir

All rights reserved.

ISBN:9781790165315

*A todas las mujeres, de todas las épocas, que han luchado incansablemente  
por un mundo más justo.*

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Nuestro catálogo](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

# Capítulo 1

Virginia, Estados Unidos, 1854.

La ansiedad de Cameron Madison se perdía entre el ir y venir de los esclavos con los últimos preparativos para la noche. Ella, como actual señorita de la casa, actuaría de anfitriona. No era algo que le molestara, llevaba un año realizando esa actividad, desde que el luto por su madre había terminado. Había sido educada para ese rol, y le salía de manera natural. Aun así, agradecía que le diera la excusa para mostrarse perturbada, pues la razón del latir acelerado de su corazón debía permanecer oculto un tiempo más.

—Señorita Cameron, las habitaciones...

Cameron se detuvo junto a Gasira para repasar la asignación de recámaras. La mujer de piel de ébano y cuerpo entrado en carnes era lo más parecido a una madre que la señorita Madison tenía por ese entonces. Su nombre inglés era Victoria, pues había nacido el mismo día que la actual reina, pero Cameron se había acostumbrado a llamarlos a todos ellos por sus nombres reales.

—Los hombres solteros en el ala oeste, las familias en el este —La voz le tembló hacia el final—, al señor Walsh ubíquelo en la última recámara del oeste.

—Sí, señorita.

El rubor se le instaló en las mejillas tras la última petición, y allí permaneció durante las horas de preparativos. El requerimiento nada tenía que ver con las comodidades de Walsh, sino con lo accesible de su habitación y lo fácil que era perderse desde allí hacia la arboleda.

La relación con Sean Walsh había comenzado el verano pasado, cuando el empresario ferroviario de Chicago inició sus negociaciones para transportar

algodón por tierra hacia el norte. Sean la cautivó de inmediato, y el sentimiento fue recíproco. Apenas si podían cortar el contacto visual en las cenas, en los bailes o en los paseos. La búsqueda de la privacidad para una charla íntima fue inevitable, así como las consecuencias de estar a solas.

El festejo por el quincuagésimo cumpleaños de su padre se presentaba como la ocasión idónea para que Sean Walsh hablase con Arnold Madison y pidiera la mano de su única hija en matrimonio. De todos modos, la promesa del hombre iba más allá de la aprobación del terrateniente; como bien sabía Cameron, cuando algo se proponía el empresario, lo conseguía. Y le había asegurado que nada ni nadie podría separarlos. Ella se sentía confiada del paso que daría y del hombre que había elegido, aunque eso no impedía que el temor ante la reacción de su padre la embargara. Sabía que Arnold tenía otras aspiraciones para ella, no tenía intenciones de abultar su cuenta bancaria ni ampliar los territorios algodoneiros de los Madison, para qué, si ya eran los más grandes de Virginia. La nueva ambición del padre de Cameron era Washington, implantar las ideologías del sur en un país que comenzaba a regirse por las del norte.

Y ese era el mayor obstáculo a sortear. Sean Walsh era un partícipe de la industrialización de América y de la abolición de la esclavitud. Dos temas en los que, secretamente, Cameron coincidía. Por supuesto, como buena señorita sureña, había aprendido a callar. Sin embargo, cuando compartió esas primeras noches de verano con Sean, y las ropas fueron a parar lejos, entre sus cuerpos desnudos y saciados, Cameron fue libre de hablar, de pensar, de sentir.

Walsh supo ver en ella más allá de su cuerpo menudo, de su cabello castaño claro, de sus ojos azules intenso. Sean se rendía ante el encanto real de Cameron, ese que permanecía aprisionado por las normas sociales de Virginia. Saboreó ese fuego, una pasión que la invadía cuando hacían el amor, y también cuando hablaba de injusticias. La observó en silencio, cada movimiento, cada sonrisa y gesto. La estudió como a un mapa, la leyó como a un libro y, cuando al fin se atrevió a hablarle, ya la conocía, ya deseaba hacerla su esposa.

No le sorprendió entonces cuando Cameron le confesó que no estaba de acuerdo con la esclavitud, aunque la censura en los libros y publicaciones le impedían conocer las corrientes de pensamiento que justificaban sus ideas. Para la señorita Madison era algo simple, sencillo y claro, se trataba de seres humanos y la libertad no se negociaba. Tampoco se horrorizó cuando le confesó que sabía sobre la industrialización de los campos, y que, de ese modo, no se necesitaría

tanta mano de obra.

En la correspondencia que compartieron tras despedirse, debatían esos y muchos temas más. Walsh solía cambiarles las cubiertas a los libros y, en lugar de enviarle sonetos de Shakespeare, escondía tras esas tapas las publicaciones de *The Libertator*, o pensadores de Europa. Y Cameron se sentía especial como nunca antes.

Desde los dieciséis años, que fue presentada en la sociedad virginiana, que a la señorita Madison no le faltaban pretendientes. Los poemas, los ramos de flores, los halagos superficiales habían llegado a saturarla. Sean era el único que se atrevía a admirar su mente, a valorarla como algo más que a un jarrón. Cameron aprendió que los hombres necios les temían a las mujeres inteligentes, y eso elevaba al señor Walsh por encima del resto de los conocidos.

Más allá de eso, no era ingenua, no se mentiría diciendo que la atracción hacia Sean era solo intelectual. El anhelo por verlo, por estar a solas con él, nada tenía que ver con sus conversaciones. Sabía que ambos eran presos de un deseo instintivo, irracional.

El sol comenzaba a descender cuando Cameron finalizó su labor, solo quedaba esperar a que los invitados llegaran. El cumpleaños sería al día siguiente, pero el festejo planeado por su padre incluía varios días en la gran mansión de campo de los Madison. Esa noche se daría una cena relajada, amistosa. Arnold era un gran anfitrión, lograba distender a los socios lo suficiente como para que accedieran a negocios casi sin evaluarlo. Era el don del gran algodónero, y no existía celebración en *White Valley* que no le dejara las manos llenas.

Nala aguardaba por su señora en la recámara. Cameron se detuvo unos segundos en el umbral para observarla en silencio, nunca encontraba la forma de reprenderla, aunque Gasira siempre le recordaba que romper las reglas era perjudicial para ambas. Nala era la esclava más bella de *White Valley*, y la muy vanidosa lo sabía, pensó la señorita Madison con cariño. Siempre lloraba mares cuando la obligaban a cortarse el ensortijado cabello negro, y en cada ocasión en la que estaba en la habitación de su señora, disfrutaba de jugar con los lujos que jamás le pertenecerían. Esa opresión en el pecho era lo que le impedía a Cameron ponerle límites. Las dos habían nacido la misma semana, en la misma estancia, a escasos metros de distancia, y ella tenía todo mientras Nala solo

podía atisbarlo desde las ventanas.

—Señorita —exclamó Nala, apenada, y dejó el cepillo de madreperlas en el tocador con apuro—, yo... —Intentó disculparse.

—No te preocupes —le restó importancia. Nala se hizo a un lado para permitirle a Cameron dirigirse a la bañera que aguardaba por ella. La ayudó a desvestirse y a sumergirse en el agua. Como aún tenían algunas horas hasta la cena, la señorita Madison aceptó lavarse el cabello.

Nala disfrutaba de la tarea de doncella que se le había asignado. Le otorgaba cierto status ser una esclava doméstica y estar a servicio directo de la señora de la casa. Gasira solía decirle que era afortunada, que no debía poner en riesgo el trabajo en pos de otros sueños, pero ella no podía evitarlo. Le caía bien la señorita Madison, era amable, jamás recurría a los castigos físicos y en más de una ocasión había intervenido por aquellos que eran maltratados en los campos por los capataces. En *White Valley*, se los trataba bien. Había escuchado en una ocasión al señor decir que un esclavo bien alimentado y con salud era más rendidor, a ella le hubiera gustado que la razón detrás de las buenas condiciones fueran otras.

Enjuagó el cabello de su señora y lo embebió con un extracto de manzanilla, miel y limón para aclararlo. Nala no estaba de acuerdo, para ella el cabello de Cameron era bellissimo en este tono castaño, pero las cabelleras rubias eran mejor vistas en Virginia.

Cameron cerró los ojos y se relajó en la bañera, dejó vagar sus pensamientos hacia los asuntos pendientes hasta que un leve tirón en el cabello la hizo emitir un quejido.

—Lo siento, señorita —se disculpó Nala.

—¿Qué ha sido? —preguntó con curiosidad e intentó girar la cabeza como una lechuza. Lo primero que encontró fue el brillo de la mirada de la muchacha, lo segundo, el refulgir de una joya.

—Mi brazalete nuevo, no me acostumbro a él. Pero hoy debo llevarlo.

La curiosidad de Cameron creció a pasos agigantados. Hundió la cabeza en el agua para quitarse los restos del ungüento y salió con rapidez.

—Es bellissimo —coincidió al observar la magnífica pieza. La sonrisa de Nala se amplió ahogando cualquier inquietud de Cameron—, ¿CÓ... Cómo lo has conseguido? —se atrevió a indagar. Sabía que la joven, sin importar cuánto anhelara poseer más que un par de ropajes, jamás robaría.

—¿Me guardará el secreto?

—Por supuesto. —Cameron, ansiosa por conocer los detalles, no esperó a Nala para secarse. Salió de la tina y se cubrió con la toalla. Las circunstancias de la vida la habían llevado a crecer aislada de las demás muchachas de su edad, las extensas tierras de los Madison ubicaba a los vecinos más próximos a millas de distancia. Las únicas amistades con las que contaba eran los trabajadores de *White Valley*, y entre ellos Gasira y Nala eran las más allegadas.

Se aproximó al fuego e instó a la muchacha a sentarse enfrente. Comenzó a cepillar su cabello, le dejaría la tarea de acomodar los bucles para cuando hubiera saciado la curiosidad.

Nala se quitó el brazalete y se lo extendió para que lo estudiara en detalle. La pieza era sublime, de plata y oro con un gran topacio en el medio. Se notaba en ella el orgullo de poseerlo, como también que el valor de la joya iba más allá del material, se trataba de quién se lo había regalado.

—Hace unos meses conocí a un hombre —confesó en un murmullo—, es tan apuesto... y amable... —El tono soñador de Nala le impidió a Cameron agregar el último adjetivo: y blanco. Pues solo una persona blanca podía comprar una joya semejante en América.

—¿Cómo lo conociste?

—Aquí, no es que salga demasiado —bromeó.

—En eso nos parecemos —fue el susurro de respuesta, de todos modos, la señorita Madison sonrió para permitirle seguir con la historia.

—Es un hombre muy poderoso, por eso aún no puedo confesarle su nombre. Pero me ha dicho... —Nala enmudeció de repente y bajó la mirada apenada.

—Ha dicho... —la incitó.

—Que va a comprarme —dijo al fin, y se atrevió a mirar a su señora. Esperaba hallar comprensión en la mirada azul de Cameron, y así lo hizo—. Espero que no se enoje conmigo, señorita, sé que ha sido muy buena y amable, pero... pero yo lo amo, y hasta que no seamos li...

Cameron se apuró a abrazarla para que dejara de temblar. Nala se veía asustada por haber hablado de manera tan franca con una mujer blanca, acababa de confesar sus deseos de marcharse y de liberarse.

—Sé que no se lo dirás a nadie —La señorita Madison le alzó la mirada a la muchacha para que pudiera ver la sinceridad en su rostro—, yo también deseo que sean libres, por lo que no debes temer de hablar eso conmigo. Jamás se lo diré a nadie, solo... solo debes ser muy cautelosa. Prométemelo, no puedes hablarlo aquí, mi padre tiene infiltrados entre los esclavos que le cuentan las cosas.

—Perdón, señorita, lo he dicho sin pensar. Es que hoy lo volveré a ver, y estoy nerviosa.

—¿Es uno de los invitados de mi padre? —Se preocupó Cameron.

—Sí, es un hombre muy rico, muy poderoso. Por eso sé que podrá comprarme, y tiene la influencia necesaria para... ya sabe...

Sí, Cameron comprendía lo que Nala temía decir. Un hombre blanco que podía promover políticas a favor de los esclavos en Washington. De esos había muchos entre los socios y conocidos de su padre, solo que, en esos tiempos de revueltas y levantamientos, era difícil saber de qué lado estaba cada uno.

Ella solo conocía las verdaderas intenciones de uno, Sean Walsh. La empatía por Nala la embargó; unas horas atrás ella misma se preocupaba por las implicancias y posibles obstáculos a sortear cuando quisiera casarse con el empresario de Chicago. Nada en comparación con el dueño del corazón de Nala. Por ese motivo, el consejo que abandonó sus labios la hizo sentir un vuelco en el estómago.

—Nala, querida —Le tomó las manos con cariño—, prométeme de nuevo ser cautelosa, de modo que me quede tranquila. No solo con lo que dices y a quién se lo dices, sino también con este hombre al que amas. Gasira tiene razón, por mucho que queramos cambiar el mundo, el mundo es así hoy y estas son las

reglas. Necesito saber que te cuidarás, y que, si algo pasara, vendrás a mí por ayuda.

—Gracias, se lo prometo, señorita, pero no debe inquietarse, de verdad. Este hombre es muy bueno, y cuando al fin le cuente las buenas nuevas —dijo tocándose el vientre—, sé que hará todo lo posible para que esté a su lado. Ya lo verá.

La felicidad por el retoño que crecía en el interior de Nala ahogó el resto de los miedos, por lo menos en ese instante. Se fundieron en un abrazo y compartieron la noticia como lo que eran más allá de las diferencias, amigas. Quizá no había espacio para los mestizos en ese mundo, ni para los romances entre pieles de distinto color, pero era el mismo mundo el que giraba, cambiaba y mejoraba.

Dejaron las lágrimas de emoción atrás, y se apuró a finalizar con la labor de preparar a Cameron para la cena. El primer coche había llegado, sería una intensa semana como anfitriona.

Sean Walsh fue uno de los últimos en llegar a *White Valley*. El viaje desde Chicago había sido infernal, incluso cuando el trayecto fue hecho en su vagón personal. Durante las horas de encierro y meditación obligada, había analizado el terreno, las mejoras en los rieles, las conexiones que debían hacerse, entre otras inversiones. Pero, por sobre eso, había pensado en lo que debía hablar con Madison. Intentaba enumerar en su mente las mil objeciones del terrateniente a la posible unión con Cameron, y los rebatía con argumentos sólidos. No obstante, era consciente de que, expusiera lo que expusiese, Arnold tenía a su favor la terquedad.

De la estación de trenes de Virginia hasta la estancia eran varias millas que hizo en carruaje. Su aspecto al arribar era, como mínimo, penoso, por no decir deplorable. La mirada azul que Cameron le brindó a modo de recibimiento le infundió energías y borró de un plumazo el cansancio; también lo hizo sonreír. La señorita Madison era capaz de encontrar la belleza en un ser humano, incluso cuando esta se escondía tras dos profundas ojeras, un cabello enmarañado y un ropaje arrugado.

—Omar —ordenó la señorita Madison—, lleve las pertenencias del señor

Walsh a la habitación, así puede descansar un poco antes de la cena.

—Sí, señorita.

—Gracias —contestó Sean, aunque no hizo el intento de seguir al joven esclavo. No quería romper con el contacto de miradas, ni alejarse de ella. Las mejillas de Cameron se sonrojaron ante el escrutinio y los labios pujaron en las comisuras para dibujar una sonrisa de correspondencia.

—¿Cómo ha sido el viaje? —preguntó a modo de encontrar una excusa para que pudieran extender la compañía.

—Por si mi aspecto no lo dice por mí, ha sido un infierno —bromeó.

—Lo siento...

—No lo haga, valió la pena. Es más, sospecho que no ha sido tan sacrificado en comparación con la recompensa.

Cameron soltó una carcajada que se apuró a contener. Avanzó un par de metros más junto a Sean hacia el ala oeste, una vez en el corredor, debían despedirse. Mientras se dieran los festejos, el sector de hombres solteros estaba vedado para la señorita Madison.

—Sabe cuánto detesto a los aduladores —continuó con el juego de coqueteo desatado por Walsh.

—¿Adulador? Me ofende, mis cumplidos son por completo sinceros. —Los ojos celestes de Sean brillaron con picardía y un poco de sinceridad. Sí, había valido la pena cada maldita milla recorrida, solo Cameron conocía la franqueza con la que se expresaba cuando los sentimientos lo abrumaban, cuando la belleza de la muchacha lo obnubilaba y su compañía lo llenaba de satisfacción. En esos momentos, atrás quedaban las frases armadas de cortesía, los cumplidos floridos. Ambos anhelaban repetir uno de esos instantes.

Cameron sonrió al despedirse de él. Walsh la contempló marchar y, cuando la tuvo fuera de vista, se giró hacia la recámara asignada, la última del ala. Omar continuaba con la labor de ordenar las pertenencias, y a Sean le resultó en extremo molesto. No emitió queja, conector de las posibles consecuencias; si decía que la presencia del esclavo le irritaba, tomarían represalias con el

muchacho en lugar de comprender la razón tras el malestar. Sabía que Arnold Madison no era dado a castigar a los esclavos, de todos modos, no quería tentar a la suerte. Había presenciado malos tratos de otros sureños y chocado con el muro impenetrable de la justicia en los estados esclavistas.

Se dejó caer en el mullido colchón y observó el cielorraso hasta que al fin pudiera estar solo. Omar era eficiente, silencioso y de buena presencia. Se preguntó cuánto le pagarían por esa labor en el norte, y si algún día sería capaz de dejar la servidumbre. La imagen de Cameron junto al arroyo le inundó la mente, le quitó parte del peso de las preocupaciones y lo alimentó con esa fe que se nutre de la inocencia. La señorita Madison era una idealista, creía que una vez rotas las cadenas de la esclavitud, la igualdad de derechos se daría sola. Había crecido en ese entorno de algodones, protegida del mundo real, y estaba convencida de que afuera todos los seres humanos eran tan buenos como ella, o tan rectos como su padre y su tía. Por esa pureza era que él había caído rendido a sus pies, sabedor de la exótica mujer que tenía ante sí. Cameron desconocía su potencial porque no tenía con quién compararse. Walsh no era capaz de imaginar una vida sin ella ahora que la había encontrado, quizá fuera egoísta en su reclamo, en el deseo de protegerla, de llevarla de una cuna de algodón a un mullido colchón con almohadones. De una estancia cerrada a una mansión de Chicago en la que no necesitara nada.

—¿Desea que le prepare un baño? —Omar interrumpió sus pensamientos.

—Sí, es una gran idea. —El muchacho se perdió en el corredor, y Sean volvió a centrarse en Cameron. La ubicación de la recámara le confirmaba los deseos de la joven de volver a verse en soledad. Aunque lo habían hablado en sus correspondencias, y el anhelo de casarse era correspondido, quería mirarla a los ojos, entregarle la alianza y discutir el futuro con ella. Debía prometerle que, más allá de la necesidad de protegerla del mundo, la dejaría volar; Cameron no estaba hecha para jaulas. La rebeldía del verano pasado se lo demostraba, el modo en que se había entregado sin medir las consecuencias, sin que le importaran las normas o el qué dirán. No tuvo reparos en confesar sus sentimientos, en desnudar su cuerpo y su alma ante él, y esa libertad no era negociable.

Omar regresó para llenar la bañera, y volvió a dejarlo solo. Sean se desvistió, se sumergió y se dejó llevar por el deleite del agua tibia en su cuerpo agarrotado. La ansiedad lo inundó por completo, la cena ya no se le presentaba como una

delicia por la presencia de Cameron, sino como una tortura por la de los demás. La quería para él y solo para él.

La campana resonó en toda la mansión como aviso de la cena. La gran casona de los Madison era tan extensa que debían recurrir a ese medio para llamar tanto a los integrantes de la familia como a los esclavos que trabajaban hasta altas horas en los campos.

El sol se perdía detrás de las plantaciones, llevándose consigo el poco calor de esos días de invierno. Sean se apuró a vestirse antes de que Omar regresara para ayudarlo, y recorrió el pasillo hacia el gran comedor en firmes zancadas. El cabello aún estaba húmedo y un mechón castaño caía sobre su frente suavizando los rasgos duros de su rostro. Se dio de lleno con James Seward que se dirigía hacia el mismo lugar, se lo veía perturbado y algo incómodo al verlo.

—Señor Walsh —se apuró a saludarlo y casi lo empujó por el corredor—, no sabía que había llegado, lo esperábamos para mañana.

—Señor Seward —Le devolvió el saludo con un firme apretón de manos—, si bien el viaje ha sido largo y agotador, siempre prefiero una noche de buen sueño antes de tratar los negocios.

—Claro, claro. Comprendo. Demasiados temas en poco tiempo —confirmó el hombre al tiempo que echaba una mirada atrás. Sean quiso divisar qué perturbaba al hombre de Carolina del Sur, pero no logró ver nada. James apuró el paso obligándolo a ir a la par.

—No estoy seguro de que sean demasiados temas, sino uno de gran envergadura.

Ambos sabían a qué se refería, y las palabras de Walsh cargaron el ambiente de estática.

—Ya veremos, le sorprendería a lo que los hombres pueden renunciar en favor del dinero —fue la enigmática respuesta de Seward antes de dejarlo solo en el comedor. Sean frunció el ceño y algunas leves arrugas de expresión le marcaron la mirada. Al otro lado del salón, Cameron observaba su preocupación y al hombre que la había despertado. A ninguno le caía bien James, hijo mayor

de los Seward, abogado y político, que dejaba clara su postura esclavista. Walsh entendía muy bien el entredicho, si quería negociar con Madison, debía dejar sus ideas atrás.

Ocupó el lugar asignado por la anfitriona, y descubrió con placer que estaban muy cerca, casi enfrentados, de modo que la conversación podía fluir entre ellos, al igual que las miradas. En el extremo oeste de la mesa, el lugar para Arnold aguardaba vacío su llegada.

—Oh, no era necesario —fingió humildad el terrateniente—, hubieran empezado sin mí, ya tendrán el día de mañana para hacerme sentir un viejo.

Las risas ante su broma se hicieron oír en complacencia y en ese ambiente distendido tuvo lugar un festín. Sean sabía que solo era una muestra de la opulencia que se vería el día siguiente, y disfrutó de los manjares sin preocuparse por adelantado. Tal y como había planeado Cameron, la charla amena flotaba en el aire, entre ellos, y como esa noche las formas no eran tan necesarias, la joven Madison se había encargado de rodearlos de ancianos medio sordos y hombres distraídos.

Entre esos testigos ajenos, ellos alimentaron la ansiedad, la necesidad de soledad y el anhelo de compartirse el uno con el otro. Cameron lo observaba mientras Walsh hablaba o degustaba la porción de res en su plato, e imaginaba esa boca recitarle las palabras escritas en sus cartas. Lo encontraba apuesto, masculino. Lo rodeaba un aura de determinación que la hacía sentir segura, querida, incluso cuando esas palabras aún no habían sido dichas por él. Ella, en cambio, se había entregado por completo, no encontraba sentido en resguardarse ni acallar los sentimientos.

Tras el postre, los hombres se dirigieron al salón de caballeros y las damas se entretuvieron con cartas, música y cotilleos. Cameron las deleitó con una pieza al piano y se despidió temprano, dejando en manos de su tía Eleanor el rol de anfitriona. No fue directo a su habitación, sino que se dirigió a los jardines traseros, por los que se podía rodear toda la propiedad y ver la gran extensión de plantaciones de algodón. A lo lejos, el anaranjado brillo del fuego le indicó que los esclavos permanecían despiertos y aprovechaban las pocas horas de descanso en compañía los unos de los otros. Los había visto varias veces, aunque tenía prohibido acercarse a ellos a esas horas, y se había enamorado de sus danzas, de la forma en que interpretaban la religión y mezclaban sus creencias con las

cristianas.

Dio un largo rodeo hasta llegar al ala oeste e ingresó por la puerta lateral de la misma. Haberlo ubicado en esa estratégica habitación le permitía cierta intimidad, por lo que nadie vio cuando arrastró la nota por debajo de la puerta y se perdió una vez más en los jardines. La invitación a encontrarse a solas antes de que los festejos y el exceso de invitados les impidiera un segundo de paz.

Walsh tenía sus prioridades claras, sin importar lo que diera a entender Seward, para Sean había cosas más relevantes que los negocios y el dinero, y una de ellas aguardaba por él en la noche. Se despidió del anfitrión adjudicando cansancio, lo mismo hizo de Omar, y fue sin dilataciones a su habitación. La nota de Cameron le serenó los latidos del corazón, y lo llenó de gloria saber que ella quería un encuentro tanto como él.

Era un hombre maduro, se dijo mientras sonreía como un crío, un hombre racional. Sin embargo, la idea de una reunión fortuita, de un momento a solas con su futura esposa, lo llevaba a comportarse como un imberbe enamorado. Y lo peor, se sentía muy bien por eso. Uno de los dos debía llevar las riendas de esa relación, lo lógico sería que el responsable fuera él, con una década más que Cameron de vida y mucha más experiencia. Nada era lógico con la señorita Madison, era ella quien regía sobre los dos.

No durmió, el fuego del hogar estaba encendido y aprovechó el mismo para calentar agua y preparar café como solía hacer en su despacho. La vida sencilla era algo que apreciaba y que el dinero no había cambiado. Su existencia antes del ferrocarril había sido humilde, llena de carencias, y aprendió a necesitar poco en el ámbito material para ser feliz, en cambio, en el afectivo y espiritual... allí sus ambiciones no tenían límites, lo quería todo, a Cameron, a sus ideas, a sus proyectos. No estaba dispuesto a renunciar, ya llevaba años de renuncia en sus hombros.

Bebió la energizante infusión mientras se perdía en la lectura. Uno de los ejemplares que llevaba consigo era para Cameron: «La cabaña del tío Tom», sabía que la muchacha quería leerlo, pero que Arnold se lo había prohibido, por lo que había reemplazado las solapas por las de «Orgullo y Prejuicio» de Jane Austen. Tras varias horas, el reloj marcó la medianoche, y Sean se puso en marcha.

La mansión estaba sumida en un sepulcral silencio. Al ser invierno, y tratarse de una estancia cuya actividad principal era el trabajo de campo, los horarios de actividad los marcaba el sol. Si el señor Madison permanecía despierto, estaría recluido en su despacho. Dudaba que alguno de los invitados o incluso los esclavos estuvieran de pie a esas horas.

La nota de Cameron lo convocaba al ala este, a la escalinata que daba a la ladera de la plantación. Allí, con la luna como única iluminación, divisó la silueta de la muchacha recortada en la noche. Ella se volteó al sentir su silenciosa presencia y le regaló una de sus magníficas sonrisas. Sin pensar, sin medir sus actos, Sean apuró el paso a su encuentro y se adueñó de la boca de Cameron en un beso hambriento que reclamaba todo a su paso.

—Cameron, ha sido una tortura —confesó una vez saciado el primer contacto—, debemos hacer esto expeditivo.

—Yo también te extrañé —le dijo y lo rodeó con los brazos por detrás de la nuca—. Pensé que sería más fácil, ya sabes, lo romántico de las cartas y alimentar la expectativa. La verdad es que quienes escriben novelas no tienen idea del sufrimiento.

—Tendrás que escribir tus propias novelas para advertir a las jóvenes.

Los labios de Cameron se curvaron en una reluciente sonrisa. Sabía que las palabras de Sean no estaban libradas al azar, realmente pensaba que ella era capaz de escribir, de estudiar, de volar y ser quien quisiera ser. Lo amaba por eso, y lo reclamaba por el reconocimiento de su cuerpo al suyo.

—Aunque quizá deba promover la distancia entre las parejas —agregó y se entregó a un nuevo beso que le robaba el aliento—, pues no se puede desarrollar el intelecto ni tener conversaciones estimulantes cuando hay pasión de por medio.

Walsh tuvo que ahogar la risa para no despertar a los invitados, y comprendió lo inapropiado de entregarse a besos y caricias en la escalinata.

—Hace demasiado frío y creo que helará. Debemos buscar refugio —propuso, alzando la vista en la oscuridad. No podían recurrir a una simple manta junto al arroyo como en el verano.

—Ven —lo invitó Cameron, demostrándole una vez más que ella no había nacido para las jaulas sociales—, acompáñame.

No tuvo que preguntar adónde, había hecho ese recorrido mentalmente cada noche desde su primer encuentro. El camino hacia la tercera habitación del ala este, la que resguardaba el tesoro más anhelado por Walsh.

—¿Cameron? —fue la débil protesta.

—Nadie nos descubrirá, ten por seguro. Los Carrington aún no han llegado y mi tía cambió su habitación por la del medio del ala, acusando que los vientos enfrían demasiado este sector en invierno. Estamos casi solos.

Ingresaron por el ventanal que Cameron había dejado sin trabar; en el interior, el fuego del hogar y el de la pasión de ellos los aclimató de inmediato. Todo en el lugar olía a Cameron, y la presencia de Sean allí parecía profanar hasta el último vestigio de inocencia de la muchacha. Su masculinidad contrarrestaba la feminidad de ella, del decorado en colores claros, los almohadones celestes y los ribetes bordados de las sábanas de algodón y las cortinas a juego.

Los besos fueron insuficientes, las ropas sobraban. Sus cuerpos clamaban por ser saciados con el recuerdo de los encuentros anteriores. Sean dejó el libro en la mesa de noche, para entregárselo luego, y libró ambas manos para recorrer la piel de Cameron. Comenzó el ritual de desnudarla, y fue correspondido por los delicados dedos de la muchacha.

Para Sean, ya no existía espacio, no le quedaba aliento. No quería continuar con los encuentros casuales, las cartas escritas con pseudónimos ni los lomos de los libros forrados. Necesitaba amar a Cameron a la luz del día, con los rayos del sol sobre su piel, hablar con ella a viva voz, sin susurros ni ahogos, quería poner un anillo en su dedo que dijera que esa magnífica mujer lo había elegido a él como su compañero, y que los demás hombres debían hacerse a un lado, bajar la mirada y alejarse de lo que jamás sería suyo.

Pero esa noche se amarían así, en la oscuridad, en murmullos. Terminó de quitarle las prendas hasta dejarla solo con la enagua, no llevaba miriñaque ni corsé, pues, con el fin de disimular, Nala la había ayudado a prepararse para dormir y Cameron se había vuelto a vestir con aquellas prendas que podía colocarse por sus medios. Walsh pensó que, de ahora en más, la moda de su

futura esposa debía contar con esa sencillez. El cuerpo de la muchacha se reveló bajó la camisola, la perfección de sus curvas, los senos pequeños coronados de rosados pezones que no tardó en degustar con la lengua.

Cameron se arqueó y mordió con fuerza sus labios para silenciar los gemidos. Estaba lista para él, más que lista. Desde su llegada esa tarde que todo en ella lo reclamaba, y no podía creer que Sean tuviera la voluntad de ir lento. Podía sentir su deseo, la dureza que llenaba los pantalones a medio desabrochar. Tiró de la camisa, y arrastró la camisola de abajo hasta desnudar su pecho firme salpicado de vello.

—Odio el invierno —exclamó al descubrir que, a diferencia del pasado, más prendas los separaban de la completa desnudez. La risa de Sean le dijo que el sentimiento era compartido, el aliento le acarició los muslos, justo en el lugar en que las medias de lana le cubrían las piernas.

—Permíteme ayudarte a olvidar el frío —susurró con la boca sobre la ropa interior. Cameron se estremeció de deleite, sabía las intenciones de Walsh. Había saboreado el placer de esa boca en su centro una vez, pero le pareció que los recuerdos no fueron justos. En cuanto la tela se hizo a un lado y la lengua del hombre entró en contacto con aquel punto, el estremecimiento la recorrió como un rayo y tuvo que llevar las manos a la boca para no gritar.

Sean ya no parecía tan preocupado por que los descubrieran como minutos atrás, estaba determinado a hacer gemir a Cameron, a que esos gemidos se unieran con el crujir de la cama y a sus propios quejidos de deleite. Cualquiera diría que quería despertar a toda la mansión para que fueran testigos del amor, del placer, de lo que se provocaban el uno al otro. Se detuvo apenas unos segundos antes de que Cameron llegara a la cima, y la sintió convulsionarse en un reclamo frustrado. Le quitó la camisola en un rápido movimiento, y con la misma agilidad, hizo lo mismo con las prendas que aún lo cubrían.

—Cameron... —susurró justo antes de hundirse en ella y, en esa ocasión, le impidió el grito con un beso hondo, profundo. La muchacha lo rodeó con las piernas, sus muslos fuertes se aferraron a la cintura de Sean para acompañar los embistes y marcar el ritmo que la llevaba a la locura.

Quería verlo, quería nadar en los ojos celestes de Walsh que delataban el goce, la adoración y ese amor que ella sentía cuando estaban unidos. Podía leer

en sus facciones los «te amo» que no se atrevía a pronunciar, y bebía de ellos como si fueran su oasis personal. Sin embargo, cuando las estocadas se volvieron veloces, tuvo que unir los párpados, morder los labios y arañar la espalda de Sean. El orgasmo fue todo lo prometido, borró los meses de distancia, reemplazó los recuerdos de noches pasadas por noches presentes y le confirmó lo que su corazón sabía.

—Te amo —dijo en el momento exacto en que los espasmos tocaban su fin—, te amo, Sean.

Walsh sintió el estremecimiento final con esas palabras, el placer creció de manera vertiginosa, tanto en su cuerpo que estaba en contacto con la calidez del de Cameron, como en su corazón que recibía la más letal de las caricias. Se derramó sin control en el interior de ella, sin pensar, sin temer... se dejó caer confiado en que nada se interpondría entre ellos. No respondió a las palabras, aunque una parte de él le decía que eso que lo hacía sentir en la gloria no era la entrega física, era el sentimiento compartido.

Rodó para no aplastar a Cameron, y la llevó con él para que se recostara sobre su pecho. Sabía que la joven podía sentir los latidos acelerados, la respuesta a su cercanía. Saciados y abrigados por las mantas, conversaron por horas. Sean le entregó el libro y resguardó el otro presente para más adelante.

—Cameron —murmuró cuando la helada comenzó a hacerse niebla y el cielo se tornó violáceo por los primeros rayos del amanecer—, no quiero postergarlo más.

—Ni yo —accedió ella, sellando la promesa con un beso.

—Hablaré con tu padre después del cumpleaños, no creo ser capaz de dejar *White Valley* sin ti. Tienes razón, puede que la distancia y las cartas sean románticas en las novelas, pero para mí ha sido un martirio. —Acalló el resto de sus temores, esos que le decían que, si no se apresuraba, Arnold concretaría otros planes para su hija.

—Conoces mi respuesta —dijo con una sonrisa de dicha—, y sé que es la única que te importa.

—Sí, de todos modos —Giró para apresar a Cameron bajo su cuerpo—, quiero oírte, ¿te casarías conmigo?

—Sí. —Y con esa promesa en el amanecer, volvieron a hacer el amor.

## Capítulo 2

La cualidad de falsa diplomacia, junto a la de gran anfitrión, era lo que definían a Arnold Madison, lo demás caía por su propio peso del lado opuesto de la balanza. Algo que, en sí, no importaba, ni para él ni para sus invitados. Madison mantenía los límites y, a su manera, los hacía respetar: los negocios tenían su lugar y momento, al igual que la política. La cena siempre era el espacio para el disfrute, para el intercambio de halagos y las apreciaciones banales. Ese era el único instante de la noche en el que Cameron se alzaba como protagonista principal, su padre le cedía una minúscula parte de liderazgo para que ella brillara a la par. Por supuesto lo hacía con una evidente intención, la de exponerla como un artículo de lujo, perfecto e ideal para algunos, inalcanzable para el resto. Sean Walsh estaba incluido en esa segunda categoría.

No era una cuestión de dinero ni de interés económico, para Madison eso ya era harina de otro costal; dinero y poder iban de la mano, eso era indiscutible, pero este último debía quedar relegado a aquellos que poseían una auténtica visión de futuro. Para Arnold Madison, el futuro solo podía construirse fortaleciendo las políticas sociales del sur. Tenía planes para su hija, planes que llevarían el apellido Madison a las altas esferas de poder, y no estaba dispuesto a cambiar eso por ningún sentimiento volátil. No era un necio, sobre todo, no era ciego, podía ver las intenciones de Walsh para con Cameron; lo que era peor, podía ver la reciprocidad en esas intenciones. El intercambio de miradas y las sonrisas en complicidad sin pudor alguno colocaban en bandeja de plata los sentimientos compartidos. Debía ponerle un punto final al asunto. La vida de Cameron ya estaba hipotecada, los derechos sobre ella tenían un potencial dueño, uno con los mismos estándares ideológicos que él. No en vano se había tomado la molestia de reformular la reasignación de lugares en la mesa que su hija había organizado. Como resultado final, Walsh había quedado en el extremo opuesto, y ella, a su lado, junto a James Seward. Le permitiría a Seward cortejarla en tiempo y forma, el matrimonio sería beneficioso para ambos, y también lo sería para Cameron. Seward buscaba apoyo para su campaña política, Arnold Madison una nueva inversión, entre medio de ellos se encontraba su hija.

—Mis felicitaciones, señorita Madison, ha hecho un excelente trabajo esta noche. —Seward pretendía entablar una conversación con ella, cualquier argumento le era funcional—. La selección del menú ha sido un gran acierto de su parte.

Cameron intuía el secreto propósito de su padre con respecto al hombre que se encontraba a su lado, en las últimas semanas el nombre de James Seward se había repetido como un eco molesto con una notable función, la de dejar una impronta inconsciente en ella. Por lo visto, el resultado de tal experimento requería ser puesto en juego esa noche, parecía que Seward deseaba cosechar lo que Arnold Madison había sembrado.

—Es solo una simple cena, señor Seward, la verdad, no hay mérito alguno, por lo menos en lo que a mí se refiere. Sugerir un menú es una tarea simple, elaborarlo...

—Por favor, Cameron —Su padre se vio en la obligación de interrumpir, había orientado su total atención en la conversación de ambos—, acepta un cumplido sin cuestionamientos.

Seward y Arnold intercambiaron miradas, y eso bastó para que el estómago de Cameron gruñera ante los primeros indicios de ácida molestia.

—Lo siento, señor Seward, mi padre está en la cierto. —Puso en práctica el rol que su madre le había delegado en vida—. Agradezco sus palabras —agregó una buena dosis de sumisión para finalizar—: ha sido muy amable de su parte.

Ansiaba que las agujas del reloj corrieran, después de esa noche, todo cambiaría, su vida tomaría otro rumbo. Desvió la mirada por lo bajo, el intenso celeste de los ojos de Sean Walsh, como un brioso mar, inundó la mesa hasta llegar a ella. Sonrió, presa del sentimiento que le gobernaba el corazón y el pensamiento, y aunque Seward se otorgó el privilegio de esa sonrisa, Cameron y Sean sabían que les pertenecía solo a ellos. Walsh ocultó los labios tras la copa de vino en el preciso instante en que Arnold Madison dirigía la mirada a él. Nada se le escapaba al amo y señor de la casa. Nada.

—Estaba pensando, señorita Madison... —Seward habló en tono confidencial, no deseaba compartir con otros esas palabras.

Un carraspeo forzado abandonó, de manera sonora y evidente, la garganta de

su padre. Ella comprendió el mensaje, tenían una extraña comunicación no verbal. De hecho, ahora que lo recordaba, toda su vida había sido así, un gesto, un sonido, una mirada.

—Cameron, señor Seward. Puede llamarme Cameron.

La satisfacción brilló en los ojos del hombre, consideraba eso como el primer paso a la conquista definitiva.

—Cameron —realzó la voz—, luego de la cena, con el permiso de su padre...

De todas las palabras posibles, esas. Respiró profundo, intentó mantener la calma para obsequiarle al resto de los invitados una expresión distendida y amable, a pesar de que, por dentro, ardía en llamas. Sentía que su noche, esa en donde el primer paso hacia su felicidad iba a ser dado, era eclipsada por las maquinaciones de su padre. Porque eso era James Seward, el deseo de él, no de ella.

—Y, por supuesto, con su permiso —continuó Seward con un tono más galante que el habitual—, me gustaría saber si estaría dispuesta a ...

No era un hombre desagradable bajo ningún aspecto; dentro de los estándares habituales, podía considerarse atractivo. Sureño de pura cepa, con un interesante caudal de dinero y tierras, y como si eso no fuese suficiente, con una prometedora carrera política en ascenso. La combinación perfecta para Arnold Madison. El único punto en contra que el hombre tenía, uno que arrasaba con todo lo demás, por lo menos para Cameron, era que no era Sean Walsh. Ni lo sería jamás.

—Señor Seward... —lo interrumpió antes de la que invitación saliera de sus labios.

Y la suerte estuvo de su lado, Gasira dio la orden de ingreso a la servidumbre, la cena estaba llegando a su fin y era momento del plato dulce de la noche. Cuatro de los sirvientes, entre ellos Nala, que exhibía una sonrisa de par en par, procedieron a la atención de los invitados; retiraron los restos de la cena, la vajilla utilizada, luego rellenaron las copas de los comensales y presentaron las tartas que satisfacería el paladar goloso de los invitados.

La conversación que había quedado pendiente nunca se retomó. James Seward, aprovechando el recambio del menú, se excusó por unos momentos y abandonó el salón comedor; al regresar, consideró más correcto hablar de la textura cremosa de los pasteles que de sus intenciones. Tal vez el hombre había interpretado el delicado desplante sin necesidad de palabra alguna, pensó Cameron. De ser así, le agradecía en silencio.

Los ánimos de festejo fueron reemplazados por disertaciones políticas ni bien el whisky y el licor se sumaron a la noche y brindaron el preámbulo perfecto para lo importante: los negocios. Las mujeres, en su mayoría de la región sureña del país, disfrutaban de un último refrigerio mientras hacían ostentación de los lujos y placeres de los que gozaban, entre ellas se encontraba Eleanor De Luca, la tía de Cameron, hermana de Arnold, viuda y con el don de la autoridad absoluta a flor de piel. La naturaleza no le había permitido engendrar descendencia alguna, y podía considerarse que la misma había sido bondadosa con ella. La mujer no estaba dispuesta a compartir el centro de la atención con nadie, menos que menos, con alguien de su propia sangre. Cameron conocía sus modos y necesidades, por ello se mantenía al margen; al igual que Arnold Madison, su tía requería de un rol protagónico constante.

—Eleanor, ¿es verdad lo que ha llegado a mis oídos? —La señora Wexler, la más cotilla de las presentes, y la más entrada en décadas, se lanzó a la búsqueda de información—¿Vas a viajar al otro lado del mundo?

La realidad era que la misma Eleanor se había encargado de difundir el rumor.

—Pues sí, en unos meses inicia la temporada social en Londres, y me han invitado a formar parte.

Ella se había invitado a formar parte de la misma. Cameron conocía la auténtica versión de los hechos.

—¿Tienes amistades allí?

—¡Por supuesto que sí! Muy buenas amistades. —El ego se le escapó por la garganta y le quemó la lengua.

Una sola amistad, eso era lo que tenía. Cameron resopló.

Eleanor había vivido gran parte de su matrimonio en Italia, la tierra natal de su difunto esposo. Tras enviudar, cinco años atrás, había regresado a América.

—Lady Mariana Thomson es una gran amiga mía. —Los murmullos generalizados de las mujeres que la rodeaban la motivaron a más—. Llevo años posponiendo este compromiso...

¿Años? ¿Compromiso? Los ojos de Cameron bailaron dentro de sus órbitas, recordaba con exactitud el día en que su tía había escrito la carta en la cual exponía sus explícitos deseos de viaje. Lady Mariana no había tenido más alternativa que responder con una invitación.

—Y si les soy sincera... —continuó poniendo en juego todas las habilidades dramáticas—, este año la invitación me encontró sin excusa alguna. Desde mi perspectiva ¡Londres me ha acorralado!

—¡Dichosa tú, Eleanor! —convino Mary Ann Tyler, compartía el peso de la viudez con ella, y se encontraba ahí en compañía de su nuera y su hijo, Jeffrey Tyler, vinculado a los negocios de la exportación—. Todavía conservas restos de juventud... —así era, Eleanor apenas había superado los treinta años de edad, aunque sus actitudes y pensamientos aparentaran el doble—, aprovecha, explora el mundo.

—¿Cameron va ir contigo? —La señora Carrington intentó indagar en el asunto, le parecía más que ideal la oportunidad de viaje para una joven americana.

—¡No! —Cameron respondió antes de que Eleanor pudiera mover los labios. Cuando fue consciente de su comportamiento sobresaltado, intentó disfrazar la reacción con lógicos motivos—. Mi padre me necesita aquí. —Casi por instinto, sus ojos buscaron a Sean Walsh que se encontraba en un notorio estado de confrontación ante Edward Moore y Thomas Pierce, dos conservadores demócratas que conseguían erizarle la piel de los pies a la cabeza.

Eleanor siguió la ruta que los ojos de su sobrina trazaban en el aire y comprendió el origen de sus anhelos. Al igual que Arnold, ella detestaba todo lo que el señor Walsh pregonaba, la abolición de la esclavitud, el proteccionismo que limitaba el libre comercio, sus ideas republicanas, hasta detestaba el perfume

a norteño que, ella creía, destilaba.

—Arnold vela por el bienestar de Cameron a cada paso —Los aires de superioridad fueron puestos a un lado para sacar a relucir su faceta más común, el autoritarismo innato en ella—, sabe muy bien lo que es conveniente para su hija, y en el presente, Londres no lo es.

La cercanía de Gasira fue la estrategia de huida para Cameron.

—Si me disculpan, requieren de mi atención. —Se alejó delegando el papel de anfitriona a su tía, sabía que esta iba a darle el uso perfecto. En segundos, estuvo junto a la mujer.

—Señorita Cameron, el salón de caballeros ya se encuentra disponible. —En eventos sociales como ese, Arnold Madison prefería que los esclavos no se dirigieran a él.

—¿Con todas las especificaciones de padre? —El hombre era muy demandante, todo tenía que lucir a la perfección. Ni mención hacer del suministro de habanos, licores y algún tentempié que ayudara a combatir la posible acidez estomacal que el alcohol podía llegar a generar.

—Sí, señorita.

—Perfecto, gracias, Gasira.

La mujer de intensa tez oscura se escabulló del salón como si fuese una perfecta sombra. Conocía las demandas del señor de la casa, como esclavos domésticos debían satisfacer cada una de las necesidades que surgieran manteniendo el perfil más bajo posible, sin generar ningún tipo de incomodidad visual a las visitas.

La presencia de Cameron pasó desapercibida para la mayoría de los hombres, en especial para Walsh, el duelo de palabras entre él y Thomas Pierce parecía haber alcanzado su punto álgido.

—Pierce, cuando comprendas que no estamos hablando tan solo de una política abolicionista, sino de algo tan importante y fundamental como la protección de derechos, tal vez ahí, tú y yo podamos mantener una conversación con sentido.

—¿Derechos? Tu idea de derechos, Walsh, es la sentencia definitiva para el crecimiento económico, la que para ti es una infantil utopía social, para la mayoría no es más que un futuro no rentable.

—Creo que tienes los talones muy arraigados al sur, Pierce. Si pudieras dar un paso hacia adelante para ver más allá de tus narices, podrías contemplar el futuro que en el norte vemos y proyectamos.

Cameron amaba el ímpetu de Sean, su espíritu combativo en pos de un bien mayor. Enamorarse de él había sido la más dulce y revolucionaria de las aventuras. Se mantuvo en silencio, solo así podría disfrutar del momento, de él; el lugar de la mujer se encontraba muy lejos de todo posible debate.

—Todo cae por su propio peso, Walsh —intervino Edward Moore, llevaba minutos reservándose la palabra—, el progresismo que pregonan tarde o temprano va a ser el ancla que los lleve al hundimiento, y aquí, en el sur, vamos a recibir con gusto a los sobrevivientes de ese naufragio.

—Por supuesto, eso te incluye a ti, Sean. —Para Thomas Pierce la breve reflexión de Moore fue el broche de oro que le adjudicó el triunfo en la conversación.

—No te preocupes por mí, puedo mantenerme a flote, Thomas.

—Como sea —continuó el hombre con los aires de gloria en la voz—. Siempre serás bien recibido, sobre todo si de negocios se trata. —Finalmente, Cameron se hizo visible para Pierce, y antes de que Walsh pudiese contraatacar con otro argumento difícil de rebatir, utilizó la carta femenina a su favor—. Ya, Walsh, ya, cierra la boca así la señorita Madison puede expresarse, vaya uno a saber cuánto tiempo lleva aquí, en silencio.

—El suficiente, señor Pierce, no deseaba interrumpir.

—Por favor, su presencia nunca es una interrupción —alegó Moore con actitud caballerosa.

Se colocó a la par de Sean, su cercanía la contagiaba, la impulsaba a romper la barrera que contenía a sus palabras. Lo miró de soslayo, y sintió cómo su mirada era correspondida con la misma intensidad.

—No me refiero a eso, señor Moore, no quería interrumpir al señor Walsh... conozco la punta de mi nariz a la perfección, y la idea de mirar más allá de ella me resulta por demás interesante.

Walsh debió luchar contra las ganas de reír a sus anchas, no solo por las palabras de Cameron, sino por la expresión de los dos hombres que, de repente, habían sido empujados a una inesperada mudez.

—Con su permiso, caballeros —dijo tomándose la falda con claras intenciones de partida—, desde ya los invito a compartir el resto de la velada en el salón personal de mi padre. Ahora, si me disculpan, debo dirigirme a él.

A Sean Walsh le hubiese encantado tomarla de la mano para forzarla a quedarse ahí, a su lado, compartiendo su pasión y su palabra. Para él, el alma prisionera de Cameron era el reflejo de la suya, deseaba, con una fuerza inconmensurable, compartir su libertad con ella. Lo haría, la convertiría en su esposa, en una compañera de vida.

Al cabo de una hora, las mujeres se retiraron a los aposentos asignados. Era imposible seguirles el ritmo a los invitados hombres, podían llevar las discusiones y planes de negocios hasta entradas horas de la madrugada. Para Cameron, hallar la excusa perfecta para perpetuar su vigilia fue imposible, nada justificaba su presencia, guardaba para sí el motivo que la guiaba al camino del insomnio: el pedido de su mano en matrimonio. Sin más alternativa, una vez comprobado que las visitas se encontraban satisfechas con las habitaciones y comodidades asignadas, se resguardó en la recámara. Nala la ayudó a desvestirse frente al espejo, el agotamiento en la señorita de la casa era más evidente que en la muchacha que había llevado a cabo un sinnúmero de tareas en cuestión de horas.

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

La expresión ceñuda de Cameron se había permitido ser libre en la comodidad de la habitación. La inquietaba no tener noticias de Sean ni de su padre, a esa altura de los acontecimientos era más que lógico oír alguna repercusión de las partes.

—Sí... sí, estoy más que bien. —Era una verdad que le estaba siendo muy difícil demostrar. Los ojos de ambas se encontraron en el espejo.

—No lo parece —agregó Nala compartiendo con ella una sonrisa de par en

par mientras le desabotonaba el vestido y la liberaba de la presión del corsé.

La sonrisa que le había visto en la cena perduraba en su rostro. Por unos instantes, Cameron la envidió; a pesar de todo, Nala encontraba la manera de vivir con gran fervor cada día, más ahora que parecía que el cielo gris se abría sobre su cabeza gracias a la posibilidad del amor.

—Tienes razón, a veces dejo que los pensamientos me agobien. —Sonrió.

—¿Qué pensamientos? —Fue hasta la cama, ahí se encontraba la ropa de dormir dispuesta para su uso.

Cameron se deshizo de la camisola que vestía para permitirle a ella colocarle el recambio. La tela fresca y perfumada fue como un bálsamo para su cuerpo, respiró profundo para inundar sus fosas nasales con el intenso aroma a lavanda de la ropa limpia. La sensación de relajación la llevó a trasladar en palabras aquello que nunca había confesado.

—¿Alguna vez has sentido cómo las decisiones de los otros te afectan y controlan? —Cuando repitió la oración en su mente cayó en cuenta de lo absurdo de su pregunta para con Nala. Sus ojos la atravesaban a través del espejo, ya no había sonrisa en su rostro—. Lo siento... —finalizó llamándose al silencio.

Ese silencio se hizo contagioso, se extendió por toda la habitación. Sin saber cómo quebrar el incómodo momento, tomó asiento ante el tocador. Nala respondió como era de esperarse, llevando a cabos sus funciones, le desarmó el peinado con cuidado, le separó el cabello en mechones y comenzó la tarea del cepillado. Al cabo de unos minutos, la sonrisa volvió a vestir su rostro y retomó la conversación.

—Gasira me ha dicho que no está bien que sonría tanto... que no está dentro de nuestras tareas ser felices —imitó la voz de la mujer—. ¡Van a quitarte esa sonrisa a fuerza de azotes, niña tonta!

La garganta de Cameron se cerró, las posibles palabras de condescendencia se quedaron ahí, atoradas, provocándole dolor. Había oído esa reprimenda en más de una oportunidad. Lo que era peor, conocía la espantosa melodía de los azotes.

—Me han arrebatado todo, pero mi felicidad... —continuó la muchacha de piel morena—, mi felicidad me pertenece. Jamás la entregaré, y usted tampoco debería de hacerlo.

La lección de vida de Nala le sentó como una bofetada. Tenía una vida de privilegios, y aunque en algunos aspectos su libertad era reducida y gobernada por otros, no se comparaba en lo absoluto a la de ella. Detuvo el trabajo de la muchacha, le quitó el cepillo y entrelazó las manos a las de ella.

—Gracias... —le susurró. Ambas volvieron a sonreír. Por acto reflejo, desvió la mirada hacia sus muñecas, la ausencia del mayor tesoro de Nala era por demás evidente—. ¿Y tu brazalete?

La muchacha hurgó bajo el pliegue de la cintura de la falda, ahí era donde llevaba escondido el objeto de orgullo, su pasaporte a otra vida. Se lo colocó en la muñeca.

—¿Ya has hablado con él? —Quería estar feliz por ella, quería creer todas esas promesas que le habían sido prometidas.

—Lo he visto, solo eso... pero sé que él encontrará la manera de llegar a mí esta noche. —Posó las manos sobre su vientre—. Tengo un buen presagio, señora.

—Que así sea, entonces.

Cameron se aferró a esa idea, tal vez porque ansiaba lo mismo para ella. Confiaba en Sean, en el futuro que ya habían comenzado a imaginar juntos.

—Pero, por favor, ten cuidado. —Tiró de la manga de la camisola de Nala para cubrir el brazalete, enrolló la tela en torno a él hasta dejarlo no visible—. Es preferible que nadie lo note, por lo menos de momento.

Una vez que Nala abandonó la habitación, decidió tomar un descanso en el sillón frente al hogar, el invierno se hacía más vivo día tras día. Se cubrió las piernas con un cobertor. Tomó el libro que Sean le había obsequiado e intentó desfilas por sus hojas sin mucho éxito. Los latidos de su corazón se comparaban a las manecillas de un reloj, cada latido era un segundo, y la noche le sentaba

eterna, llena de ecos lejanos que lo único que lograban era potenciarle el insomnio, uno que tenía como único destinatario a Sean Walsh.

El nerviosismo le recorría el cuerpo con tanta notoriedad que parecía imposibilitada al reposo. Deambuló por la habitación para invertir parte de la energía en algo que no fueran pensamientos. No tardó demasiado en comprender que nada de lo que hiciera le bastaría, solo una persona podía brindarle la calma que requería para enfrentar el resto de la noche. Rompió las últimas reglas del decoro al abandonar su recámara en medio de la madrugada para ir a refugiarse a la de un hombre soltero. Sabía que Sean no desaprobaba ese comportamiento, juntos habían roto todas las reglas habidas y por haber, incluso la de compartir la cama hasta el alba sin estar unidos en matrimonio. Si su padre supiera, todo *White Valley* ardería por el fuego de su furia.

Se envolvió con una bata para combatir las ventiscas de los corredores, abrió la puerta y comprobó los alrededores. La calma suprema fue la acompañante perfecta para la escapada nocturna. En puntillas de pie avanzó hacia el ala oeste. Los efectos del consumo excesivo de licor en los hombres jugaba a su favor, podía jurar que oía los ronquidos de los invitados. Cuando llegó a la esquina del corredor que se comunicaba con las habitaciones, la sensación de una presencia la detuvo. Tomó resguardo en una de las columnas y, desde ahí, observó: era Sean, abandonaba la habitación en dirección opuesta a ella. El más mínimo susurro se convertiría en una sinfonía de alerta en la tranquilidad de las instalaciones, sin otro recurso más al que apelar, siguió sus pasos.

No solía ubicarse como el centro de deseo de nadie, a pesar de ello, su inquieto corazón, ansioso de novedades, le decía que Walsh iba en su búsqueda. Algo que se contradecía con la lógica de su pensamiento, uno que le recordaba que su habitación se encontraba lejos del camino que Sean había tomado. *White Valley* tenía una estructura de naturaleza laberíntica, contaba con una sola planta, y eso hacía que la gran casona se extendiese a lo largo y a lo ancho; estaba plagada de corredores, ambientes conectados y salones, no podía culparlo, confundirse era una habitual costumbre para los invitados. Sin embargo, la travesía inesperada de Walsh parecía tener un destino bien claro, no deambulaba por el lugar, se dirigía con obvia intención al ala sur de la casa. Atravesó la recepción principal y la sala de descanso, hasta llegar al salón comedor que se comunicaba con la cocina.

El anhelo de sus brazos, víctima de un corazón enamorado, poco a poco le

fue dando espacio a la amarga intriga. Lo primero que se instaló en la mente de Cameron fue una repentina necesidad de satisfacer el apetito nocturno, tal vez Sean iba en busca de un vaso de leche o algún tipo de bebida con la que no contaba en la habitación. Sí, debería de ser eso.

Pero no... Walsh se detuvo en la cocina tan solo por unos segundos para evaluar el alrededor, luego, como si de una costumbre habitual se tratara, se adentró al pasillo que se comunicaba con la despensa y las habitaciones de las criadas.

¿Qué tenía que hacer Walsh ahí? ¿Qué buscaba?

Unos pasos cercanos la hicieron resguardarse tras la puerta de la cocina. El repiqueteo de unas botas le alertó sobre la presencia, sin dudas, de un hombre. El constante ir y venir parecía confesar desconcierto, a diferencia de Sean, el otro extraño en las sombras sí parecía confundido. Finalmente se alejó. Cameron tomó una gran bocanada de aire para llenar sus pulmones, intentaba relajarse, el nerviosismo se había apoderado de ella. Abandonó el escondite momentáneo y atravesó con sigilo la cocina hasta llegar a la arcada que invitaba al acceso de la despensa. No había señales de Walsh ahí. El corazón se le aceleró. No quería pensar, no quería presuponer. La luz de una vela en el fondo del pasillo, proveniente de una de las habitaciones de la servidumbre, fue la confirmación del destino de Sean. Era la habitación de Nala. ¡Dios, no, no quería presuponer!

No podía evitarlo, su mente ya había elaborado una historia, y esa historia la quebraba por dentro. Tuvo que cubrirse la boca con la mano para evitar que los gemidos previos al llanto se le escaparan. Dio unos pasos hasta acortar la distancia y llegar a ese punto estratégico que le permitiese ver lo que sucedía dentro de la habitación. La puerta estaba abierta, Nala yacía en el piso, un charco de sangre la rodeaba, y a Sean... a Sean lo único que parecía importarle era el brazalete que ella aún conservaba en la muñeca. Desde donde se encontraba pudo ver cómo él lo ocultaba dentro de su chaleco, luego se alzó para contemplar el cuerpo sin vida. Cameron pudo ver los ojos abiertos y vacíos de la muchacha.

¡Dios, quería llorar, gritar... vomitar! Sentía que iba a desmayarse ahí mismo.

Retrocedió. Un paso, otro paso, sin alejar la vista de la macabra escena. Sin proponérselo, su espalda chocó con uno de los estantes de la despensa, una

fuelle con manzanas se tambaleó, y un par de ellas cayeron al suelo. Antes de que Walsh descubriera su presencia, giró sobre los talones y corrió con desesperación.

La oscuridad de la noche, combinada con una repentina desorientación emocional, hicieron que tomara el camino incorrecto. Uno que no transitaba a solas. Chocó con un cuerpo. La luz de la luna que se filtraba por los ventanales le permitió reconocer el rostro.

—Señor Seward... —gimió invadida por la angustia. El corazón le latía descontrolado y la cabeza le daba vueltas.

—Señorita Cameron..., ¿ha sucedido algo? Está temblando.

De las sombras emergió la forma de otro cuerpo, era Thomas Pierce. Se sumó al suceso.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Seward al notar el estado de la joven.

—Eso es lo que trato de averiguar, está temblando. ¿Cameron? —intentó llegar a ella.

—Él... —balbuceó a segundos del colapso definitivo —. Él...

—Él... ¿qué? ¿quién? —Para el hombre estaba claro que la muchacha no podía articular bien las palabras. Se tomó el atrevimiento de tomarla de los hombros para brindarle sostén.

—Él... la mató.

La confesión le atravesó el corazón, el alma... la hizo pedazos. Era imposible tolerar tanto dolor, no podía mantenerse en pie, no podía siquiera respirar. Cerró los ojos, el mundo giraba, los dos hombres giraban.

Se desmayó, ahí, en los brazos de James Seward.

## Capítulo 3

Estaba recluida en la habitación, y no a fuerza de voluntad. Era la disposición de Arnold Madison que pretendía mantenerla al margen de los acontecimientos a como diera lugar. Cameron luchó contra la déspota decisión sin buen resultado, ningún argumento fue considerado, ni siquiera el que la esgrimía como la testigo directa del hecho. La narración del macabro suceso parecía no querer ser oída por nadie. Nala era un recuerdo, como muchos tantos otros iguales a ella. Estaba segura de que ya había sido reemplazada. El desprecio por la vida humana era moneda corriente, lo sabía, ella estaba entre los privilegiados. La suciedad de los ricos, la crueldad de los poderosos, todo eso se ocultaba bajo las alfombras. Se preguntaba qué sentido tenía una existencia así, hasta cuándo podía aferrarse a la ingenuidad que la sociedad le obsequiaba como herramienta de subsistencia. Porque ese era el estereotipo que todos, en especial su padre, demandaba. Hacer la vista a un lado, eso le habían inculcado.

Entre medio de todo ello, se hallaba Sean Walsh y el dolor del desengaño. A él sí lo hacía a un lado, lo expulsaba de su mente porque el simple acto de pensarlo la llevaba a recordar una y otra vez la fatídica escena. A cada hora, a cada minuto, las posibles hipótesis y planteos crecían. Lo que vio, lo que no vio, la historia secreta de Nala, una que solo ella conocía.

Los débiles latidos de su corazón todavía clamaban por él, y ella no podía dejar de cuestionarse cada uno de esos sentimientos. Quería arrancarse del alma, del cuerpo, lo que sentía por Sean. No quería amarlo, el hombre que creía conocer parecía ser una fantasía, un panfleto de venta que ella había adquirido ávida de ilusiones. Walsh le había entregado el paraíso perfecto, uno elaborado a su medida. No iba a entregarse a la necedad, a la ceguera del amor, aun así, experimentaba la furiosa necesidad de enfrentarlo en busca de la verdad.

Sus intenciones de reclamo habían sido frenadas por el encierro impuesto. Domar su ímpetu, esa había sido la expresión de Eleanor tras apropiarse de la llave de la recámara. Solo contaba con la asistencia ocasional de Gasira cuando

le traía las bandejas con alimento, y tarea que se ejecutaba bajo el exhaustivo control de su tía.

El sonido de la llave dentro del cerrojo la hizo abandonar la cama de un salto. Se precipitó al centro de la habitación, se mantuvo ahí, erguida y desafiante, no estaba dispuesta a tolerar más esa imposición.

—¡Por todos los cielos, Cameron! —Eleanor se horrorizó ante la imagen desalineada de su sobrina. Estaban a pasos del mediodía, todavía llevaba puesto el camisón de dormir, tenía el cabello alborotado, y las ojeras ponían en jaque a su desvelo—. Pareces un animal salvaje... ¡Victoria! —clamó.

—Gasira —la corrigió Cameron.

—¡Victoria! —volvió a repetir sin quitarle la mirada de encima.

La mujer estuvo junto a ella de inmediato.

—¿Sí, señora?

—Ayuda a mi sobrina a verse civilizada. Su padre la espera. —Luego se dirigió a Cameron—. ¿Has oído? Tu padre te espera en el despacho. Intenta lucir presentable, por favor.

—¿A qué le llamas lucir presentable, tía? ¿A hacer de cuenta que nada ha sucedido? —La provocación llegó a destino. Eleanor caminó hasta ubicarse frente a ella. La atravesó con la mirada, en sus ojos no había rastro alguno de misericordia ni empatía.

—Nada ha sucedido, Cameron. ¡A ver si lo comprendes de una buena vez! —Giró sobre sí decidida a marcharse, cuando estuvo junto a Gasira, amplió la orden—. La quiero lista en quince minutos.

Ni bien estuvieron a solas, Gasira cerró la puerta para brindarle la intimidad adecuada. Comprobó que la bandeja del desayuno estaba intacta.

—¡Ay, señorita, no ha tocado bocado alguno!

—No tengo apetito —dijo acercándose al tocador. No tenía deseos de satisfacer a su tía, pero si no lo hacía, las consecuencias impactarían en la mujer.

Se dejó caer en la butaca acolchada para que hiciera el trabajo asignado—. Ni lo tendré.

—Pues inténtelo, aunque sea a la fuerza —susurró a modo de sugerencia. Gasira tomó el cepillo para iniciar la ardua tarea de desenredar el cabello enmarañado.

—¿Acaso crees que no lo he probado? Cada vez que intento tragar un bocado, el recuerdo de la imagen de Nala me lo impide. —Se llevó las manos al rostro para que actuaran como barrera de contención para las lágrimas—¿Qué han hecho con ella?

Gasira no respondió, los detalles no debían de llegar a la señorita de la casa. Una vez finalizado el superficial cepillado, le trenzó el cabello para enroscarlo a la altura de la nuca. La realidad era que requería de un baño para lucir un buen estado, algo que era imposible teniendo en cuenta el tiempo con el que contaba. Fue por una camisola limpia y el corsé.

La ausencia de respuesta fue interpretada por Cameron como lo que era, una herramienta de escape.

—¿Gasira? —insistió. Utilizar más palabras era innecesario.

La mujer regresó a su lado y le quitó la ropa de cama para cubrirla con la camisola.

—Los invitados ya se han marchado. —Sabía que no podría eludir el interrogatorio, por ello optó por llevar la conversación por un camino paralelo. La envolvió con el corsé y tiró de las cintas.

—Sí, ya me he dado cuenta, por lo visto, la calma retornó a *White Valley* —dijo con un tono sarcástico para nada habitual en ella—. Pero eso no es lo que te he preguntado, Gasira.

Una vez más, desvió la pregunta con otra. Dispuso dos vestidos sobre la cama.

—¿Ocre o aguamarina, señorita?

Cameron fue hasta ella, tomó el vestido aguamarina, introdujo las piernas en

él, lo calzó a su cintura y giró para que se lo abotonara. Cuando la tarea estuvo finalizada, se volvió hacia la mujer para interrogarla con los ojos, la pobre se sintió arrinconada.

—Su padre no desea que ciertos detalles...

—Mi padre, mi padre —la interrumpió—. Yo no soy mi padre, y lo sabes. Por favor, dime que le brindaron correcta sepultura, que les permitieron llevar a cabo sus rituales.

La muerte de la joven esclava había ocasionado una gran incomodidad en los invitados, toda posible ceremonia y cántico fue vedado por orden de Arnold Madison, que no estaba dispuesto a hacer un espectáculo sensiblero y fuera de lugar delante de sus amistades y socios.

—Colocaron los restos en la fosa común, señorita. —La pena actuó como eco en esa confesión, y sus ojos buscaron un punto de referencia en el piso, como si sintiera vergüenza— Y Anuar...

—¿Anuar? ¿Qué tiene que ver Anuar en todo esto? —Era otro de los esclavos de la hacienda.

—Él la ha matado, señorita, y él ha pagado...

—¡No, no, no! —Estaba enfurecida, la red de mentiras ya estaba tejida y la habían lanzado al mar en busca de la primera captura—. ¡Anuar era prácticamente como un hermano para Nala! —Necesitaban un culpable de piel oscura. El chivo expiatorio perfecto— ¡No, no voy a permitir que la persona incorrecta sea inculpada!

La furia la impulsó, su padre la escucharía, la había mantenido silenciada dos días, pero no más. Sin los invitados presentes, la verdad iba a salir a la luz. Antes de que pudiera abandonar la habitación, Gasira la detuvo, unió sus manos a las de ella a modo de súplica.

—Señorita, déjelo así... Nala ya es libre. Olvídela.

—La muerte no es liberación alguna, Gasira.

—Para nosotros, la muerte es la única liberación posible. —Se separó de ella

para adelantarla en pasos—. Su padre la espera. Con permiso...

Sin nada más que agregar, la siguió hasta el hall central, y de ahí en adelante, se separaron rumbo a caminos diferentes, tal cual lo hacían día a día.



Los aires de batalla se transformaron en suaves ventiscas ni bien estuvo ante su padre. Todavía no se sentía capaz de romper las cadenas que la unían a su herencia, Arnold la doblegaba con la simple cercanía, el amor de su padre venía de la mano del condicionamiento.

—Cierra la puerta tras de ti —ordenó sin siquiera alzar la mirada hacia ella. Tenía los dedos manchados de tinta, sin dudas, llevaba horas realizando la misma labor —. Siéntate.

Cameron acomodó la falda de su vestido y tomó asiento. La acción le permitió observar de reojo la actividad en la que su padre invertía la energía: cartas. Al cabo de unos segundos, Arnold hizo a un lado la pluma. Lucía cansado y su apariencia era similar a la que ella había dejado atrás en su habitación. Chaleco desabrochado, mangas retraídas, arrugas más profundas y unos lentes que parecían incrustados a la altura del tabique nasal. Lo ojos irritados recorrieron el escritorio en camino directo a ella. La evaluó con detenimiento. No la había vuelto a ver desde el colapso nervioso dos noches atrás.

—Creo que Eleanor ha exagerado —dijo haciendo referencia a su imagen. No era la primera vez que Cameron se enfrentaba a la muerte, la muchacha tenía más familia enterrada que viva, pero Arnold debía reconocer que la muerte de la sirvienta había sembrado un nuevo precedente, de seguro, uno muy difícil de digerir a esa edad— ¿Cómo te sientes? —se vio en la obligación de preguntar por simple cortesía. Arnold Madison no era muy afín a los sentimientos, en especial en lo que a la práctica se refería.

—¿Cómo quieres que te responda, con la verdad o la mentira? —No hubo intención de desafío en su voz, sino de resignación.

—Quiero que me respondas como se te ha enseñado. —Arnold Madison siempre hallaba la manera de imponer sus reglas de educación.

Cameron fingió una sonrisa, tensó los labios y exhibió los blancos dientes. Fue la perfecta sonrisa de un bufón.

—Veo que Eleanor estaba en lo cierto, entonces —masculló con el agotamiento en la voz—. Pongámosle un punto final a todo esto, Cameron. No es la primera vez que uno de nuestros esclavos muere.

—En eso tienes razón, padre. Pero aquí no hablamos de muerte, hablamos de otra cosa.

—Hablamos de una maldita acepción a la palabra, nada más.

La calma con la que se expresó reavivó el fuego interno de Cameron.

—¡Hablamos de asesinato! —El cuerpo se sumó a su proclamación, se puso de pie.

Los ánimos se caldearon. El aire se volvió denso, irrespirable. Arnold comenzaba a asociar el comportamiento reaccionario de Cameron a amistades muy poco beneficiosas. Amistades masculinas que no quería recordar.

—¡No vuelvas a repetir eso bajo este techo! —Imitó a su hija, abandonó la silla para imponer su presencia física.

—¿Repetir qué? ¿Asesinato? —Alzó la voz lo más que pudo— ¡Vamos, padre, dilo tú también! ¡Asesinato!

El pecho de Cameron subía y bajaba a un ritmo frenético. Madison no recordaba haberla visto jamás en ese estado frenético. Si así era como pretendía jugar, ahí lo haría.

—¡Niña idiota, pretendes vivir en un mundo que no existe! ¿Lo sabes, no? —Rodeó el escritorio para llegar al otro lado. La enfrentó, tuvo que contenerse, los deseos de tomarla por el cuello se hacían cada vez más incontenibles—. ¡Te han llenado la cabeza con falsas ilusiones, con ideas insustentables! Mira a tu alrededor, Cameron, todo lo que posees se ha construido sobre sangre derramada. ¡Esa es la maldita mecánica que mueve a este mundo!

Cameron retrocedió, la furia de su padre se uniría a la suya y todo colapsaría.

—Madre tenía razón —balbuceó con la decepción definitiva en los labios—. Tarde o temprano, el velo que cubre al desencanto cae a nuestros pies.

—Ojalá fueras como tu madre —gruñó—. Ella sabía muy bien cuál era su rol a cumplir.

—¿Y ese rol cuál es? ¿Callar? ¿Aceptar?

—¿Callar? —Madison se quebró en una irónica carcajada— ¡A ver, ven aquí! —Le señaló la silla que antes había ocupado—. ¡Habla, quiero oír lo que tienes para decir!

Ella no correspondió a lo indicado. Al señor de la casa no le agradaba la falta de respeto, ni la desobediencia.

—¡Pon tu maldito trasero aquí, he dicho! —gritó.

Cameron sintió vibrar el suelo bajo sus pies. Volvió a tomar asiento. Madison se mantuvo firme, a su lado, utilizando el escritorio como soporte para su cuerpo cansado.

Ahora comprendía el privilegio del silencio forzado, callar era la parte sencilla, hablar significaba demasiado. Hablar significaba hurgar en la herida de su corazón.

—Lo seguí... lo vi —titubeó víctima del dolor emocional que le atenazaba el alma.

—¿A quién viste? —La serenidad había retornado al habla de su padre.

—A Sean... —Se corrigió de inmediato al notar que la voz se le quebraba al nombrarlo—. Al señor Walsh.

—¿Estás segura de que viste al señor Walsh?

Respiró profundo, esa certeza requería de un valor que no poseía en ese momento.

—Sí... era él. Lo seguí desde el ala oeste hasta...

¡Dios, cómo dolía! La vida que había soñado durante meses se hacía añicos a sus pies.

—Hasta la cocina —continuó— y... luego la vi a ella, a él. —Unía las piezas, nadaba en el recuerdo.

—Cameron, ten cuidado con tus palabras, ver y creer ver no son lo mismo. —Quería hacer entrar en razones a su hija.

—¡Lo sé! —El malestar experimentado noches atrás se repetía a la par que las imágenes—. El señor Walsh estaba de rodillas junto a su cuerpo cubierto en sangre...

—¿Lo viste quitarle la vida? —la interrumpió.

La duda tomó control de ella. No podía asegurarlo. ¿No podía o no quería? Ella sola se colocaba entre la espada y la pared cuando de Sean Walsh se trataba.

—¿Cameron?

—No... solo vi cómo se apoderaba de su brazalete.

La expresión en el rostro de Arnold se vistió de incertidumbre. Abandonó el soporte del escritorio movido por el reciente sentimiento.

—¿A qué brazalete te refieres?

Mantener oculto el origen de la joya no tenía sentido. Ya no había nadie a quién castigar.

—Nala tenía un costoso brazalete —Antes de que su padre pudiese insinuar lo equivocado, expuso—. Uno que le había obsequiado el hombre que la cortejaba. —Al decir eso, Arnold desvió la mirada.

—Dudo mucho que los hombres que la cortejaban pudiesen costear algo como lo que dices. —Retomó el lugar en su silla al otro lado del escritorio.

—La cortejaba un hombre blanco, es más, ella me aseguró que era uno de

nuestros invitados.

—¿Y tú le creíste? —rio con falsedad.

—¡Por supuesto que sí, porque habría de mentirme!

—No digo que te haya mentido, sino que malinterpretó los hechos. —Intentó ser lo más delicado posible—. Los hombres de negocios no cortejan esclavas, Cameron.

—¿Qué quieres decir? —La inocencia se le escapó por entre los labios.

—Satisfacen necesidades de hombre, nada más, eso quiero decir.

La simpleza con la que su padre asumía ese tipo de relaciones, junto a la soltura con la que su cuerpo se movía en la comodidad de la silla, le demostraban a Cameron que él conocía una parte de la historia.

—Padre, ¿tú estabas al tanto de esa relación?

Las preguntas de su hija comenzaban a fastidiarlo. Arnold se apretujó la barbilla para descargar la reciente tensión adquirida.

—Cameron, el mundo de los hombres y los negocios se escapa de tu entendimiento. Y es mejor que siga así.

—¿La muerte de Nala es una cuestión de negocios?

—Todo es cuestión de negocios. La muerte de Nala fue una pérdida que ya ha sido compensada. Y en lo que a mí respecta, ya no queda más que hablar. — Fue directo, la había convocado para eso, para espantar de su cabeza los pajarillos de la justicia—. Tú no tienes nada más que hablar sobre el asunto.

Sintió los invisibles grilletes rodearle los tobillos. Vivía en una prisión de algodones. Tenía libertad condicional solo si respetaba el papel que le había sido dado para interpretar. Y así lo haría, pero antes, se rasgaría las vestiduras en pos de la verdad. Aunque esa verdad muriese ahí, en esas cuatro paredes, quería oírla.

—¿No hablar significa culpar a Anuar por una muerte que no le

corresponde? ¿No hablar significa aceptar que la conquista del poder y el dinero valen más que una vida? ¿Que la verdad no importa?

—Tu verdad, Cameron. ¡Solo la tuya! Porque el señor Walsh tiene otra, y créeme... extrañamente —masculló para esconder el malestar que le generaba ese pensamiento—, no coincide con la tuya manifiestas.

Su nombre fue como una daga, la atravesó decidida a hacer polvo los restos de su corazón fragmentado.

—Sean —susurró el nombre—. ¿Qué te ha dicho? Necesito hablar con él —confesó guiada por la ansiedad—. Sí, necesito hacerlo, oír de sus labios...

—¡En tus sueños! —la interrumpió con la furia palpitante en él—. Ya llegará el momento en el que tú y yo hablemos de tu comportamiento de fulana. ¡De solo pensarlo, siento deseos de abofetearte!

—¡Padre! —reaccionó a la defensiva. Las mejillas se le enrojecieron.

—¡Padre, nada! Walsh nunca fue ni será el hombre correcto para ti. Espero que lo ocurrido te haya servido de aleccionamiento. ¡No todo lo que reluce es oro, mi dulce niña! Demasiado tarde lo has comprendido.

—¿Mantén él una relación con Nala? —Solo así podría continuar con su vida, la herida sanaría, de alguna manera lo haría, pero extirparlo de su corazón requería de mucho más. Si la había engañado, si le había vendido un amor ficticio, debía de saberlo.

—Eso no es de tu incumbencia.

—¡Sí lo es! ¡Dios santo, estaba embarazada! —gritó golpeando el escritorio con las palmas de sus manos.

Arnold Madison hizo aquello que nunca pensó hacer, abofeteó a su hija. La decepción mezclada con esa pequeña dosis de peligrosidad que él saboreaba lo llevó a cometer tal irracional acto.

—¡No vuelvas a levantar la voz en esta casa! ¿Comprendido?

No pudo responder, el fuerte golpe le había enrojecido la mejilla y le

quemaba la piel, utilizó sus manos para aliviar la molestia.

—¡Déjame a solas! —En ese instante, la presencia de su hija no hacía más que alterarlo—. Todavía me queda pendiente la redacción de un par de cartas más, alguien tiene que pedirles disculpas a nuestros invitados.

No era un tirano, pero tampoco era su opuesto. Arnold Madison era un hombre de mentalidad rudimentaria y funcional, con un don de mando incuestionable y un olfato perfecto para los negocios. Hasta ahí llegaban sus capacidades. El título de padre era honorífico.

La sensación de orfandad y soledad acompañó en cada paso a Cameron. Los sueños se transforman en pesadillas. Los sentimientos, en asesinos silenciosos.

Se marchó rememorando a Gasira: «La muerte es la única liberación posible».

Comenzaba a comprender la naturaleza real de esas palabras.

Tras su muerte, volvía a envidiar a Nala.



Aunque lo intentara, el descanso no le era posible; parecía que sus ojos se encontraban imposibilitados a la entrega, los párpados no se le cerraban. Unos pasos inesperados la pusieron en alerta, en el silencio ensordecedor de la noche, nada pasaba desapercibido en *White Valley*.

A excepción de los esclavos, solo otras tres personas habitaban la casa. Reconoció el impacto de esas zancadas contra el piso, era su padre. Le siguió el eco del golpe en una puerta. Descifrar el destino de Arnold no requería de mucha ciencia: Eleanor.

Ya tenía suficientes dudas cargadas a su espalda como para soportar una más. Si su padre se aventuraba a la recámara de su hermana a esas horas era porque la urgencia y la confidencialidad lo apremiaba.

Tomó el edredón que se encontraba doblado a los pies de la cama y se cubrió con él. Tenía que ser una con la sombra, con el silencio. Abrió la ventana y se

escabulló. El frío la atacó de inmediato, se envolvió con el cobertor. Las terrazas de paseo que rodeaban a la casa comunicaban a las habitaciones, en un par de segundos estuvo junto a la ventana de Eleanor. La oscuridad le servía de disfraz, se acercó lo más que pudo para oír la conversación.

—Me preocupas, Arnold.

—Y te preocupas con justa razón.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla de una vez!

Las voces le llegaban como débiles susurros, pretender descubrir los matices emocionales en ellas era imposible. Desde donde se encontraba, todo sonaba igual.

—La verdad es que esa maldita negra tenía un secreto, uno que alguien estuvo dispuesto a silenciar. Por desgracia, ese secreto fue compartido antes de su muerte.

—Uno que ahora tú sabes, intuyo.

—Que Cameron y yo sabemos. Yo sé guardar secretos, y no estoy dispuesto a poner en juego lo que tengo por una estúpida esclava. Pero Cameron...

Ella regresaba al centro del conflicto. Estaba claro que su padre le había ocultado más información de la que ella creía.

—Pero Cameron tiene una boca demasiado grande para su edad, lo sé. — Eleanor no podía controlar el poder de su voz, lo elevaba con cada palabra dicha.

—Exacto, y yo no pienso exponerla a ningún riesgo.

¿Riesgo? ¿Qué clase de riesgo? Podía hacerse mil preguntas más, no lo hizo, prefirió colocar toda la atención en ellos.

—¿Qué sugieres?

—Llevarla lejos.

—¿Y tus planes? ¿Y James Seward?

El nombre de James Seward volvió a indigestarla como la hacía cada vez que estaba cerca de ella. Dios no quiera que su padre...

—Supongo que tendré que buscar otras alternativas, no te preocupes, Eleanor, los negocios son mi especialidad. En cuanto a lo demás, necesito de tu ayuda.

Respiró profundo y exhaló. El alivio fue inmediato, Seward ya no era una figura de interés.

—Y por supuesto la tienes, dime qué debo hacer.

—Llévatela contigo.

—¿A Londres? —La propuesta no pareció agradarle. «Londres» resonó tan fuerte dentro de la habitación que hasta los cristales del ventanal temblaron.

—¡Sí, a Londres, mujer, dónde más! La quiero bien lejos de aquí. Lejos de Sean Walsh. Y si es posible, no la deseo de regreso. Si la verdad llegara a salir a la luz, de una u otra manera, ella pagará las consecuencias.

—¿Qué quieres decir con que «no la quieres de regreso»?

—Lo que entiendes... haz lo necesario. Encuéntrale un marido al otro lado del mundo. Duplicaré, triplicaré su dote de ser necesario. Lo que sea. ¿Me has entendido, Eleanor?

—Sí, Arnold, te entendí a la perfección. Lo que sea, como sea.

El pedido logró aquello que el frío no consiguió. Tembló... ante el temor, el desconcierto. Las lágrimas le inundaron los ojos. No podía regresar a su recámara, la angustia la dominaba. Así como estaba, descalza y ligera de ropa, se atrevió a hacer aquello que estaba prohibido para ella, recorrer su hogar bajo las estrellas. Caminó por los campos de algodón, los regó con sus lágrimas para despedirse de ellos. Respetaría el último pedido de su padre, no regresaría.

Era el fin de su historia ahí, dejaría todo... todo excepto su corazón.

## Capítulo 4

El viaje a Londres resultó una tortura para Cameron. Era la primera vez que viajaba en barco y los interminables días sin pisar tierra firme la llevaron a enfermar. El estómago apenas lograba contener un par de bocados, los mareos eran constantes y la reclusión en su camarote la arrastró a un inicio de locura.

No dejaba de pensar una y otra vez en Nala y en Walsh, y en los retazos de conversación con su padre. Sabía que no tenía toda la información, que Arnold le ocultaba algo. Tía Eleanor desconocía los pormenores de la orden dada por el terrateniente y, a diferencia de Cameron, no sentía ni la más mínima curiosidad. Las damas debían callar y acatar, así se lo había recordado en la última conversación en tierras americanas.

Ahora eso había quedado atrás, tan lejos como la costa de Virginia. Por desgracia, no pudo dejar el dolor y el corazón roto en el mismo puerto. Los arrastraba con ella al viejo continente, y era una enfermedad que la debilitaba. Su malestar físico iba a la par del emocional. Tía Eleanor se negaba a hablarle más que para reprenderla y exigirle que le agradeciera por llevarla a Inglaterra cuando no lo merecía. El resto del tiempo se dedicaba a enviarle miradas de censura.

—¿Puedes dejar eso? —exigió la mujer, cansada de las náuseas de su sobrina.

—Sí, tía. —El sarcasmo de su respuesta se perdió en otra arcada, lo que llevó a Eleanor a abandonar el camarote. Apenas se soportaban. La relación que antaño supo ser distante, ahora era tensa. Las capas de pulida educación de Cameron estaban resquebrajadas por los sucesos y daban como resultado una muchacha menos sumisa y más indómita, incluso en ese estado de evidente debilidad.

El clima de la costa no ayudó cuando arribaron. El oleaje hizo que las últimas horas a bordo se convirtieran en una pesadilla. La lluvia les dio la

bienvenida, los vientos helados y el vaivén de un carruaje fueron la estocada final para la salud de Cameron, llegó a la mansión de los Thomson con fiebre y el estómago tan revuelto como si aún estuviera navegando el Atlántico.

—Oh, Lady Mariana, no queremos importunar —escuchó la queja de su tía entre momentos de lucidez—, no es necesario un médico, con que descanse un poco...

—¡De ninguna manera! —exclamó Lady Mariana Thomson y la voz sonó como la de un ángel en los oídos de la señorita Cameron. La vizcondesa supo ser una gran cantante lírica en sus años mozos, y el timbre de su voz conseguía dejar mudo a cualquiera que la escuchara, entre ellos, Eleanor—. Nos aseguraremos de que tu sobrina reciba los cuidados pertinentes. Ahora mismo la instalaremos en su habitación, la doncella le preparará un baño y el médico la verá en unas horas.

Los siguientes días serían una gran nebulosa en la mente de Cameron. Pasó horas y horas en cama, hasta que comprendió que su mal nada tenía que ver con el resfrío, sino con un corazón roto. Lady Thomson no tardó en dar con el verdadero diagnóstico y, sin hacer preguntas, la trasladó a una habitación lejos de su tía, en la otra ala de la inmensa mansión.

A Mariana no le agradaba Eleanor De Luca, pero la toleraba por los negocios del pasado y por los posibles en el futuro. En cambio, algo en la joven Madison lograba enternecerla, adivinaba que no había sacado la ambición de la familia paterna y se preguntaba si quizá la madre era quien había transmitido esa llama de dulzura que se mantenía brillante aunque se estuviera apagando.

—Señorita Cameron —la llamó antes de ingresar a la habitación—, ¿cómo te sientes hoy?

—Mucho mejor, milady —expresó la muchacha al tiempo que se incorporaba en la gran cama de madera maciza. La doncella abrió las cortinas, y el plateado cielo de Londres se coló por las ventanas. Acostumbrada al clima de Virginia, Inglaterra no hacía más que alimentar la melancolía. Ni los vivos colores del empapelado de las paredes de su recámara, ni las arañas que siempre estaban encendidas, ni el carácter vivaz y afable de la vizcondesa conseguían animarla.

Le costaba reconocerlo, extrañaba a Nala, extrañaba a Walsh. Y ambos

anhelos eran incompatibles, se sentía dividida por albergar sentimientos hacia Sean, creía que le era infiel a Nala, a la justicia que merecía y jamás recibiría.

—Esperemos que pronto la mejoría se evidencie —fue el mordaz comentario de Mariana, hecho con una sonrisa amistosa que indicaba las buenas intenciones.

—Gracias, milady.

—Cuando estemos a solas, puedes tutearme —le recordó Mariana, con cariño.

—Lo siento, no me acostumbro. Mi tía ha hablado tanto de usted... de ti —se corrigió—, que me cuesta no tratarla... —Se interrumpió una vez más al darse cuenta de que no le saldría de manera natural. Allí, ella era un ser inferior, su sangre no era noble y, por lo tanto, si bien se dirigían a ella con un mínimo de respeto, le recordaban su lugar. Era injusto, y se sentía horrible. Pero, por sobre todo, exponía un trato aún más desigual, el que se tenía en su país para con los esclavos. Los pesares volvieron de golpe, y junto a ellos, el malestar físico.

—Querida, estás tan pálida, tan frágil y con el temple tan apagado, que serás la sensación de la temporada. Toda una florecilla inglesa —bromeó Mariana y consiguió la primera risa de Cameron en días.

—Gracias por el no halago, milady —respondió a la broma, y escondió en su expresión el dolor que sentía. Lady Thomson lo adivinó de todos modos, y así lo expresó.

—Eso está mucho mejor, Cameron. Aprende a esconder la debilidad, o aquí te comerán los ojos.

—No me está saliendo muy bien si puede adivinar siempre lo que me pasa.

—Oh, ese es mi don, no todos lo tienen. Algún día, querida, hablaremos en confianza y me contarás qué te tiene en cama, porque sé que no es el resfrío. Mientras tanto, intentaremos que te repongas, que saques a flote esa belleza que te acompañó como un mito desde Virginia y conseguiremos un esposo para ti, uno que te permita escapar del pasado.

—Es muy amable de su parte.

—Por cierto, quiero que conozcas a unas muchachas de tu tierra. Estoy segura de que eso te animará y borraré parte del pesar —agregó Lady Thomson con su melodiosa voz antes de dejarla a solas.

La idea de al fin contar con jóvenes de su edad y en situación similar a la suya la llevó a una leve y constante mejoría. Día a día encontraba la fuerza para salir de la cama, arreglarse, pasear por el suntuoso jardín de los Thomson, degustar la para nada deliciosa comida de Inglaterra, leer, conversar con Mariana y mantener distancia de Tía Eleanor.

El nuevo pasatiempo eran los artículos del Doctor C. que se publicaban en un folletín para damas de la sociedad londinense *Lady and society*. El escandaloso doctor sacaba a relucir en cada nota alguna de las aristas más oscuras de la sociedad. La identidad de tan osado hombre era una incógnita que mantenía a Cameron entretenida y le permitía recordar la otra cara de Sean Walsh, aquella que se había disipado en una noche confusa que parecía un mal sueño.

La sensación onírica la acompañó durante el primer mes en Londres. Era arrastrada por Mariana a las casas de moda, a los salones de té, a las clases de historia inglesa y protocolo con una prestigiosa institutriz de rictus severo, a las tardes en compañía de sus coterráneas, a los bailes... Pronto descubrió que su ajustada agenda no era casual, Lady Thomson parecía conocer la receta para sanar el mal de amores: distracción constante y lejanía de Tía Eleanor.

De a poco recordó cómo sonreír, cómo disfrutar de un banal entretenimiento. Los mejores momentos eran las tardes compartidas con sus nuevas amigas.

—Sospecho —dijo Cameron en un susurro para Emily Grant—, que Lady Mariana es quien busca esquivar a mi tía todo el tiempo, y que yo soy la excusa. No a la inversa.

Vanessa Cleveland largó un bufido poco femenino a modo de reafirmación. Las tres amigas se encontraban en el salón personal de Lady Thomson, tomando el té y conversando. Solo una de ellas estaba ausente, Miranda Clark, la reciente Lady Bridport. La joven neoyorkina había sido la primera de ellas en tener éxito en la búsqueda de un título nobiliario que limpiara el pasado y le abriera puertas al futuro, aunque ni en los más osados de sus sueños hubieran imaginado la pesca de un futuro duque.

—No creo que pueda culparla —murmuró Emily al tiempo que sus mejillas tomaban un intenso color rojo. La muchacha de California era tímida y reservada, el opuesto exacto de Vanessa, que era mordaz y sarcástica.

—¡Oh! ¿Qué he escuchado? ¿La señorita Grant ha expresado una opinión propia? Necesito mis sales —exageró la joven de Boston, y Cameron quiso abofetearla. Detestaba cuando la señorita Cleveland descargaba su cinismo e ironía en la inocente Emily, parecía tenerla de punto.

—Hablando de opiniones que no hay que decir en voz alta —interrumpió la puja entre ambas—, ¿leyeron el último artículo del Doctor C.? Habla del trato de los ricos hacia la servidumbre.

—Sí —se apenó la señorita Grant—, tiene tanta razón que duele. Mal nos pese, creo que esta vez no ha dado con el dardo solo en la sociedad británica. Los americanos no nos diferenciamos demasiado.

—¡Por supuesto que no! —se quejó Vanessa—, si hasta les damos el poder de humillarnos. De alguna manera, consideramos natural esa pirámide absurda de hombres sobre hombres... —De improviso, se acalló apretando los dientes. Cameron quiso indagar un poco más, sorprendida por haber hallado un punto de concordancia con la joven de Boston que, hasta el momento, era quien peor le caía.

—Por favor, sigue —pidió.

—No, en vano hablar, más cuando los pasteles están deliciosos. ¿Han probado el de mora? —Lo superficial del comentario cumplió con lo cometido. Emily y Cameron quedaron mudas, con la boca abierta y los ojos fuera de sus cuencas—. Por cierto, ¿se han enterado de los rumores sobre Miranda... perdón, Lady Bridport?

—No empieces —fue la advertencia de la señorita Madison que cayó en saco roto. Miranda Clark y Elliot Spencer eran la comidilla de Londres. Lord y Lady Escándalo. Sabía por Lady Thomson que se hablaba de ellos en todos los salones de caballeros y de damas, incluso había apuestas a su nombre. El matrimonio de su amiga neoyorkina podía ser un éxito respecto a intereses, pero parecía ser un completo fracaso puertas adentro.

—Sí —agregó Emily—, me he enterado por Colin las cosas que se dicen en

el *White*.

Colin Webb era el mejor amigo de Lord Bridport y, al parecer, la nueva obsesión de la señorita Grant. No había conversación con la californiana que no terminara en Lord Webb.

—¿Colin? —remarcó Vanessa—, ¿Llamas a Lord Webb Colin? Esa es nueva.

Las mejillas de Emily ardieron de inmediato, y Cameron no encontró el modo de salir al rescate. Cada día, la adoración de la muchacha hacia el joven lord era más evidente, y a diferencia de Vanessa, le parecía de una crueldad innecesaria remarcar lo difícil de esa unión. Colin Webb no solo era el hijo de un adinerado conde que no necesitaba de las abultadas cuentas americanas, sino que además era poseedor de una belleza y un encanto que cortaba el aliento. Hasta la entrenada Lady Thomson debía contenerse para no babear a los pies de Lord Webb. Para sumar desventajas, Emily era quien más se alejaba de los estándares británicos. De cuerpo entrado en carnes, orígenes humildes, riqueza vulgar y modales francos, la joven californiana estaba condenada al fracaso social.

—Lo siento —se disculpó en un tono tan bajo que apenas fue oído—, Lord Webb me ha dado permiso para tutearlo, claro, en privado, pero me he acostumbrado tanto...

Las palabras sonaron en los oídos de Cameron como las campanadas de una iglesia, y antes de dejar en la lengua venenosa de Vanessa la advertencia, tomó las riendas.

—Emily, querida —Unió las manos a la de la muchacha—, dos cosas están muy mal en tu confesión. Una, no puedes tutearlo porque él es un noble y tú, una plebeya, y dos, no pueden estar en privado, a solas.

—Lo sé... es que...

—Por favor, Emily, prométemelo —exigió casi desesperada. De pronto, sintió la mirada de la señorita Cleveland fija en ella, y supo que, en su afán de proteger a la señorita Grant, había dejado en descubierto sus propios pesares.

La advertencia era la misma que ella se había negado a escuchar, y la había llevado directo y sin escala a la perdición. El mundo está lleno de normas,

quienes las rompen, las pagan. Y, la más dolorosa de todas, piensa bien antes de entregar el corazón, porque cuando lo destruyen, duele como mil demonios.

—Lo prometo —fue la mentira que salió de los labios de Emily. Cameron pudo apostar que la mano que se escondía bajo la mesa cruzaba los dedos para no dar peso al juramento. Lo sabía y lo entendía como solo alguien que se había enamorado podía hacerlo. Por eso, Vanessa, la única ajena a ese sentimiento, las miró como si fueran dos tontas de remate.

—Dado que no puedo hacer nada para que sean racionales —fue la mordaz interrupción de la joven de Boston—, lo que haré es dinero a costa de sus malas decisiones. Además de apostar contra Miranda, apostaré contra ustedes dos.

—¡Por Dios! Eres lo más cruel que he visto en mi vida —se enojó Cameron, pero la sonrisa pícara de Vanessa la hizo temblar.

—¿Sabían? En la edad media se les decía brujas a las mujeres inteligentes...

La única respuesta posible a esa afirmación fue poner los ojos en blanco, largar un bufido y abarrotarse la boca de tarta de mora. Y aunque las pullas siempre terminaran de esa manera, con un cruce verbal, un desafío y una molesta espinilla por las palabras de la bostoniana, las tardes junto a ellas eran lo que llenaba a Cameron de energía para afrontar un día más.

Un paso a la vez hacia el olvido, un paso a la vez hacia el futuro. Si se lo repetía, quizá esa noche no soñaría con Sean Walsh. Era tiempo de dejarlo atrás, de escuchar sus propias advertencias, de dejarse llevar por los planes de Lady Thomson. Era tiempo...



El sol se coló por la ventana de la habitación de Cameron y refulgió sobre el candelabro dorado que reposaba sobre la mesa de luz. El empapelado azul con dibujos de colibríes y calas pareció cobrar vida con los rayos. La muchacha se incorporó de golpe, desorientada por completo, para descubrir que estaba tan descansada y llena de energías como no le sucedía desde antes de abandonar

Virginia.

No tenía reloj en su cuarto, el ir y venir de los sirvientes y el sonido lejano de los salones le dijo que era casi el mediodía. Rara vez dormía tanto. Esos meses de eventos sociales y salidas con Lady Thomson la habían agotado, por lo que le sorprendió el cambio imprevisto.

Se detuvo antes de llamar a la campanilla, le gustaba ese momento de soledad, por lo que se quitó la camisola de dormir, se lavó con el agua fresca que siempre estaba dispuesta para ella en el tocador, se trenzó el largo cabello castaño y se vistió con un traje de día que no requería de ayuda externa. Al menos, no de tanta.

El corsé frontal fue apenas ajustado por sus gentiles dedos y el miriñaque reemplazado por una enagua almidonada que daba forma a la falda. La camisa de seda con volados al cuello y botones de perlas se perdía por debajo de la cintura, y la blancura inmaculada contrarrestaba con el azul marino de la amplia falda. Una vez lista, desoyó el rugir de su estómago para regalarse unos minutos más. Abrió apenas la ventana para dejar entrar la brisa y se sentó en el marco a leer. De su baúl sacó *Shirley* de Charlotte Brontë, sin recordar que el tomo original estaba al resguardo en la biblioteca familiar, y que el que había llevado era uno de los que Sean Walsh había reemplazado para ella. Dejó de lado el peso de su corazón herido y los recuerdos de su amor para concentrarse en las líneas de *Vida de un esclavo americano contada por él mismo* de Frederick Douglass.

La lectura la absorbió a punto tal que no oyó el llamado a la puerta, y la voz de Lady Thomson la sobresaltó.

—Querida, ¿te encuentras bien?

—Milady. —Cameron se incorporó de inmediato, cerró el libro en un movimiento tan veloz que hizo a Mariana sonreír e interrumpirla a mitad de una reverencia. La carcajada de la vizcondesa la hizo imitarla.

—Mi niña, ¡eres tan mala disimulando que te van a pescar en todas tus travesuras! Es más, si mal no recuerdo, creo que fue tu rostro el que delató a la actual vizcondesa de Bridport.

—No se lo digas a nadie, todos creen que fue culpa de Emily —musitó la muchacha, arrancando una nueva carcajada del pecho de Lady Thomson.

—¿Alguna novela picarona? Porque no creo que... *Shirley* —leyó en las solapas— sea la razón de tu sonrojo.

—Eh... —El balbuceo despertó la curiosidad de Mariana, que extendió la mano para que la joven entregara el libro. Cameron dudó, si bien la mujer era abierta de mente y nunca había cuestionado su forma de ser, la lectura de ciertas cosas podía considerarse escandalosa hasta para la antigua cantante lírica. Al fin, se rindió y entregó la prueba del delito.

—Ya veo que tienes intención de hacerme la tarea difícil —bromeó la mujer antes de devolver el ejemplar—, puedo con una indecorosa joven dada a novelas pícaras, pero ¿abolicionista? —Exageró el pesar llevando la mano a la frente y consiguió que Cameron se relajara y emitiera una risa suave—. Bueno, querida, hasta los que luchan por los derechos deben desayunar. Ven, vamos, que es casi el mediodía y no has bebido ni un té.

—¿No le dirá a mi tía? ¿Verdad? —se preocupó Cameron antes de seguirla.

—¡Por Dios! ¡No! No tengo intenciones de hablar siquiera del clima con Eleanor, menos que menos, de política.

Avanzaron por el pasillo en dirección al salón personal de Lady Thomson en lugar del comedor, era una de las tantas tretas que tenían para evadir a su tía, quien, adepta a las reglas, jamás comía en otro lugar. En la luminosa sala, los altos ventanales que daban a la terraza estaban abiertos, y Mariana, al ver la ilusión en los ojos azules de Cameron, solicitó que les sirvieran en la mesa de hierro forjado del exterior.

—Se te ve mucho mejor esta mañana —comentó la mujer—. Menos apagada y, aunque no me has contado qué te tiene tan mal, el hecho de verte leer sobre lo que pasó en América me anima a pensar que lo comienzas a superar.

—Le seré sincera, Lady Thomson —Mariana se resignó a que la muchacha jamás la tutearía—, no creo que lo vaya a superar alguna vez, quizá solo aprenda a vivir con el dolor que provoca.

—¿Un corazón roto? —indagó.

—Un corazón roto, una injusticia y, no lo sé, quizá una profunda decepción. —La sonrisa triste de Lady Thomson la invitó a cambiar de tema—, milady, ¿por

qué nadie me ha despertado hoy? Si mal no recuerdo, teníamos previsto una visita a Lady Sophie y...

—Hubo un repentino cambio de planes, uno que me llena de dicha —Al notar la expresión de Cameron, agregó—: aunque no se me note. Me pareció buena idea aprovechar el imprevisto y permitirte algo más de descanso. También estar un poco más relajada. —Señaló la vestimenta sencilla de la muchacha, que, sin proponérselo, realzaba la belleza real.

—Sé que no tenemos confianza... —comenzó para saciar la curiosidad, y consiguió que Mariana volviera a reír.

—¡Mantén esas formas lejos de mí! Ese cuchicheo tras abanico es para las noches de baile, entre nosotras seremos francas. Hoy tendremos la visita de un gran amigo —explicó—, el capitán Hobart, quien ha regresado de Las Indias hace muy poco.

—¿No le hace feliz esa visita?

—Oh, sí, me hace muy feliz —rebatió Mariana y, por la necesidad de consuelo, tomó las manos de Cameron por encima de la mesa—, es un gran amigo de Lord Thomson, un gran, gran amigo. ¿Sabes? No siempre fuimos esto —dijo y señaló el entorno.

La opulencia de los Thomson era legendaria. El dinero parecía lloverles y los negocios, tener tantos brazos que era imposible saber hasta dónde llegaba el imperio Sameville. La confesión de Mariana la sorprendió.

—Mi tía habla de usted como si fuera la misma reina de Inglaterra. —Las palabras de Cameron hicieron reír a Lady Thomson a carcajada abierta.

—Tu tía no siempre pensó así de mí, solía decir que era una fulana trepadora. He aprendido a masticar mi orgullo, pero jamás a tragarlo. Nunca se sabe cuándo la vida te permitirá devolver tantas ofensas.

—¡Oh, lo siento mucho, milady! Espero que no crea que comparto la visión de mi tía...

—Por supuesto que no, eres una niña muy dulce, y que no te haya podido corromper me dice que también eres fuerte. Pero aquí el tema... cuando yo era

una simple cantante lírica y Lord Thomson estaba a medio fundir por las rígidas formas británicas de negocios, todos los lores le dieron la espalda, más aún cuando cometió el «error» de enamorarse de mí y dejar plantada a la hija de un duque.

Cameron se incorporó apenas en la silla, ansiosa por los detalles de esa historia de amor. Olvidó el té, los huevos a medio comer y el pan con mantequilla. Sus mejillas se sonrojaron por la ilusión, como una niña ante un cuento de navidad.

—El capitán Hobart fue uno de los pocos que no nos volteó el rostro — continuó la mujer—, es más joven que Lord Thomson, pero muy bien conectado con los hombres poderosos, y fue quien convenció a mi marido de que, si podía romper una norma al casarse conmigo, podía romper las de los negocios también. Lo conectó con gente en la India, y ese fue el primer negocio que fundó esto.

—Y entonces... ¿Por qué la entristece verlo?

—Porque yo soy tan feliz gracias a él, gracias a su amistad constante, que no sé cómo mirar su tristeza. Me hace sentir tan impotente, tan... ojalá pudiéramos cargar el dolor de esos a quienes amamos. —Lady Thomson se limpió una lágrima con la servilleta antes de seguir—: En India conoció a la hija de Lord Dalhousie, el gobernador general. Camile... oh, qué muchacha dulce y frágil. Mi buen amigo quiso volver con ella de inmediato a Inglaterra tras la unión, pero Camile no quería ser un estorbo en su carrera y se negó. El embarazo se la llevó a ella y a la pequeña niña...

—Cuánto lo siento —murmuró Cameron a través del nudo en la garganta.

—Luego de eso, Charles no quiso dejar Las Indias porque allí estaban enterradas... es la primera vez que se atreve a viajar, a volver. Por las cartas que le envía a Lord Thomson sé que lo ha empezado a superar, pasaron ya cinco años. Creo que busca formar una nueva familia al fin, es muy joven, aún no llega a los cuarenta.

Cameron quedó en silencio, sin saber qué decir. Las palabras parecían haberse evaporado. Ella lloraba por un corazón roto, pero su pérdida no había sido definitiva. El duelo era otro, uno que no podía permitir que la envenenara. De pronto, sintió un gran anhelo por conocer al capitán, por descubrir cómo

había hecho ese hombre para seguir luego de un golpe tan duro. Sin conocer su rostro, ni su voz, ni sus pensamientos, sintió una enorme conexión con él.

Mientras terminaba el desayuno con la mente perdida, se hizo una promesa, la de bajar los muros por una noche y dejar que las personas vieran a la verdadera Cameron. La última vez que lo había hecho, Sean atravesó las barreras, su piel, su corazón y dejó una enorme huella, una cicatriz gigante que aún sangraba, pero quizá, en esa ocasión no dejaría entrar al verdugo, sino al salvador.

Lo primero que ayudó a Cameron en la misión de dejar caer los muros fue lo íntimo del evento. La cena tenía pocos invitados, todos ellos allegados a los Thomson. Para ser un matrimonio que se manejaba en beneficio de los negocios, el cambio de ambiente fue evidente. La cena se dio temprano, antes de que el sol desapareciera por completo. Se llevó a cabo en el comedor principal, que daba a la misma terraza en la que esa mañana habían desayunado, y de allí, las escalinatas conectaban a los jardines traseros. Las flores de la temporada y las farolas encendidas conseguían darle al evento un aire de cuento.

Charles Hobart se presentó puntual, lo cual le granjeó una broma del anfitrión.

—Charles, Charles, puedes sacar a un hombre del ejército, pero no puedes sacar el ejército del hombre. —Hobart le devolvió el saludo en un abrazo.

—Aún no he dejado el ejército, milord. Estoy en mi merecido receso.

—¿Receso? Eso sí que es nuevo, no le mientas a un viejo amigo, Charles —replicó Lord Thomson, con cariño. Debido a que el resto de los invitados no habían llegado, Mariana insistió en que aguardaran por la cena en su salón.

—Querido —se quejó lady Thomson al tiempo que le tomaba el brazo al capitán—, si permito que mi marido te lleve a su despacho, me perderé de tu compañía por toda la noche. Sí, sí —agregó ante la expresión de falsa indignación de Charles—, recuerdo muy bien cómo son ustedes dos. Ven, permíteme presentarte a mis visitas americanas.

Mariana llevó al capitán junto a Eleanor, quien lo saludó con exagerada

cortesía al ver que era importante para la vizcondesa. De todos modos, Cameron pudo adivinar que su tía no estaba impresionada por el hombre que no ostentaba título nobiliario. *¿Capitán? Tenemos muchos en América*, casi pudo escuchar el timbre de voz de la mujer en su cabeza. Ella, en cambio, estaba impresionada por la presencia del hombre y por el magnetismo que ejercía sobre Lady Thomson, una mujer que, en general, no se dejaba obnubilar por nadie.

—Y ella es la señorita Cam... —El tiempo pareció detenerse en ese instante, y Cameron leyó la tristeza en el iris verdoso del hombre.

—Perdón —se disculpó Charles—, mi mente ha decidido irse a navegar en el peor de los momentos.

—Cameron Madison —se presentó la joven, de manera apresurada, y acompañó las palabras con una reverencia.

—Cameron... —susurró el hombre, y la señorita Madison le sonrió en complicidad. Hobart se había paralizado al creer que dirían Camile, y a ella se le estrujó un poco más el corazón. A pesar de lo que Lady Thomson pensaba, Cameron entendía como nadie que el capitán aún no lo había superado. Ese lapso, ese segundo de duda era el mismo que ella había tenido esa mañana al pensar en Sean, al tener en mano el libro que él le había dado. Y esa conexión emocional fue el empujón definitivo, ese que le dijo que había un motivo por el cual estaban frente a frente, quizá debían ayudarse a sanar.

Los invitados rompieron el momento de escrutinio, aunque no lo suficientemente pronto como para que Mariana no notara la dinámica entre Charles y Cameron. Con un movimiento de manos y unas órdenes susurradas, alteró por completo la disposición de la mesa para dejar a la joven de Virginia enfrentada a su gran amigo. Eleanor quiso protestar por considerarlo inapropiado, pero fue acallada a tiempo por Lord Thomson.

—Es lo bueno de tener una cena relajada, sin tanta etiqueta.

Y ante las palabras del anfitrión, a la mujer no le quedó más que acatar en silencio y con el rictus de desagrado. Los demás comensales eran una familia de mercaderes italianos; Sir Johnson, prestigioso profesor de Cambridge y tutor de la señorita Vanessa Cleveland, y la señora Smith, gran amiga de Mariana. La cena fue regada con vino francés y acompañada de una charla interesante, alejada de las normas sociales.

—He de comunicar a la cámara de lores lo que veo en Las Indias, y no es para nada alentador —comentó Charles. A Cameron le dio risa la expresión de Tía Eleanor, apenas si podía mascar y los ojos parecían salirse de sus cuencas. ¿Cómo se atrevía ese hombre a hablar de política en la mesa? Arnold Madison estaría horrorizado, lo que hacía que ella estuviera encantada—. Se han llevado a cabo medidas muy fuertes para aplacar las expresiones culturales, por el miedo a la sublevación, y estoy convencido de que esa clase de remedio es peor que la enfermedad en sí.

—¿Y qué propone usted? —se atrevió a preguntar Cameron, maravillada.

—Permitirles conservar su cultura, sus costumbres, su religión...

—¿Piensa que Inglaterra debe darle la independencia a Las Indias? — indagó, olvidando por completo la cuchara que estaba a mitad de camino del plato y su boca, también la postura rígida había quedado atrás, ahora se inclinaba hacia adelante para acortar la distancia que la mesa imponía entre ella y el capitán.

—¡Cameron! —fue la reprimenda entre dientes de Eleanor. El susto la hizo soltar la cuchara, que cayó en el plato y salpicó el mentón de la muchacha con salsa. La risa del Capitán la hizo sonrojar hasta la raíz del pelo. Las orejas le ardían y la bronca hacia su tía hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Contrario a lo que se pudiese suponer, Charles no se reía de la torpeza de la señorita americana, sino de su ocurrencia.

—¡Por Dios, no! —exclamó divertido, y Lord Thomson, conocedor de su amigo, rio a la par—, soy un inglés de pura cepa, jamás se me ocurriría abandonar una colonia. De hecho, señorita, me atrevo a llamarla a usted, mi enemiga.

La broma distendió el ambiente y les permitió proseguir. Cameron limpió los restos de salsa y agradeció que su postura poco ortodoxa hubiera salvado al vestido de noche celeste de las consecuencias de su torpeza.

—Crees que al prohibirle la cultura los empujaremos a un quiebre definitivo —expuso Lady Thomson.

—Exacto. Si no somos lo suficientemente humanos para aceptar las diferencias, listos para aprender de otras culturas... si caemos en la soberbia de

creernos mejores que el otro y nos enceguecemos, entonces no merecemos el lugar en el que estamos, el poder que tenemos ni el dinero que eso nos genera. Y la estupidez se paga tarde o temprano —expresó el capitán, con un énfasis que conmovió a Cameron. Sir Johnson por poco se pone de pie para aplaudir, pero como no era dado a las demostraciones pasionales, prefirió condimentar la conversación con su sapiencia.

La señorita Madison se sentía fascinada. Hasta el momento, solo un hombre la había involucrado en conversaciones trascendentales, y había pensado que era capaz de comprender los pormenores políticos y económicos del mundo. Desde esa noche, odiaría las veladas superficiales, los téis vacíos, las charlas de moda... quería que cada cena del resto de su vida fuera así de estimulante. Tras la mesa de dulces, Lady Thomson volvió a dirigir a los invitados a su salón personal, donde sirvieron coñac y whisky para los hombres y licores de fruta para las mujeres. El único gusto masculino prohibido allí era el tabaco.

Tía Eleanor estaba a punto de excusarse producto del mal humor, cuando la propuesta de Mariana la dejó de piedra en la silla.

—En honor a nuestro especial invitado, Charles Hobart, interpretaré un fragmento de *Rigoletto* de Giuseppe Verdi. Cameron, querida, ¿podrías acompañarme con el piano? —solicitó la vizcondesa dejando a los presentes mudos.

Desde su matrimonio que no cantaba en público, era un honor escuchar a la gran Mariana en vivo, y la señorita Madison supo que su tía solo volvería a América para vanagloriarse de ello. Cameron sintió un nudo en la boca del estómago por acompañar a la artista al piano, y tuvo que respirar profundo antes de sentarse en el banquillo y comenzar con la pieza en la parte exacta en la que Lady Thomson le indicó.

La voz de la cantante resonó en la sala, y aunque la acústica no era buena y la interpretación de Cameron lejos estaba de la de los grandes maestros de la música, emocionó a los presentes hasta las lágrimas, quienes, al terminar, se pusieron de pie para ovacionarla.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Lord Thomson—, bravo, *amore mio*. —Y frente a los invitados, el matrimonio selló con un beso la promesa de amor eterno hecha años atrás.

Ante tan desproporcionada muestra de cariño, Eleanor acusó cansancio para dejar la sala e insistió en que Cameron debía hacer lo mismo.

—Sería una pena —intervino Charles—, pues pensaba invitarla a dar un paseo por los jardines. Los recuerdo hermosos, aunque con Lady Thomson nunca se sabe qué cambios puede uno hallar.

—Lo siento, señor, pero...

—¡Por supuesto! —interrumpió Mariana—, claro que sí, La señora Smith y yo haremos de carabina, ve a descansar, Eleanor, no queremos causarte malestar.

—En ese caso... —se opuso su tía, quien no confiaba en las dotes de la vizcondesa como chaperona.

—No, no. De ninguna manera —se impuso la anfitriona, y Lord Thomson tuvo que contener la risa tras el vaso de coñac—, ya has dicho que estabas agotada. ¿Qué clase de anfitriona sería si dejo que mis invitados sufran? Por favor, por favor... —y por poco la saca a las rastras del salón.

La mirada cómplice del capitán hizo que Cameron tuviera que morderse la mejilla para no reír a carcajada limpia. Una vez eliminado el estorbo que representaba Eleanor, Charles le brindó el brazo para guiarla por los cuidados senderos del jardín de los Thomson.

Mariana y la señora Smith iban unos metros detrás, los suficientes como para no oír la conversación de la pareja.

—Ha sido un honor escuchar a Lady Thomson —comentó Cameron con intención de romper el hielo. Charles se encontraba en un estado meditativo, con la mente en algún lugar lejano.

—Sí, hacía años que no la oía. Recuerdo la primera vez, y cómo su voz impactó en mi amigo. Es agradable saber que aún conserva el encanto, y el poder de conmover a Lord Thomson.

Que un hombre tan ferviente en la política se mostrase abierto a los sentimientos la hizo sonreír, aunque su sonrisa se tiñó de tristeza, nostalgia y dolor al darse cuenta de que, aunque batallara, Sean volvía a sus pensamientos una y otra vez. Era injusta con el capitán al compararlo con Walsh, porque sabía

que no tenía chances contra su recuerdo, del mismo modo que ella no podía ganarle a Camile en el corazón de Hobart. La conexión que sentía con él no era la de almas gemelas, la de cuerpos que se reconocen... era la de personas heridas.

El silencio se instauró entre ellos a medida que admiraban las estatuas romanas, las fuentes y los setos podados. Cameron se permitió un momento para contemplar su rostro agradable, su cabello oscuro que dejaba entrever las primeras canas, pero fueron sus ojos tristes los que le indicaron el camino.

—Esta noche, Lady Thomson lo ha hecho por usted...

—Lo sé, por los viejos tiempos —coincidió Charles.

—Supongo que antes sonreía más.

—No tanto —y le regaló una de esas escasas sonrisas a Cameron—, siempre ha sido un grupo selecto el que me divierte y con quienes me relajo lo suficiente. Lord y Lady Thomson, y...

—Y Camile —completó la señorita Madison.

—Y Camile —repitió él. El iris de Charles brilló con solo mencionarla. La señorita Madison presionó su brazo con cariño y consuelo, sabedora de lo que sentía en el pecho en ese momento. Ella llevaba meses sin repetir el nombre Sean, y cada silencio se volvía una vuelta más de soga sobre su cuello.

—Cuénteme de ella —pidió Cameron, y el capitán giró el rostro para observarla. La mirada azul de la muchacha fue un espejo, tenía el mismo color del mar ártico y se reflejó en él hasta encontrarse.

—Ya veo —dijo en cambio—, usted también ha perdido un amor. ¿En América?

—Sí, allí quedó y allí quedará. Mi padre... secretos, mentiras, no lo sé, aún no lo sé. Solo entiendo lo mucho que duele, y cuánto cuesta seguir.

—Señorita Cameron, si aún no lo sabe, entonces no podrá seguir jamás. Yo tengo certezas, una certeza insoportable: ni ella ni mi niña volverán. Por eso es que estoy listo para dar un paso a la vez, pero no quiero poner sobre los hombros

de nadie la responsabilidad de quitarme el dolor.

Cameron asintió en silencio y retomó la marcha. No era un simple paseo por los jardines, era un acuerdo, un contrato de amistad. Eso era lo que el capitán ofrecía y lo que pedía a cambio, y quedaba en ella concluir si le bastaba para un matrimonio.

—Creo que he cometido un grave error —admitió Cameron.

—¿Quién no? De eso se trata vivir.

—Pensé que quizá, si dejaba a alguien más entrar en mi corazón, me ayudaría a sanar. Al fin de cuentas, se rompió de ese modo. Ahora entiendo lo que quiere decir, no le puedo delegar una tarea mía a alguien más. —La sonrisa compasiva de Charles fue la confirmación de que la conclusión era la correcta.

—Cuando perdí a Camile, entendí que al único que le dolía era a mí, ella y mi niña estaban en paz, yo era quien sufría. Las personas que nos quieren nos ven mal e intentan sacarnos sonrisas, distraernos, traernos de nuevo felicidad, y uno empieza a hacerlo por ellos, porque sabe cuánto duele... y un día empiezas a hacerlo por ti.

—Hacerlo por mí —repitió en un susurro apenas audible. Charles emprendió el regreso a la terraza con la carabina pisándole los talones. No iba a hacer una propuesta matrimonial aún, temía que sus palabras se convirtieran en una orden para Cameron. La joven Madison todavía no había empezado a hacer las cosas por ella, seguía en el afán de arreglar el pasado, de complacer a alguien, de disculparse por un error. Desconocía lo sucedido, e indagaría en ello por sus medios. Cuando supiera que la muchacha era capaz de elegir con el corazón y el cerebro, recién allí haría una propuesta. Por esa noche, ambos tenían demasiado en que pensar.

## Capítulo 5

Lord Thomson contaba con oficinas comerciales en la zona más lujosa de Londres, tan solo a un par de metros del Burlington Arcade, el lugar más propicio para los negocios; todo allí invitaba al derroche de dinero y a la inversión a largo plazo. Las frecuentaba tres veces a la semana y, casi siempre, eran el espacio en donde se llevaban a cabo acuerdos y transacciones locales. Cuando de negociaciones internacionales se trataba, cuando la proyección de los nuevos acuerdos financieros podía trasladarse un paso más allá, Thomson ponía más esmero.

Las amistades lo definían, era un hombre comprometido a ellas, y contaba con la empatía necesaria para llevarlas a buen puerto. Ese día le daba la bienvenida a un nuevo socio, uno que merecía de su gentileza a gran escala, en consecuencia, las puertas de la mansión Thomson se abrieron de par en par para recibirlo.

Cameron y su tía se mantuvieron al margen de dicho suceso, los ánimos de Eleanor, como ya era habitual, no se encontraban en alza. La realidad era que la mujer gozaba de cada una de las atenciones que sus anfitriones le brindaban e intentaba explotarlas al máximo; en su mente, se sentía parte de la realeza misma, y pretendía perpetuar esa experiencia hasta el último segundo de su estadía. La presencia de la nueva amistad las había motivado a un almuerzo no tan protocolar, en la terraza, con el glamoroso espectáculo de los jardines ante sus ojos. Lady Mariana se les sumaría en cuanto pudiera, la joven Madison se ganaba, día a día, un lugar en su corazón, más ahora que veía en ella el posible elixir de felicidad perfecto para Charles Hobart. La vizcondesa se enorgullecía de todos los enlaces en los cuales había actuado como artífice, pero este se le había escapado de las manos. No lo había proyectado siquiera y, sin embargo, las fuerzas de la naturaleza se habían encargado de marcarles el camino. Lady Thomson, por primera vez en mucho tiempo, se encontraba ansiosa, expectante de los futuros acontecimientos, y no iba a permitir que el carácter desamorado y colérico de Eleanor pusiera en riesgo la bella oportunidad que se había gestado

la otra noche.

Cualquier excusa era puesta en juego, el plan era mantener a Cameron lo más lejos posible de su tía, algo que resultaba una tarea sencilla considerando que la mencionada no tenía intención alguna de abandonar las comodidades de la mansión. La servidumbre ya había recibido las indicaciones pertinentes, lo que la mujer solicitaba era llevado a cabo, ella era feliz en su falsa burbuja de nobleza, y Cameron se transformaba en el efecto colateral de su falta de atención.

—Repíteme una vez más lo sucedido, por favor. —Por lo visto, Eleanor estaba más interesada en el pastelillo de crema que devoraba que en las palabras de su sobrina—. ¿Quién le disparó a quién?

Se refería al trágico incidente en el cual el matrimonio Bridport se había visto involucrado, uno que había llevado a Miranda Clark, la actual vizcondesa, una de sus americanas amigas, al borde de la muerte.

—¿Acaso importa eso ya? —Para Cameron el suceso en sí había perdido relevancia, lo único que le importaba era la evolución de salud de su amiga.

—¡Por supuesto que importa! ¡Eso habla del nivel de barbarie que todavía se encuentra presente en esta sociedad! —Finalizó lo dicho engullendo medio pastelillo, el relleno de crema estalló en su boca y se escapó por la comisura de sus labios.

Fue el colmo para Cameron, estaba hasta la coronilla de los comentarios de su tía. Por un lado, disfrutaba del esnobismo inglés con cada célula de su cuerpo, después, lo criticaba. Por el otro, escupía una catarata de elogios sobre su tierra de origen, y a la vez, atacaba con desprecio y por lo bajo a cada una de las americanas que se resguardaban bajo el ala de Lady Thomson.

—¿Barbarie? ¿En verdad tía, tú te atreves a hablar de barbarie?

—¿Qué quieres decir? —Desentenderse de la realidad vivida era una de sus mayores cualidades de Eleanor.

—¿Debo recordarte el motivo por el que estamos aquí?

La conversación que, en primera instancia, había nacido como un mero acto

decorativo de fin de almuerzo, pasó a la categoría de confrontación.

—¡Déjame corregirte, niña ingrata... el motivo por el que tú estás aquí! — Eleanor se debatía entre un nuevo pastel o el sutil acto de amedrentar a su sobrina con una de sus miradas invasivas.

La insatisfecha mujer no tuvo que llegar a tal instancia decisiva, los aires de conflicto fueron empujados muy a lo lejos con la sorpresiva intromisión de Lady Mariana.

—Creo que los motivos no son necesarios, importa que estén aquí. —La vizcondesa hacía honor a su nombre y rango, ni bien se apersonaba, eclipsaba a cada uno de los presentes, y eso incluía a Eleanor De Luca. Se llamó al silencio, complaciente, en pos de los beneficios a adquirir. —Importa que Lady Bridport, finalmente, se ha recuperado, y ha decidido celebrar con sus amigas ese bienestar. ¿No lo crees así, Eleanor?

—Por supuesto que sí. —El discurso de Eleanor mutó para acompañar al de Lady Thomson.

—Los detalles escabrosos del suceso no son necesarios. ¿Verdad? —agregó la vizcondesa con claras intenciones de zanjar el asunto. Eleanor asintió por puro hábito.

Los ojos de Lady Mariana se encontraron con los de Cameron, en ellos se podía leer un silencioso: Gracias.

La dueña de la casa tomó asiento dispuesta a guiar la conversación en otra dirección. Desplegó el abanico, el sol impactaba de lleno en la sombrilla que las cubría generando un entorno caluroso. Uno de los sirvientes se adelantó a sus necesidades, y colocó un vaso de fría limonada ante ella.

—Veo que estás torturando a tu paladar con las delicias del maestro pastelero Baudouin —dijo al comprobar los restos de crema en los labios de Eleanor.

—Sí, no puedo evitarlo... las texturas, los sabores.

—Enloquecí a Lord Thomson por meses hasta que consiguió la manera de obtener sus servicios durante la temporada. ¿Has probado el de crema de cacao, Eleanor?

—Oh, no... —respondió ansiosa, sus ojos hicieron un análisis exhaustivo de la bandeja con intenciones de dar con él.

—Éste de aquí, querida —señaló con su abanico la vizcondesa—. Pruébalo, no te arrepentirás.

Para Eleanor eso fue considerado una orden. El pastelillo abandonó la bandeja víctima de sus dedos para iniciar el recorrido directo a su boca. Ni bien su lengua hizo contacto con el sabor indicado, confesó su éxtasis. Los ojos le bailaron dentro de las órbitas ante el momentáneo episodio de felicidad que experimentaba, al parecer, la única clase de felicidad que se permitía.

—¿Y tú, Cameron? ¡Vamos, cariño, esos pastelillos están aquí para ser devorados, no admirados!

Y a Cameron la idea le sentaba de maravillas, por desgracia, no podía llevarla a la práctica. De hecho, con el simple acto de verlos, el estómago se le agitaba. Estaba luchando con las ganas de devolver el escaso almuerzo que se había permitido comer.

—Lo sé, pero en esta oportunidad no creo que sea lo adecuado. El almuerzo no me ha caído bien.

—¿Almuerzo? —interrumpió Eleanor valiéndose de la pausa entre mordisco—. Como mucho le has dado dos o tres bocados al almuerzo.

Lady Thomson frunció el ceño ante una repentina sensación de preocupación. Examinó a la muchacha, la luz del pleno día disfrazaba su nueva palidez.

—¿Te encuentras bien, Cameron?

—Sí... no. —Cambió el discurso al comprender que, en breve, el malestar de su estómago subiría por su garganta y le decoraría el rostro—. No lo sé, creo que el desayuno tampoco me ha sentado bien.

—¿Por qué no descansas un poco, querida? —sugirió con dulzura.

La actitud maternal de la anfitriona puso en evidencia el corazón carente de afecto de Eleanor. Algo que ella no iba a exponer con tanta claridad al mundo.

—Coincidió con Lady Thomson. Un descanso puede resultarte beneficioso —vistió su voz de falsa preocupación—. Tal vez sea recomendable que canceles el té en lo de Lady Bridport.

—¡No! —se lamentó Cameron—. En verdad tengo deseos de verla, y al resto de las muchachas, no quiero declinar su invitación.

Si ese pensamiento se plantaba en la cabeza de su tía, iba a ser imposible de arrancar, echaría profundas raíces. Cameron buscó asistencia en Lady Mariana, el encuentro de sus ojos fue suficiente, la mujer interpretó la plegaria en ellos.

—Ve a tu recámara y descansa. Si al cabo de una hora continúas con el malestar, enviaremos una nota a Lady Bridport para que comprenda el motivo de tu ausencia —observó de soslayo a Eleanor y cuando comprobó que esta volvía a estar de acuerdo con ella, continuó—. Si te encuentras bien, no veo el sentido alguno de posponer la visita.

No era correcto desestimar las palabras de la anfitriona, era parte de las reglas de juego que uno asume al aceptar ser un visitante.

—¡No se diga más! —La vizcondesa intentó dar el cierre definitivo—. Cameron, descansa. Tu tía y yo seguiremos disfrutando de este... —ocultó el hastío y le sonrió— de este maravilloso mediodía.

La paciencia y bondad de Lady Thomson no tenía límite, tolerar a Eleanor era el equivalente a ganarse un lugar en el paraíso. Sin duda, se merecía eso y mucho más.

Abandonar la comodidad de la silla en busca de un mejor descanso no fue la mejor decisión de todas. Ni bien su cuerpo se dispuso a la caminata, el malestar que hacía presión en la boca de su estómago halló la fuerza necesaria para catapultarse fuera de su garganta. Disimuló lo más que pudo, no quería poner en alerta a las mujeres. Ni bien se encontró bajo el resguardo de la mansión, aceleró los pasos en dirección a uno de los tocadores individuales. Ya en esa intimidad, permitió que el origen de su malestar hiciera la explosión definitiva. Las instalaciones sanitarias de la mansión Thomson contaban con moderno equipamiento, unas piezas de cerámicas llamadas retretes cumplían el rol que las bacinillas solían ocupar. De rodillas al piso, se aferró a él, y vomitó el poco

alimento que había ingerido. La sensación de mejora fue inmediata. Se incorporó utilizando las paredes como soporte. Tomó una de las toallas individuales para limpiarse el rostro, giró la sofisticada pieza de metal que permitía la salida de agua para humedecerse las mejillas y beber de ella. La sensación de frescura por la garganta le reavivó el espíritu. El sabor amargo que el vómito le había obsequiado a su boca desapareció. En minutos, su malestar no fue más que un recuerdo. Sonrió satisfecha, no tendría que cancelar su visita a casa de Miranda, con una breve siesta estaría como nueva. Accionó la campanilla que ponía en aviso a los sirvientes sobre la utilización del sanitario, y abandonó el tocador en dirección a la escalera principal.

A esas horas del día, la mayoría de las actividades de la servidumbre ya se habían llevado a cabo, la tranquilidad reinaba en cada rincón de la mansión. Caminó a paso lento, lo único que ocupaba sus pensamientos era la ansiedad previa al reencuentro con sus amigas, tal vez les contaría sobre el capitán. O no, ya podía imaginar los comentarios tendenciosos de Vanessa al respecto. En fin, cuando el momento llegara, tomaría la decisión de revelar o no esa información; cuando lo pensaba, reconocía que no tenía más novedades que esa.

Tan dominada por la rutina estaba que no percibió los pasos que se acercaban a ella. El automatismo que su cuerpo demostraba entró en conflicto con su corazón, un corazón que comenzó a latir ansioso. Reconocía esos latidos, interpretaban una sinfonía que tenía un dueño. ¿Cómo era posible? Se paralizó ahí mismo y la realidad cobró vida, no estaba sola. Una respiración profunda confesó la cercanía de la presencia. Su perfume le invadió las fosas nasales, la llevó de la mano a la entrega, fue como un embrujo. Cerró los ojos en una absurda búsqueda por regresar a sus cabales. ¿Era un sueño? ¿El anhelo desesperado finalmente la traicionaba y la lanzaba a los brazos de la locura?

—Cameron... —fue casi un susurro.

Estaba enloqueciendo, ahora lo comprendía. Era su voz, era Sean Walsh regresando a ella para torturarla como un cruel fantasma.

No, no, no... no quería recordarlo, no quería amarlo. Quería arrancarlo de su corazón.

El roce de un cuerpo hizo contacto con su espalda, una mano se posó sobre su cintura y la recorrió por detrás. No, eso no era la imaginación de un corazón

terco y anhelante, eso era una verdad que le quemaba la piel, justo ahí, en donde la mano se posaba. Abrió los ojos y giró con brusquedad para enfrentarse al peor de sus fantasmas, el que asechaba a su corazón.

Era él, Sean Walsh, en carne y hueso. Imponente, perfecto y tan bello como siempre.

—¿Sean? —Los sentimientos entraron en conflicto en ese mismo instante. La expresión severa en el rostro de Walsh se mezclaba con los retazos mentales de Nala. Todo volvía a ella. Todo eso que se había forzado a erradicar de su alma a fuerza de lágrimas y profundo dolor regresaba con la furia de un huracán— ¿Tú? ¿Có... cómo es posible?

El temor se apoderó de su voz, de su cuerpo, y él lo percibió. Retrocedió, un paso, otro. Pero no, él no se lo iba a permitir.

—No, no crucé el océano para que vuelvas a alejarte de mí. —Había fuego en su voz, un fuego que podía confesar pasión y odio por igual. Cameron no podía interpretar cuál de los dos sentimientos era. Sus brazos fueron como tentáculos, se enredaron a su cintura para aprisionarla.

Cuerpo contra cuerpo. Deseo contra deseo. El reloj volvía a cero con ellos. El mundo personal que habían construido tiempo atrás giraba para ponerlos de nuevo de cabeza. Así era como la historia de ambos había comenzado.

—¡No, no puedes estar aquí, no debes estar aquí! —El temor la comandaba.

—¿Por qué no debo estar aquí? Dímelo ¿Tú no me quieres aquí, Cameron?

Sean Walsh había ido en busca de respuestas, y no se marcharía de allí sin ellas. No se marcharía de ahí sin Cameron. Esa era la secreta promesa que se había dicho ni bien se subió al barco que atravesó el Atlántico en dirección a ella.

El silencio fue un compañero inadecuado para Cameron.

—Dímelo, Cameron. Me niego a aceptar las palabras de tu padre como tuyas.

El injustificado temor fue hecho a un lado, al igual que los gritos de su

corazón que reclamaban la cercanía de su cuerpo como el único elemento posible de salvación. La razón fue puesta en juego, era el momento para que la muy desgraciada actuara.

—¿Qué palabras? ¿Qué te ha dicho mi padre?

—¿Qué has venido aquí en busca de un marido, que esta fue tu intención desde un principio. Que yo fui nada más que un acto de rebeldía para ti.

El dolor era palpable en su voz, y Cameron lo compartía. Sentía ese dolor con la misma intensidad.

—¿Y tú le creíste? —Luchó contra sus brazos sin conseguir resultado alguno.

Sean la liberó, no quería dañarla, y la resistencia podía provocar eso. Además, estaba a un paso de perder la paciencia que su plan requería. La señorita Madison tenía el descaro de acusar su desconfianza, cuando la credulidad de ella ante la peor de las barbaries dolía mil veces más.

—Te marchaste, Cameron. Llámame tonto, pero para mí eso fue la confirmación de sus palabras.

—De ser así, no veo el motivo de tu presencia aquí. —Que pusiera en tela de juicio el amor que le había confesado solo conseguía profundizar más la herida.

La reacción de Cameron estuvo cargada de provocación, una que enloqueció a Walsh. Necesitaba acariciarla, sentirla, besarla.

—Porque necesito oírlo de ti, por eso estoy aquí. —Sus labios invadieron el territorio hostil de los alrededores de Cameron. Centímetros, eso era lo que separaba ambas bocas.

La necesidad era compartida, ella también sucumbía al deseo, quería abrazarse a su cuello, enredar los dedos en su cabello y saciarse hasta el fin de los tiempos con sus besos.

No lo hizo, la razón conducía cada uno de sus pensamientos. Nala se extendía como un veneno por su sangre.

—Lo siento, no puedo...

—¿Qué no puedes? —Aprisionó el cuerpo de ella con el suyo, la pared fue el soporte de espalda de Cameron.

Esa pregunta la hizo colapsar por dentro, sí, Nala era un veneno, él era un veneno, y en ese instante, no pudo tolerarlo más. Estalló, rompió las barreras de su cuerpo, de su alma.

—No puedo... no puedo hacer de cuenta que todo continúa igual, Sean. No puedo confiar en ti, por Dios santo, ni siquiera puedo mirarte a los ojos en este momento. —Era verdad, sus ojos encontraban una y otra vez la excusa perfecta para rehuir de él—. No se trata de lo que deseo o añoro, se trata de lo que no puedo olvidar. Y yo... yo no puedo olvidar esa noche, Sean.

—Cameron, tú me conoces, sabes de lo que soy capaz o no. —Tomó su rostro con delicadeza para guiarla al encuentro de sus miradas—. Mírame, cariño, por favor, mírame y dime si me conoces o no.

Y perderse en el intenso celeste de sus ojos fue como ahogarse en el mar, sus pulmones se cerraron, el aire se detuvo, solo tuvieron lugar las lágrimas. La herida crecía, en vez de sanar, se ensanchaba potenciando el dolor.

—No lo sé, Sean... ya no sé qué conozco de ti. No sé quién es el auténtico Sean Walsh.

—Lo sabes, la única persona en este mundo que realmente me conoce eres tú. Nunca te he mentado, ni en palabras ni en sentimientos. Nunca... —susurró con el fuego quemándole los labios, no se contenía, tenerla tan cerca, amarla de esa manera.

Hizo lo que su corazón y su piel le reclamaban hacer, la asedió con su boca, la forzó a un beso que fue correspondido sin duda alguna. La invadió con su lengua, y ella lo recibió contraatacando la embestida con la ferocidad de la suya. Al diablo la razón, Cameron se rendía a ese pequeño fragmento de felicidad que la vida le entregaba. Porque para ella, Sean Walsh era eso, el hombre que amaba, el único hacedor de su felicidad. Se debían una despedida, se debían un último beso, eso era para Cameron ese instante, el fin definitivo. Una barrera invisible se había alzado entre ambos, una que no le permitiría volver a confiar en él.

—¡Walsh! ¡Walsh!

La voz de Lord Thomson actuó de separador. Los labios se dijeron adiós, y los cuerpos ardieron víctimas de un fuego que no iba a ser apagado por la satisfacción del deseo. Sean lo sabía, debía actuar con cuidado, estaba al tanto de la presencia de Eleanor, y de lo que ella manifestaba para con su persona. Lo único que tenía a favor era la reciente amistad con el dueño de la casa y la prometedora propuesta de trabajo en conjunto, sabía que eso le otorgaría el lugar y el tiempo que necesitaba. Antes de que la cercanía de Thomson los sorprendiera, le entregó a Cameron unas últimas palabras.

—Nunca te he mentado, haré que lo comprendas y llevaré a cabo cada una de las promesas que te hice —le susurró con una certeza tal que hizo que Cameron temblara ante él—. Y eso incluye convertirte en mi esposa.

Thomson los halló a pasos de la escalera. La situación comprometedor de ambos pasó desapercibida para el hombre, la especialista en el romance era su esposa, él era por completo lo opuesto, presuponía otras cosas.

—¡Hasta que te encuentro, Walsh, pensé que te habías extraviado!

—Casi, Lord Thomson... casi.

—Veo que te has encontrado con tu coterránea. Me veo en la obligación de formalizar las presentaciones. Señorita Madison, le presento al señor Walsh.

—Sí, ya hemos tenido el placer —masculló Cameron ocultando el torbellino de sentimientos que la acosaba—. El señor Walsh y mi padre mantienen una muy provechosa amistad comercial.

—¡Vaya, el mundo es un pañuelo! Encontrarse aquí debe de ser una grata sorpresa, entonces.

—Por supuesto que lo es, es una grata sorpresa, ¿no es así, señorita Cameron? —Sean se sumó a la apreciación de Thomson.

—Lo es... —Tragó saliva, el malestar la volvía a tomar como víctima—. Ahora, caballeros, si me lo permiten, continúo con mi camino así ustedes pueden continuar con el suyo. —Con un movimiento de cabeza se despidió de ambos.

Se encomendó a la tarea de subir por las escaleras, las piernas le pesaban, cada paso era el equivalente a una travesía, así de difícil le resultaba alejarse de él. Moriría, ese veneno llamado Sean Walsh la consumiría por completo.

No pudo descansar ni un minuto, quedó en el medio de la cama, vestida, contemplando el intrincado del cielorraso. Sean estaba allí, la había ido a buscar. No sabía qué pensar, qué creer. Lo que conocía de él se desvanecía ante lo atestiguado, el señor Walsh destilaba furia, enojo, rencor. ¿Hacia quién? Ella parecía el objetivo más claro.

La doncella golpeó la puerta con órdenes de lady Thomson de constatar su bienestar.

—Sí, necesito salir de aquí —confirmó al tiempo que se ponía de pie. No sabía si su verdugo se encontraba bajo el mismo techo o ya se había marchado. Debía ser honesta con la doncella, no estaba del todo repuesta, por lo que solicitó que no ajustaran demasiado el corsé; además de una constante acidez estomacal, en los últimos días los senos le dolían y estaban sensibles. La señorita Madison lo acusó a la inminente llegada de su periodo, llevaba más de dos meses de retraso, y le adjudicaba tal irregularidad al estrés emocional que la agobiaba. Ya se había enfrentado a una situación similar, tras la muerte de su madre, el duelo y la angustia ocasionaron un desarreglo hormonal que se extendió por meses. Reconocía parte de los síntomas en la situación presente, la sensibilidad en los pechos, la hinchazón de piernas y los cólicos que no finalizaban con su tarea. Era cuestión de tiempo, de calma, algo que ahora le parecía muy difícil de obtener.

Mientras optaba por un traje de tarde de falda verde inglés, camisa blanca y chaleco haciendo juego, su mente recorría los pasillos de la mansión hasta el despacho de Lord Thomson y el hombre que allí se encontraba haciendo negocios. Tras el encuentro, Cameron contaba con una pieza más del rompecabezas, una que no sabía dónde encajaba. Arnold había mentido para alejar a Walsh, para impedir que hablaran.

Se dejó caer en el banquillo del tocador y se cubrió el rostro con las manos para no ver su reflejo pálido en el espejo. *La quiero bien lejos de aquí. Lejos de Sean Walsh. Y si es posible, no la deseo de regreso.* ¿Por qué? En ese momento, la declaración de su padre daba en un cuerpo magullado, en un cerebro agarrotado y en un corazón destrozado. No había podido analizarlo ¿Qué había

hecho su padre? ¿Por qué renunciaba a su plan con Seward?

En medio del sinfín de vueltas y vueltas, comprendía que aún le faltaba demasiada información para comprender el panorama completo, y llegó a una única conclusión, Sean estaba allí para vengarse. Le había creído a su socio la versión de que la relación entre ellos siempre fue superflua, se había alejado de *White Valley* acusado de homicidio por la mujer que le había confesado amor... había sido burlado por los Madison, y Cameron no se creía capaz de defenderse. Dudaba de ella misma, dudaba de lo que había atestiguado, de los sentimientos... dudaba de Sean Walsh, como Sean dudaba de ella. Todo entre ellos estaba reducido a cenizas.

La doncella terminó de trenzar el cabello, y al ver las violáceas ojeras de Cameron, decidió realizar un recogido suave, que no aumentara el evidente dolor de cabeza de la señorita.

Le agradeció con una mueca que intentó ser sonrisa, y se dispuso a abandonar la habitación. El sigilo con el que se condujo por los corredores la mostraban a ella como la culpable de todo ¿Lo era? Para Sean Walsh sí. Los ojos azules de Cameron se llenaron de lágrimas, y tuvo que aspirar grandes bocanadas de aire para impedir romper en llanto. Lo amaba, aún lo amaba y ni siquiera era capaz de confiar en el recuerdo que tenía de él. ¿Podía su corazón estar tan confundido? ¿o acaso era el único que llevaba la razón?

—Nunca me dijo que me amaba —susurró en el instante en que se perdía en el interior del carruaje de los Thomson. Alzó la vista hacia la majestuosa mansión y, en la quinta ventana a su izquierda, la figura de Walsh se recortaba tras el cristal. La observaba huir de él una vez más, y Cameron pudo jurar que la furia del hombre la golpeó directo en el pecho.

Cerró los ojos, aliviada por la soledad. No necesitaba carabina, pues ahora, Miranda Clark era una señora casada, una vizcondesa y una próxima duquesa, nadie dudaría de lo decoroso de la visita. En esos momentos, acompañada por el traqueteo del carruaje, sintió alivio y desazón al dejar atrás a Walsh. Quería conocer su verdad, a la vez que le temía como a nada en el mundo.

Sí, Sean quería casarse con ella, lo había dicho una y mil veces, incluso esa misma tarde, pero los anhelos, las ambiciones, los planes no eran motor suficiente para cruzar un océano en su búsqueda. Solo un sentimiento intenso,

fuerte y demoledor podía empujar semejante travesía, y si no era el amor... entonces, debía ser el odio.

Llegó a la mansión Bridport a la hora exacta para el té. Sus amigas se encontraban sentadas en la sala personal de Miranda, mientras hablaban de manera relajada, olvidando por completo las mil normas de la sociedad británica. Lady Bridport y Emily eran quienes más disfrutaban del desapego, pues en América tampoco pertenecían a la élite. Por el contrario, habían viajado a la pesca de marido para elevar el status de sus familias y limpiar deshonorosos escándalos. Cameron se alegraba del éxito de Miranda, y esperaba lo mismo para la señorita Grant. En cambio, tanto Vanessa como ella pertenecían a las prestigiosas familias de Estados Unidos, y ambas parecían dispuestas a volver a sus tierras con las manos vacías.

—De verdad —insistió Miranda—, ya estoy bien, completamente repuesta, y si me vuelven a tratar como a una inválida, enloqueceré. Lord Bridport no me deja en paz un segundo. —La queja sonó fingida en los oídos de ellas, y mientras Vanessa bufaba ante el enamoramiento de la vizcondesa, Emily la miraba embobada, anhelante de experimentar esa dicha. La única ajena al momento era ella, que conocía el amor y ahora vivenciaba el opuesto.

La mirada de Sean, su promesa hecha con furia... ¡Oh, Dios! No era tan fuerte. Estaba perdiendo la cabeza.

—Cameron, ¡Cameron! —la llamó Emily al verla perdida en pensamientos—. ¿Te encuentras bien?

La señorita Madison parpadeó, y cuando lo hizo, varias lágrimas comenzaron a inundarle los ojos. No estaba bien, no... El recuerdo de Nala; la imagen de Walsh junto a su cuerpo, frío, decidido a dar con la evidencia; el encierro, las amenazas de su padre, el viaje a Londres precipitado... todo la golpeó y creyó que se desmayaría una vez más, como le sucedió esa noche.

—¿Qué sucede, querida?

—Mi padre tiene razón, ¡lo he arruinado todo! ¡Oh, Dios! ¿Qué haré? —se desesperó Cameron. Había dinamitado los negocios de Arnold en pos de su corazón, y había destruido ese amor por la desconfianza y las mentiras. Su vida, tal y como la conocía, había sido una completa farsa, el dramatismo se apoderó de ella en ese instante, impidiéndole medir las palabras—. Debo dejar Inglaterra,

debo huir. Tengo que escapar de él, ya no consigo esconderme más. —Se puso de pie y comenzó a andar de punta a punta del salón, como un gato atrapado que busca la salida.

—¿De quién? —preguntó Vanessa, y lo genuino de su preocupación sorprendió a todas. Era la primera vez que no se mostraba odiosa o altanera.

—Del señor Walsh. Viene por mí, viene por venganza. —Se cubrió el rostro con ambas manos tras la confesión, y la única conclusión a la que había llegado. Se dejó caer, rendida.

—¿Por qué alguien querría vengarse de ti, Cameron? —indagó Emily y la abrazó. Dejó que la muchacha de Virginia llorara sobre su pecho. Y entonces, en la nebulosa, comprendió su error. Volvía a sacar conclusiones apresuradas. Se serenó lo suficiente como para hablar, hablar por primera vez desde que todo había sucedido.

Cameron alzó la mirada y la fijó en sus amigas antes de confesar su peor secreto:

—Porque lo acusé de homicidio. —Cuando las palabras abandonaron sus labios, el pánico también lo hizo. Tía Eleanor le impedía hablar del tema, su padre lo había barrido bajo la alfombra y regado con mentiras y maquinaciones, y le habían impedido aclarar el suceso con Sean, con los invitados, con las fuerzas de la ley. Dejarlo ir de su pecho, contar la verdad de Nala, ponerle voz a lo que realmente había presenciado fue el primer paso del duelo que se le arrebató ese enero en Virginia. Sin los sentimientos ahogándola, su mente comenzó a funcionar con mayor claridad. *Lo acusé de homicidio*, fue la declaración que iluminó sus ideas. Era ella quien cargaba con la culpa en lugar de él, de haber estado segura, sus palabras hubiesen sido otras. Porque fui testigo de su homicidio, porque quiere silenciarme... en cambio, admitía que era ella quien alzaba el dedo acusador, quien había impedido la defensa de Sean y se había dejado llevar por las declaraciones de los demás. De algo estaba segura, de que no se había hecho justicia por Nala.

—¿Có... cómo? —indagó Emily. Vanessa la observaba con la cabeza apenas inclinada hacia la derecha, y Miranda intentaba comprender las palabras de Cameron.

—Es largo... y complicado, y ni siquiera yo lo entiendo del todo. Pero él

está aquí, lo vi en casa de los Thomson, dice que vino por mí. ¡Oh! Ya no sé qué pensar.

—No te preocupes, tenemos varias horas más de té y prefiero hablar de esto que del traje de Lady Anne en la fiesta de Lady Sophie, ¡esa mujer me exaspera! —dijo Vanessa, y se ganó una sonrisa tímida de Emily, quien era la que más desprecio le profesaba a la bella Lady Anne—, ¿complicado? Mejor, tantos meses en Londres me están quitando la capacidad de raciocinio, con razón la nobleza es tan insulsa, sus cerebros están atrofiados por la falta de ejercicio. Así que... permítenos ayudarte, y que la ayuda sea mutua.

—Vanessa —se quejó Miranda al tiempo que hacía sonar la campana de servicio y un regio mayordomo, el señor Hurt, se presentaba para comprobar que las mujeres tuvieran té y pasteles para un rato más—, siempre consigues que suenen mal hasta tus buenas intenciones. Sí, Cameron, cuéntanos e intentaremos ayudarte. No por aburrimiento —aclaró con sus refulgentes ojos verdes fijos en los de la señorita Cleveland—, sino porque para eso estamos las amigas.

Emily le tomó las manos entre las suyas y le dio ánimo para empezar.

—Sean... El señor Walsh —se apuró a corregirse—, es un viejo socio de mi padre, aunque creo que, tras lo acontecido, dudo que sigan manteniendo su relación. Lo conocí el año pasado, y... y... —balbuceó—, teníamos previsto casarnos. —No se sentía lista para confesar cuán hondo era su amor, ni la confianza que había sentido en sus brazos, esa que la había llevado a dejar el decoro y las normas, segura de que el matrimonio se concretaría.

—¿Lo amas? —preguntó Miranda, compasiva. Lady Bridport había descubierto la fuerza de ese sentimiento en brazos de Elliot Spencer, y comprendía la magnitud de lo que uno estaba dispuesto a hacer por amor.

—Creí hacerlo, ahora no lo sé. —La duda en su mirada enterneció a Emily, quien albergaba en su corazón un anhelo imposible. Vanessa, en cambio, negó con la cabeza y llevó la conversación a un terreno que sí manejaba. El tema de los sentimientos la incomodaba, porque podía ver que era la única que no se desenvolvía en esa área a la perfección y odiaba quedar como tonta, o inexperta.

—Supongo que lo que te hace dudar es que lo crees un asesino... —sugirió la señorita Cleveland.

—¡No! —se apuró a saltar en su defensa, luego se rectificó—. Sí, no lo sé — y las manos volvieron a cubrirle el rostro, cuando dejó de llorar y Miranda le acercó un pañuelo, retomó con la historia—: Mi padre me ha enviado a Londres porque lo decepcioné, él deseaba que me casara con otro de sus socios, el señor Seward...

—¿Seward? —interrumpió Vanessa, a Miranda y a Emily les sonaba el nombre, pero no lograban asociarlo. En cambio, la señorita Cleveland acababa de hallar otra de las piezas del rompecabezas, solo que ella tenía aún menos información que Cameron—, ¿te refieres a los Seward de Carolina del Sur? A...

—Sí, sí, el abogado... el...

—El próximo presidente de los Estados Unidos —completó Vanessa, y por fin abandonó la sensación de sobrar en la conversación.

—Primero debe ganar las elecciones —interrumpió Miranda, molesta porque dieran por sentado que un demócrata sureño ganaría. No era dada a la política, pero tampoco vivía bajo tierra, algo sabía.

—Al margen de la política —prosiguió la señorita Madison, y Vanessa se ahorró de comentar que aquello estaba por completo relacionado por más que ella insistiera en temas del corazón—, yo amaba, o creía amar a Sean Walsh. Pero en la fiesta de cumpleaños de mi padre, Nala fue asesinada... —Al ver el desconcierto de sus amigas, aclaró—, mi doncella, mi...

—Esclava —completó la señorita Cleveland, a quien las costumbres del sur irritaban en sobremanera.

—No me gusta llamarla así, ella era más que una esclava, era mi amiga y... ¡y la mataron! —Cameron perdió los estribos—, la mataron en mi casa, la mató un hombre blanco y acusaron a otro esclavo para cubrirlo. Ella... ella quería ser libre, solo quería ser libre y...

—¿Y crees que fue este tal señor Walsh? —preguntó Emily.

—Lo vi junto al cuerpo, buscaba un brazalete que yo sabía se lo había dado su amante blanco. En el momento, me desmayé por la impresión —relató con el nudo aprisionándole las cuerdas vocales—, luego mi padre me encerró en mi habitación, no me dejó salir hasta que se fueron todos. No puede hablar con el

señor Walsh, y mi padre no me permitió ir a declarar ante las fuerzas de la ley. Quedó todo en nada, hasta ahora... Nala no recibió justicia, yo permití que me arrastraran lejos, no luché por ella y Sean... ¡oh, estoy tan confundida!

Ante el quiebre de Cameron, Miranda y Emily optaron por dejar el tema. Se la veía mal, pálida, con profundas ojeras y rojeces en la nariz de tanto llorar. Parecía a punto de sufrir un desmayo, y el aire no era capaz de atravesar el mar de pena para llenar los pulmones. La única ajena al dolor de la señorita Madison era Vanessa, que meditaba en silencio.

—¿El señor Walsh de qué parte de Estados Unidos es? —inquirió al fin, y se ganó dos miradas fulminantes, la de Grant y la de Lady Bridport.

—Del norte, de Chicago.

—¿Negocios?

—¡Vanessa! —Miranda quiso frenar el interrogatorio por el bien de la muchacha de Virginia.

—Ferroviario —contestó Cameron, más calma al seguir la línea de pensamiento de la bostoniana.

—Y tú sabías que Nala quería ser libre, tenía un amante blanco... habló de eso contigo porque...

—Porque éramos más que ama y... ¡éramos amigas!

—¡Porque sabía que eras abolicionista! —la contradijo Vanessa en un grito que se apuró a ahogar, luego se agarró las sienes, como si el ejercicio de comprenderlo todo le estuviera agotando las energías. Solo por eso dejó el tema allí.

Miranda y Emily le agradecieron que cerrara la boca. Dado el tono de la conversación, y el volumen de sus voces, Hurt adivinó los ánimos y, eficiente como era, reapareció con los mejores pasteles de Londres. Lady Bridport se lo agradeció con una mirada cómplice, de bocas llenas de chocolate no salen confesiones peligrosas.

El resto de la tarde la pasaron intentando animar a Cameron y convencerla

de que no valía la pena huir. Al fin de cuentas, Walsh la había encontrado una vez, nada indicaba que no la fuera a encontrar siempre.

Si no existía lugar al que escapar, solo quedaba una cosa por hacer... enfrentarlo.

## Capítulo 6

Los negocios en alza iban mano a mano con la creciente industrialización; los beneficios y el enriquecimiento que esta traía compensaba lo demás, por lo menos para la nobleza o los ricos que no debían de lidiar con la contaminación y la polución que aumentaba de manera desproporcionada cada día. Lo que para unos era una forma de vida muy poco saludable, para otros era la excusa perfecta para el descanso y el disfrute. Los calores tan característicos de la estación y la humedad tan habitual de Londres, combinada con las nubes de smog que, gracias a las cálidas brisas, viajaban del norte hasta el centro de la región, generaban un clima pegajoso e irrespirable. El matrimonio Thomson le huía a todo posible vestigio de incomodidad, en especial cuando tales condiciones climáticas podrían llegar a afectar a la vizcondesa. Lord Thomson protegía el tesoro que para él significaba su esposa, y eso incluía mantenerla alejada de todo aquello que pudiese dañar su voz y pulmones.

La partida rumbo a la casa del vizcondado fue el argumento ideal para organizar un nuevo evento que hiciera eco en los oídos de la élite londinense. Los preparativos se organizaron en cuestión de días, y la puesta en marcha no se hizo esperar mucho más. Luego de enviarse las correspondientes invitaciones convocando al encuentro, el matrimonio Thomson, junto a sus actuales invitadas, emprendió la travesía que los llevaría a los brazos del inevitable descanso.

La señorita Vanessa Cleveland se sumó a Cameron y Eleanor. Sir Johnson, su tutor, debía ausentarse de la ciudad por unos días y consideraba más prudente delegar su tarea a Lady Mariana, la mujer se había propuesto hacer de la joven bostoniana una auténtica señorita inglesa. Al parecer, la muchacha era el diamante en bruto que siempre había deseado, ese que pondría en juego toda la experiencia casamentera que había adquirido.

Las tres compartían carruaje, algo que fue beneficioso para Cameron. Les esperaba una hora de trayecto hasta la estación de tren y, de ahí en adelante, un

par de horas más hasta llegar al condado de Dorset, donde retomarían el viaje en carruaje hacia Sameville.

—No sé qué es peor tortura —El calor era el enemigo indiscutido de la joven de Boston, la asistencia de su abanico no le bastaba—, el calor, la contaminación... o la compañía.

Se refería a Eleanor que roncaba sumida en un profundo sueño. Lady Mariana había hecho de las suyas pensando en el resguardo de las muchachas y, antes de emprender el trayecto en tren, le había facilitado unas sales para relajarla.

Cameron era víctima del ensimismamiento, su mente nadaba en el profundo mar de confusión que la rodeaba desde que Walsh se había hecho presente. El silencio fue la confesión de su estado, uno que Vanessa estaba decidida a atacar.

—Aunque ahora que lo pienso, prefiero los comentarios absurdos de tu tía antes que esto. ¡Dios, nunca pensé que iba a decir lo que estoy a punto de decir! —elevó la voz adrede, pretendía atravesar los oídos de Cameron a como diera lugar— ¡Envidia a Emily!

La muchacha californiana se había comprometido previamente a otro evento, lo que reducía su estadía a un par de días, a diferencia de ellas que estaban condenadas por dos semanas. Condena desde el punto de vista de la señorita Cleveland, que no disfrutaba en lo absoluto de los eventos sociales de gran envergadura. Como sea, lo dicho por Vanessa dio en la tecla.

—¡No puedes dejarla en paz, verdad! —Cameron reaccionó a la defensiva ante la melodía que su compañera de viaje le había brindado.

—Hasta que regresas en sí, querida, pensé que las sales habían hecho efecto contigo también. —Cerró el abanico y se deslizó sobre la reconfortante butaca a fin de colocarse frente a ella, gozaban de la comodidad de los camarotes del vagón personal de los Thomson—. Con respecto a la señorita Grant, repito, la envidia, y esa manifestación no va a volver a salir de esta boca jamás. No veo el motivo de tu reacción.

—¿El motivo de mi reacción? ¡¿El motivo de mi reacción?!

Oh, sí, ante los ojos de Vanessa Cleveland, Cameron Madison se mostraba

como un volcán en erupción. Estaba en ese punto exacto en el que la herida debía sangrar para limpiarse, solo así podría empezar a sanar, y para Cameron, sanar significaba colocarse en el rol protagónico de su vida, uno que le había sido negado a fuerza de mandatos familiares, normas sociales e inescrupulosos negocios. Antes de enfrentar a Sean Walsh, debía de enfrentarse a sí misma.

—¿Te piensas que las palabras no duelen?! ¿Te piensas que esa superioridad que te has permitido creer que tienes te da permiso para manipular, atacar, o ridiculizar a alguien?! Criticas la violencia en este mundo y, a la vez, desde tu cómoda postura de señorita perfecta, la estimulas con el veneno de tu lengua.

Vanessa se mantuvo en silencio, no porque el ataque de la muchacha le imposibilitaba la acción, era una especialista en el arte del derrame de veneno, estaba así porque esperaba encontrar la ventana que le permitiese observar a la verdadera Cameron Madison.

—A veces, tenemos que ser la voz que a otros les ha sido negada. A veces, debemos ser la balsa que mantenga a flote a los que no pueden mantenerse en pie —agregó la joven de Virginia.

Las palmas de Vanessa chocaron entre sí una y otra vez a modo de suave aplauso.

—¡Bravo! —finalizó con el irónico vitoreo—. Ahora, me encantaría decir que oírte recitar esas palabras me sorprende, pero no es así, sé que las has tenido atragantadas en tu garganta por mucho tiempo. Lo que sí me sorprende es que no las apliques contigo.

Lo dicho se coló por los pensamientos de Cameron. Sabía a lo que se refería, de todas maneras, necesitaba oírlo de ella, acababa de reconocer que requería de una fuerte bofetada para regresar a la realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que entiendes, pretendes ser para otros lo que no puedes ser para ti misma. Las dos hemos vivido entre algodones. Bueno, tú literalmente —rió ante su comentario—, y esa idea de existencia privilegiada nos ha hecho creer que no tenemos fortaleza alguna. —Hizo una pausa, estaba revelando una parte de sí que no solía exhibir al mundo—. Yo he aprendido a ser mi propia balsa, ¿tú? —

El silencio volvía a apoderarse de Cameron, y Vanessa lanzó la embestida más profunda—. Deja, no me respondas, no lo necesito, el temor que ese tal... —llevó su voz al límite del susurro— Walsh te despierta, me dice todo.

—¡No le temo!

Y eso fue una confesión que le atravesó el alma. Lo que creía, lo que pensaba, entraba en choque con aquello que se escapaba de su corazón a través de las palabras. Estaba dejando a un lado ese instinto que le gritaba que lo único bueno y puro que había hecho en toda su vida era haberse enamorado de él. ¿A quién le temía, entonces? ¿A qué le temía?

—¡Oh, vaya, eso sí que es nuevo! —se jactó con sorna Vanessa—. Díselo a tu cuerpo, así deja de temblar.

Temblaba, de los pies a la cabeza temblaba. La que la mantenía en ese estado no era Sean o su presencia repentina, era todo aquello que aún se mantenía oculto en la sombra. Las verdades silenciadas.

—Voy a obsequiarte una recomendación, Cameron. Tómala o no, como gustes.

Cameron dirigió su mirada hacia la ventana, contemplar el paisaje parecía más prometedor, los ojos de Vanessa, en ese momento, no le parecieron para nada amistosos. A pesar de ello, puso real atención a esa recomendación, a su manera, la joven de Boston se convertía en la única brújula que tenía a mano.

—Aleja de tu cabeza todas esas teorías conspirativas de poder que tienes...

—¿Teorías conspirativas? —El rostro de Cameron se tensó de inmediato. Las palabras de su padre regresaron a ella: *Si la verdad llega a salir a la luz, de una u otra manera, ella pagará las consecuencias* —. ¿A qué teorías conspirativas de poder te refieres?

—Oh, no lo sé —Cameron podía notar que fingía—. Creí haberte oído decir eso a ti. —Volvió a desplegar el abanico y lo agitó frente a su rostro—. Estaré confundida... a veces mi cabeza suele hacerlo, sobre todo con este clima. Sí, sí... definitivamente el clima de esta ciudad no me sienta para nada bien.

La señorita Cleveland había sembrado la semilla inesperada, Cameron

comprendía el giro equivocado que sus pensamientos habían estado tomando, todas sus energías se convertían en la búsqueda de una verdad que siempre terminaba siendo eclipsada por los recuerdos de Nala y los sentimientos que conservaba hacia Walsh. ¡Maldita tonta! Sean era una pieza de ese rompecabezas inconcluso, huir de él era lo más absurdo que podía hacer, tenía que oír esa parte de historia que le había sido negada. Tenía que hacerlo.

Lady Mariana tenía todo previsto para que su repentino viaje al campo fuera un gran suceso. Lo primero que necesitaba era que Cameron se relajara lo suficiente como para permitirse un acercamiento con Charles. Por ese motivo no dudó en disponer una habitación a compartir con Vanessa.

—No me parece apropiado —se quejó Eleanor.

—Oh, es lo mejor, te lo aseguro. De esa manera podrás estar más cómoda en una habitación solo para ti. —La idea de tener una recámara personal le ganó al decoro e hizo que Eleanor accediera. La casa de campo era amplia, de tres plantas y más habitaciones de las que se podían contar. Era la única propiedad que quedaba del vizcondado, pues Lord Thomson había perdido casi todo antes de lanzarse a los negocios. Las medidas conservadoras de los nobles británicos los estaban empobreciendo, y las tierras de Sameville eran un claro ejemplo de ello.

Sin embargo, las refacciones que se habían hecho le habían devuelto al lugar el lujo de antaño. Las paredes del exterior en piedra clara, las ventanas altas, las múltiples terrazas y los cuidados jardines daban un marco ideal para escapar de la opresión de Londres. Como el lago había quedado en la parte de las tierras que ya no les pertenecían, Lady Thomson hizo construir uno artificial al que llenó de patos, peces, y decoró a gusto con puentes de madera.

Por un momento, hasta Vanessa se permitió el banal entretenimiento de conocer la casa y recorrer los serpenteantes caminos de los alrededores. Cameron, más tranquila tras su decisión, admiró a su amiga en silencio. Así, cuando se dejaba llevar por las emociones y derribaba los muros de cinismo con los que se protegía, se podía admirar la belleza de la muchacha y la juventud. Esa amargura confundía a los que la conocían, haciéndolos pensar que era mayor, que pronto llegaría a los veinticinco años y que se quedaría para vestir santos. Vanessa tenía apenas dieciocho, le restaban varias temporadas de tortura

hasta que se rindieran con ella y la dejaran en libertad.

—Cameron —advirtió la joven bostoniana—, no quiero que llores, patalees o te desmayes, pero he escuchado a Lord Thomson decir que ha invitado a algunos de sus socios, entre ellos a un americano. Cabe pensar que es tu señor Walsh.

—No es «mi» señor Walsh.

—Como sea... Por lo visto Lady Thomson no sabe de tu enamoramiento, pues tiene intenciones de que yo lo conozca. Al parecer, y en palabras de la vizcondesa, tu señor Walsh es un hombre de pensamientos modernos, que está a favor de los derechos de las mujeres y muchas cosas más que lo hacen un excelente partido para mí. ¿Tú qué dices?

Cameron apuró el paso, presa de un irrefrenable deseo de ahorcar a Vanessa. Y pensar que minutos antes la había considerado bella... la estocada final le llegó por la espalda, a traición.

—¿Celosa, señorita Madison? ¿No era que no se trata de «tu» señor Walsh? —la pulla fue acompañada de una risa socarrona. Dar bofetadas mentales era el pasatiempo preferido de la señorita Cleveland, y al parecer, un ejercicio muy requerido por sus recientes amigas.

La distancia entre ellas sería temporal, pues debían compartir habitación, por lo que Cameron se permitió el espacio. Vanessa lograba sacarla de sus casillas, aunque comenzaba a sospechar que tras cada palabra de la bostoniana había una clara intención. En esa ocasión era la de guiarla por el intrincado laberinto de pensamientos nebulosos. *Un hombre moderno, a favor de los derechos de las mujeres*, por poco Cameron deja escapar que no era por los únicos derechos que clamaba y con esa confesión estaba de nuevo en el camino que desembocaba en la muerte de Nala.

Absorta en sus pensamientos, se perdió en una de las terrazas y tuvo que alzar la mirada para saber en qué ala estaba. Con la vista en el cielo, se dio de lleno con el pecho de un hombre.

—Señorita Cameron, un gusto volver a verla —exclamó la conocida voz del capitán Charles Hobart.

—Capitán. —La señorita Madison dio un paso atrás para poder realizar el saludo.

—Al parecer —Le extendió el brazo para acompañarla al interior—, he descubierto que tenemos otra cosa en común.

—Ah, ¿sí? —preguntó con curiosidad, mientras miraba el marcado mentón del hombre de soslayo.

—Sí, a ambos nos gusta navegar. Yo por agua, tú por los cielos. —La risa de la muchacha endulzó el ambiente e hizo a Charles sonreír.

—Espero que usted se oriente mejor en altamar que yo en el espacio, pues, para serle honesta, estaba por completo perdida.

—Entonces, un gusto para mí salir al rescate. —La caminata amena los llevó directo al salón principal, donde la señora Smith interpretaba una alegre canción al piano. La pareja llegó justo para los aplausos.

—Cameron, querida —se alegró lady Thomson—, llegas a tiempo para agasajarnos con tu talento.

—Oh, me hará sonrojar —se quejó la muchacha con las mejillas ardidas. No se sentía merecedora del reconocimiento de una cantante lírica como Mariana. Y por ese mismo motivo, tampoco encontraba las excusas para negarse. Avanzó con paso vacilante hasta el banquillo que había ocupado la señora Smith, pasó las partituras hasta encontrar una que conociera y fuera menos propensa a errores, y comenzó a mover los dedos sobre las teclas.

La melodía era amena, no tan divertida como la anterior, pero tampoco melancólica. El capitán se acomodó en un rincón, para disfrutar de la canción y desde allí pudo ver al hombre que se detenía en el umbral de la sala. Era joven, no llegaba a los treinta, alto, de cabello castaño claro, ojos celestes y rasgos marcados. Los labios eran una delgada línea, tensa, como si quisiera contener las palabras a fuerza de voluntad. Tenía la mirada encendida por un fuego fácilmente reconocible por el experimentado capitán, fija en Cameron. Charles aguardó al final de la pieza para evaluar la reacción de Cameron ante el hombre que parecía reclamarla como suya con su sola presencia.

—Bravo, bravo, querida —aplaudió lady Thomson, y los presentes se le

sumaron. Incluso el nuevo invitado. Cameron se giró para ocultar el rubor y quedó de frente con el hombre del umbral. Ambos fueron presos de una parálisis momentánea, los presentes se disiparon, el tiempo se detuvo, y el capitán tuvo la certeza de que estaba ante el corazón que la señorita Madison creyó dejar en América.

—Señor Walsh —intervino Lord Thomson al verlo indeciso bajo el dintel—, ven, adelante, únete a la velada. Creo entender que ya conoce a la señorita Madison.

—¿De verdad? —inquirió Mariana, confundida.

—Sí, Walsh y Madison tienen negocios en América. Permíteme presentarte al resto de los invitados —sugirió Thomson. Charles aprovechó la ocasión para evaluar al hombre de cerca e intentar adivinar sus intenciones. Ahora que sabía un poco más sobre Cameron, su plan daba un giro drástico. La apreciaba y aún la consideraba una buena opción como esposa, pero de ella dependería la decisión, de ella y de Sean Walsh. Si el empresario buscaba lastimar a la señorita Madison, entonces él se encargaría de protegerla con su apellido, con su dinero y con todos sus contactos. Si el escenario era el que parecía más evidente, se haría a un lado, pues como buen militar sabía que había batallas que estaban perdidas de antemano, y ganarle al amor genuino era una de ellas.

Cameron no salía de su estupor mientras las presentaciones tenían lugar, por instinto, buscó el sostén de Charles y se situó junto a él. Eleanor lanzaba chispas por los ojos y, en breve, espuma por la boca. La sonrisa falsa de dientes blancos y el brillo en la mirada de Sean le dijeron a la señorita Madison que su tía era por seguro víctima del desprecio del empresario. Vanessa volvió de los jardines en ese instante, y Lady Thomson la introdujo en el círculo.

—Señorita Cleveland, él es el señor Walsh de quien te hablé. —La mirada de Vanessa fue en búsqueda de su amiga antes de saludar al nuevo invitado. Los celos se abrían paso por sobre el estupor y el resto de los sentimientos, era una buena forma de salir de ese estado catatónico en el que se había sumergido para sobrellevar el dolor.

—Un gusto, señor.

—Cleveland —repitió Sean, otorgándole unos segundos de atención a la bostoniana, aunque se aseguró de tener a Cameron en su campo visual. No

permitiría que huyera de él una vez más—, ¿de Boston?

—Sí. Hija de Robert Cleveland.

La sorpresa fue genuina en el rostro de Walsh, y Vanessa se regaló el instante para admirar la belleza del hombre. En general, no era una persona superficial, y el aspecto de los caballeros no podía importarle menos; el estudio era meramente científico, pues algo en esa textura física, en los rasgos y en el tono de voz había robado la razón de Cameron, y la señorita Cleveland aún desconocía la mecánica del asunto. ¿Qué hacía que una mujer cayera rendida a los pies de un hombre? Había presenciado el suceso con Miranda y ahora con la señorita Madison, y todo seguía siendo un misterio.

—Su padre ha sido mi profesor de economía en Harvard.

—¿Ha ido a Harvard? —La pregunta fue retórica a la vez que repetía el apellido Walsh y buscaba asociarlo a uno de esos ricachones que entraban a la universidad por contacto. Al no hallar asociación, tuvo que otorgarle a Sean el mérito de conseguirlo por sus medios—. Interesante.

Lady Thomson emanaba luz de cada uno de sus poros al observar a las dos parejas que se estaban gestando bajo su techo. Indicó a los presentes que la cena se serviría en el salón en pocos minutos y propuso un paseo bajo las primeras estrellas para darle tiempo a los atareados sirvientes de prepararlo todo. Todavía faltaban muchos invitados, la mayoría de ellos llegarían el fin de semana; según los expertos, el smog se uniría con la niebla y empeoraría la situación de la gran ciudad. Dadas esas molestas circunstancias, disfrutar del relajado ambiente de Sameville sin tantas normas era una opción más que atractiva.

Charles Hobart era un experto en astronomía, y mientras señalaba las estrellas del firmamento, las constelaciones y la posición de cada una de ellas, Cameron se permitió olvidar por un instante que Sean le pisaba los talones, y lo que era peor, iba tomado del brazo de Vanessa quien le brindaba una estimulante conversación.

Le llegaban sus voces y, con ellas, los recuerdos de sus charlas íntimas, de sus confesiones. No le sorprendería que la señorita Cleveland cayera rendida a sus pies.

Razón no le faltaba, Vanessa estaba extasiada, pero no por el encanto del

señor Walsh, sino por la historia que tejía en su cabeza. Regresaron al salón comedor e ingresaron respetando el protocolo de nobleza, lo que hacía que ellos dos entraran últimos, justo después del capitán Hobart y la señorita Madison. La bostoniana observaba la dinámica de la pareja que la antecedió y comprendía lo obtuso del comportamiento de Cameron. Por fortuna, se evidenciaba que Charles era un hombre maduro e inteligente, y que el corazón del hombre no estaba en juego en aquella dinámica. Sin embargo, Vanessa se sorprendió al encontrarlo en el mismo estado de concentración que ella, pero frente a otro objeto de estudio: Sean Walsh.

El capitán se afanaba en comprender las intenciones del empresario con el mismo empeño que Vanessa ponía para descubrir la verdadera historia tras su amiga. Y si quería lograrlo, necesitaba juntar las dos piezas que insistían en repelerse.

—Oh, milady —se quejó con intención—, creo que el clima me está agobiando. No quisiera incordiar, pero... podrían ponerme lejos de la lámpara. ¿Usted qué opina, señor Walsh? ¿no es agobiante el clima británico? ¡y ni siquiera estamos en junio!

—Por supuesto, querida —accedió Mariana—, pueden situarse junto al capitán Hobart y la señorita Madison.

—Gracias, creo que el señor Walsh también lo agradecerá. Una vez estuve en Chicago, el frío de esa zona es legendario. ¿No es así? —Sean asintió con la cabeza, incapaz de dejar de lado la furia que lo abrumaba. En esos instantes nada en él recordaba el invierno, quería arder en el verano de Virginia, en el cuerpo de su amada que ahora lo ignoraba en favor de otro hombre. *Siempre fue su intención*, recordó las palabras de Arnold.

Había cruzado el océano por ella, y ahora, que la tenía ante sí, empezaba a dudar de su empresa. Se había aferrado a una ilusión, no quería aceptar que los Madison le hubieran visto la cara de tonto, jugado con él. Necesitaba las pruebas, esclarecer lo sucedido ese enero y, ante la verdad, y solo la verdad, tomar una decisión. Cameron lograba desestabilizarlo, como siempre, cuando estaba con ella las emociones lo gobernaban. La mirada de Charles Hobart fija en él, evaluándolo, no lo ayudaba a serenarse. No quería pensar en ese influyente hombre como su rival, pues todavía saboreaba las consecuencias de enfrentarse a otro poderoso hombre. De todos modos, no se rendiría.

La señorita Cleveland, a su lado, intentaba llevar la conversación con poco éxito. La tensión en el ambiente los sumía en el silencio, temerosos de que cualquier palabra que saliera de sus labios los delatara. Walsh observaba fijo a Cameron, la muchacha jugaba con la comida sin probar bocado, tampoco bebía vino, solo unos pequeños sorbos de agua para disimular. Eso lo preocupó, y despertó en él al ser protector que había anhelado llevar a la señorita Madison a una cama llena de almohadones.

—Capitán —dijo Vanessa y centró la atención en el único de los cuatro que era capaz de emitir palabra—, tengo entendido que tuvo el gusto de conocer a Sir Johnson, mi tutor.

—Así es, un hombre brillante. No tuve el honor de asistir a sus cátedras, no he concurrido a Cambridge.

—Son magistrales, y creo que todos los británicos deberían presenciarlas. Hoy nos refugiamos lejos del smog, pues somos afortunados de tener adonde huir, pero muchos no lo son. La idea de una economía comprometida con lo social es lo que fomenta Sir Johnson. Señor Walsh —llamó la atención del hombre—, usted que ha presenciado las cátedras de mi padre ¿qué piensa al respecto?

Sean tardó unos segundos en ponerse a tono con la conversación. Su mente estaba fija en Cameron y en los sentimientos. Tuvo que concentrarse en las palabras que sí había comprendido para poder formular una respuesta coherente.

—El profesor Cleveland es un progresista, dudo que esté de acuerdo en ese punto con Sir Johnson. —Conforme con su respuesta, volvió la atención a Cameron. Vanessa bufó, y el capitán le regaló una tenue sonrisa. Un par de gestos elocuentes más, y ambos llegaron a un acuerdo mudo, sacarían a relucir la verdad de ellos dos.

—¿Y usted qué piensa, señorita Madison? —inquirió Charles. Cameron se ruborizó al darse cuenta de que estaba callada y que había ignorado a Hobart durante toda la velada. Pocas noches atrás había estado fascinada por una conversación de esa índole, y ahora era incapaz de seguir el hilo.

—No lo sé... no lo he pensado —musitó con timidez. Walsh bufó, furioso, ante tamaña mentira.

—¿No, señorita Cameron? ¿de verdad no lo ha pensado? Porque tengo un leve recuerdo, dígame si me equivoco, en el que usted manifestó la importancia de la industrialización del sur.

—O su memoria es demasiado selectiva, o ha decidido olvidar lo que sucedió después —espetó furiosa. Vanessa sonrió y comenzó a trozar un pedazo de pan para degustarlo.

—Oh, pero aquí no hay nadie que la pueda acallar ¿o sí? Nadie la enviará a su recámara por decir lo que piensa, por expresar una opinión...

—¿Para qué? Si ya me han enviado al otro lado del mundo para silenciarme. Perdón, señor Walsh, si al callarme le doy la impresión de ilusa, o peor, cobarde, porque le aseguro que solo aplico una lección aprendida. —Los ojos azules de Cameron ardieron de furia, un enojo compartido por Sean. Vanessa terminó su pan, bebió un sorbo de vino y prosiguió escarbando la llaga recién expuesta.

—Bueno, dado que la señorita Madison ha decidido privarnos de su punto de vista, le pregunto a usted. Progreso por sobre bienestar social, o bienestar social sobre progreso.

—Si el progreso no trae bienestar social, no es progreso.

—Entonces, deduzco que no está a favor de todas las ideas de su profesor de Harvard. —El desdén con el que se refería a su padre pasó desapercibido por los presentes, tan acostumbrados estaban a los modos hostiles de la muchacha que era difícil dilucidar cuándo se trataba de alguien que realmente le provocaba malestar—. Y con él, el de muchos americanos. Aquellos que defienden la esclavitud en el sur a favor de la economía, y aquellos que defienden la libertad de explotación en el norte con la misma excusa. Dígame, señor Walsh, esa postura política le debe haber granjeado demasiados enemigos.

—Solo un par de necios.

—Los necios son los más peligrosos. Lo sé —agregó—, mi tutor los sufre a diario. Pero está convencido de que el conservadurismo cae por su propio peso. Capitán Hobart, en Las Indias... —Vanessa llevó el debate a las colonias británicas como el alzamiento de una bandera blanca. Ya había expuesto su descubrimiento, unido las únicas dos piezas que tenía: Cameron y Sean. Ahora les correspondía a ellos el resto del rompecabezas.

La señorita Madison conservaba la tibieza del enfado en sus venas. ¡Cómo se atrevía Sean a pedirle que se exprese en público! Si él, más que nadie, sabía al nivel de censura y claustro al que había sido sometida toda su vida. Si él, y solo él, era el culpable de que la hubieran silenciado, impedido hablar por Nala ante la justicia. ¿O no?

La idea de que no había sido Walsh la razón de que la sometieran al encierro y al destierro se arraigó a ella, y la ansiedad por escuchar su versión de los hechos se acrecentó en su interior. La ansiedad conjugó con el malestar y la falta de hambre, y la llevó a palidecer. El primero en notarlo fue Sean, que atinó a ponerse de pie para socorrerla. Vanessa lo detuvo.

—Permítanme acompañar a la señorita a los tocadores. Es la comida londinense —la excusó—, ya lo verá, señor Walsh, en unas semanas usted mismo experimentará malestar. —Charles se contuvo de sumarse a la humorada, pues el estado de Cameron parecía indicar que era algo serio. La señorita Cleveland guio a su amiga hasta los sanitarios, allí no eran tan modernos como los de la mansión de la capital, pero en todos contaba con jarras de agua fresca, toallas limpias y sales en caso de tener que atender algún malestar femenino.

Las arcadas arremetieron contra Cameron y los espasmos la debilitaron. No tenía demasiado que devolver, y solo se calmó cuando dejó ir hasta la última gota de líquido de su estómago.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Vanessa, preocupada.

—Sí, gracias. La cena, la conversación, la compañía... creo que todo me ha caído mal. —La señorita Cleveland giró el rostro a un lado y al otro, para luego negar con rotundidad.

—No creo que tenga que ver con nada de eso —murmuró—. ¿Necesitas algo más? ¿Quieres que te excuse con Lady Thomson? No soy experta en estos asuntos, pero se suele recomendar reposo.

—No estoy enferma, ya me siento bien, de todos modos, sí, hay algo que debo pedirte. Un favor enorme.

—No dije que estuvieras enferma —agregó resignada—, dime, ¿qué favor?

—Necesito hablar con el señor Walsh a solas, tengo que aclarar lo sucedido

o me volveré loca. —Otra vez las náuseas, solo que, en esa ocasión, nada salió de su garganta.

—¡Por supuesto que tienes que hablar con él! Es lo que te vengo insinuando desde que nos contaste todo esto —se molestó Vanessa.

—¡Pues deja de insinuar y di las cosas de una vez y de frente! Porque hoy me has hecho perder los nervios. ¿Me ayudarás o no? Ya sé que no es apropiado que me encuentre con un hombre a solas... —La risa de la señorita Cleveland cortó el discurso de Cameron. La bostoniana tomó su abanico y le dio aire al pálido rostro de su amiga.

—¿Que no es apropiado? —se burló—, llego algo tarde para mi rol de chaperona.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, dejaré de insinuar, como me has acusado, y seré frontal. Debes hablar con el señor Walsh para aclarar lo sucedido, porque evidentemente él no ha matado a Nala y se cruzó el maldito océano para aclararlo; debes hablar con él porque todavía te desmayas a su paso, ignoras al resto del mundo y se te nota en la mirada que quieres besarlo, y él a ti, y, sobre todo, debes hablar con él porque no es la endemoniada comida londinense la que te hace vomitar, sino su hijo. —La cara de horror de Cameron la hizo carcajear—. Ya ves, al final no querías que fuera tan frontal. En fin, escribe una nota para Walsh, yo se la daré cuando termine la cena. Tu ve a descansar, que es lo que se suele recomendar en estos casos.

Madison escribió que lo esperaba en el puente central del lago artificial a medianoche. Aún presa del estupor por el descubrimiento de Vanessa, se arrastró camino a la habitación que compartían y se quitó el vestido, el corsé y el miriñaque. Tanta ropa contribuía a un malestar del que ahora conocía la procedencia. Lo había negado, se había dejado colocar la venda sobre los ojos porque era el camino más fácil, pero era tiempo de ver. Por ella, por Sean... por esa vida que crecía en su interior. Se acarició el vientre con amor y, por primera vez desde que su vida había dado un vuelco, se sintió feliz.

Sería una niña, lo sabía, sería una niña y se llamaría Nala.

## Capítulo 7

De un lado al otro, a lo largo y a lo ancho, así recorría la habitación. La idea de ir en busca de reposo fue desestimada ni bien puso un pie en ella. La perspectiva de su vida había cambiado de un instante a otro; con una simpleza abrumadora, la oscuridad más profunda abandonaba su mente para darle lugar a una maravillosa claridad. Las bofetadas que Vanessa llevaba propinándole finalmente hacían su efecto y ponían en relieve aquello que no se había permitido ver. Comprendía que el hecho de ignorar sus sentimientos hacia Sean no los iba a hacer desaparecer, él era parte de ella, una parte que crecía en su interior; la única alternativa que le quedaba era decidir ignorar aquello que debió ignorar desde un principio, sus temores. Porque esos temores no le pertenecían, habían sido sembrados y cosechados por otros. Por supuesto que conocía al hombre al que se había entregado sin límites ni dudas, la posibilidad de enlazar la vida a la suya había sido el mayor acto de cordura llevado a cabo en su vida. Dentro de la más bella irracionalidad, esa que te otorga como efecto colateral el amor, descubrió esa capacidad aniquilada a fuerza de mandatos sociales, tomó el control de su vida decidiendo a quién amar, a quién aceptar como compañero de vida. Meses atrás, ante la idea de una negativa por parte de su padre, había estado preparada para todo. Meses atrás, nadie le hubiese impedido una vida junto a Sean. El resultado final de ese cercano pasado ponía a prueba la pobreza de su temple. Ya no más.

Su actuación de animal rabioso sometido al encierro fue interrumpido por el ingreso de Vanessa. Cerró la puerta tras de ella, y la utilizó como elemento de descanso, desde ahí podía observar la imagen completa: una Cameron diferente, ansiosa pero a la vez temeraria. La señorita Madison acababa de caer en cuenta de que sus cadenas no tenían un real cerrojo, deshacerse de ellas era cuestión de aceptación.

—Por lo visto, el significado de la palabra «reposo» se aleja de tus conocimientos. —Ocultó la sonrisa que brotaba en sus labios—No te juzgo, sé que el listado de tus conocimientos es bien reducido.

—¡No estoy para tus bromas, Vanessa!

—¡Nunca lo estás! —Avanzó hasta la que era su cama y se dejó caer en ella con gran dramatismo—. De todas las jóvenes americanas posibles, a mí me tuvieron que tocar las más aguafiestas.

—Pues, sí, aprende a lidiar con ello —cortó con brusquedad el hilo de la conversación para llevarla al puerto que ella deseaba—. Dime, ¿has podido hacer lo que te solicité?

—Eso debería considerarlo como una ofensa —dijo fingiendo fastidio al tiempo que acomodaba la cabeza sobre la almohada.

Tenía razón, Vanessa Cleveland era la única con el talento que se requería para llevar a cabo un favor de tal envergadura. Poner en duda esa capacidad era un acto insensato para cualquiera.

—¿Te dio una respuesta? —La ansiedad hacía de lo suyo en Cameron. Retomó la caminata frenética.

—¿Acaso la necesitas?

—Sí... —dudó, se corrigió— no... —volvió a corregirse—. No lo sé.

El reproche se instauró en ella, una vez más ponía sus temores en juego. Era Sean... «su» Sean.

—Por favor, si estamos hablando del mismo Sean Walsh —Vanessa intentó despejar esas tontas dudas, estaba cansada de ellas, las quería arrancar de raíz—, doy por sentado que de seguro ya está allí, esperando por ti.

—Tienes razón —confesó con una certeza tan poco común en ella que impactó, sin piedad alguna, en el pecho de Vanessa.

—¡Por todos los cielos! —Se incorporó y apoyó los codos sobre el colchón. No podía creer lo que había oído—. ¿Me acaba de dar la razón, señorita Madison?

—Solo por esta vez —murmuró dando paso a una sonrisa, la felicidad experimentada tiempo atrás iniciaba el camino del retorno.

—Viendo y considerando lo dicho, y tu confirmación, creo que lo lógico sería que te detengas, tu ir y venir me agota. Además... —dijo reincorporándose por completo hasta recuperar la verticalidad fuera de la cama—, ven aquí, invierte las energías en algo productivo.

Cameron correspondió al pedido, en un par de zancadas estuvo junto a ella, la ansiedad fue suplantada por una pequeña dosis de intriga.

—¿Qué?

Vanessa le dio la espalda para señalarle la hilera de botones perla de su vestido.

—Le dije a Lady Mariana que no necesitábamos de la asistencia de una doncella. Es preferible evitar los posibles rumores, basta verte para adivinar tus planes nocturnos. ¡Eres un libro abierto!

—¿En verdad crees eso? ¿Soy un libro abierto? —La pregunta salió de sus labios una vez iniciado el trabajo: un botón, otro botón, y otro...

—Sí, lo eres. Desde el primer día que te vi leí sobre ti.

—¿Sí? ¿Y qué leíste? —Lo lógico hubiese sido enfadarse con ella, reprocharle su comportamiento desdeñoso y altanero. No lo hizo, día a día descubría la riqueza oculta dentro de la señorita Cleveland.

—Nada interesante —Rieron al unísono—, nada interesante hasta ahora. Debo reconocer que me has sorprendido con un interesante punto de giro.

—¡Oh, eso me sorprende hasta a mí! —dijo desabrochando el último botón. Vanessa exhaló satisfecha.

—¿Verdad que sí? Es de no creer... —Cameron tomó distancia al considerar que su tarea ya había finalizado—. Ey, esto no termina aquí. —Estiró el brazo hacia atrás para capturar las cintas del corsé, su compañera la asistió una vez más.

El silencio invadió la habitación por unos segundos, Cameron apartó de su mente los pensamientos que la agobiaban para darle lugar a uno más, uno nuevo y distendido.

—Si yo soy un libro abierto, me pregunto ¿qué eres tú?

—¿Yo?... Yo soy solo Vanessa.

La presión del corsé cedió, y eso le obsequió la salida perfecta a la joven de Boston. Se refugió en la soledad del cambiador.

Cameron elaboró su propia conclusión... una caja de sorpresas, eso era. Una sofisticada caja de sorpresas.

La calma previa a la medianoche se coló por la ventana. Todos se había retirado a sus aposentos. Vanessa dormía, o por lo menos, aparentaba hacerlo. Los acelerados latidos de su corazón fueron la campana de salida que necesitó para abandonar la habitación. Descendió hasta la planta principal y atravesó los salones en dirección a la terraza trasera que se comunicaba con los jardines. Ni bien estuvo bajo el cielo estrellado, la brisa nocturna jugó con la falda de su vestido. Llevaba puesto un vestido de media tarde, ligero y fresco, sin corsé ni enagua, la temperatura corporal en ascenso de su cuerpo se lo había reclamado. Caminó en dirección a la laguna con la luz de la luna y las estrellas como única guía, se perdió por entre los árboles, dio más vueltas de lo previsto. El revoloteo de unas alas le indicó la cercanía de su destino, avanzó siguiendo la melodía de la naturaleza, llegó al puente indicado, no había señales de él. De haber sido otro el momento, se hubiese inquietado, arrepentido, de seguro, hubiese huido. Pero no, confiaba... en ella, en lo que quería y en lo que había ido a buscar, y no se marcharía de ahí hasta conseguirlo.

Utilizó la barandilla de madera como soporte, estaba agotada como consecuencia de los continuos malestares propios de un estado que no había aceptado hasta ese instante. Se debatía en silencio el hecho de compartir con Sean sobre su embarazo, todavía no lo había decidido, antes de hacerlo deseaba vislumbrar...

Una mano se posó sobre la suya, se sobresaltó, su cuerpo reaccionó como un resorte.

—¡Sean! —confirmó al girar hacia el recién llegado.

—¿Esperabas a alguien más? —masculló con un destello de sarcasmo en la

VOZ.

Tenerlo tan cerca la arrastraba al submundo de las emociones indomables. Contenerse no era una alternativa. El iris azul de sus ojos refulgía como un zafiro bajo la luz de la luna.

—¿Quién más que tú?

—No lo sé, tal vez tu querido Charles Hobart. —Casi que gruñó ese nombre.

Cameron se sintió más feliz al comprobar que, esa tarde, ambos habían transitado por la experiencia de ese inocuo sentimiento llamado «celos».

—No hemos venido hasta aquí para hablar del capitán —cortó en seco ella. Si le permitían el ingreso a lo insignificante, nunca llegarían a lo relevante: la verdad.

—¿Y para qué hemos venido hasta aquí, Cameron?

Walsh no podía, no podía con sus celos, con el deseo, peor aún, no podía seguir en esa absurda realidad que lo mantenía alejado de ella; y eso era lo que lo llevaba por el camino equivocado, el de la irracionalidad. La ausencia de Cameron en su vida le arrebató la luz a sus pensamientos.

—Por mi parte, he venido aquí para oír tu historia, la verdad de esa noche, Sean.

—¿Te refieres a la noche en la que me inculpaste de un homicidio?

Fue hiriente a consciencia, y su intención dolosa devoró los centímetros que separaban a ambos cuerpos. Actuaban por pura inercia, se valían de cualquier excusa para entrar en contacto el uno con el otro, para sentirse, no importaba si esa excusa era el dolor, el amor, o un odio que no era tal.

—Solo dije lo que vi.

La confrontación fue el acompañante invisible de la noche. Era el escudo que los contenía, solo así podrían poner sobre la mesa ese fragmento de historia que llevaba meses flotando en una nebulosa de las mentiras y maquinaciones

ajenas.

—¿Qué viste?

—A ti y a ella.

—¿Y eso me convierte en un asesino, Cameron?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Lo eres, Sean? ¿La mataste?

El dolor se reflejó en los ojos de Walsh, ella no era la única que había sufrido esos últimos meses, había sido una egoísta, hacía con él lo mismo que la sociedad hacía con ella, le arrebatava la posibilidad del sufrimiento por el simple hecho de ser hombre. Su alma también podía romperse en mil pedazos, su corazón también podía apagarse. Y eso era lo que le estaba sucediendo, ahí, ante ella.

—Si tú no puedes responder esa pregunta, no tiene sentido alguno que yo lo haga. —Cameron pudo oír cómo su corazón se partía, y se odió por ello—. Es más, no tiene sentido que yo esté aquí. Adiós, Cameron.

Tarde para arrepentimientos, su estúpida inocencia y su temor infundado lograban aquello que las mentiras no habían podido lograr, alejar al hombre que amaba.

Lo vio marcharse, llevándose consigo los vestigios de un amor que parecía condenado a la muerte por la debilidad de su carácter.

—¿Me culpas por culparte, Sean?

Consiguió el efecto deseado, lo detuvo.

—No, te culpo por haber permitido que te separaran de mí —dijo eso sin voltearse hacia ella. El dolor del adiós batallaba contra la furia que le hervía la sangre.

—Mi... mi padre —titubeó. Se oía y deseaba abofetearse. Así de idiota se sentía.

La furia le ganó a la intención de despedida, Sean volvió sobre sus pasos.

La enfrentó.

—¡No, Cameron, no utilices a tu padre como excusa, si de verdad hubieses deseado hablar conmigo, lo hubieras hecho! —Estaba en lo cierto, no había lugar alguno para justificaciones de ese estilo—. Esto que somos, que fuimos... —El pesar hizo vibrar a su garganta— existió por que los dos lo quisimos; de una u otra manera, a pesar de la distancia, yo encontraba la forma de llegar a ti y tú, a mí. —Ejercía su derecho de reclamo, y ella no se opondría. Él también debía drenar su herida, de lo contrario, no saldrían vivos de esa relación—. ¡Maldición, Cameron, era tan solo cuestión de un mensaje, de una carta, lo que sea... pero no, te subiste a un condenado barco sin siquiera despedirte!

No, ella no era la única que sufría, la única que se había entregado en cuerpo y alma. Ella había dicho «te amo», él no, porque no era necesario, Sean Walsh llevaba su amor a la acción, actuaba en función del sentimiento. Tenía tanto que aprender... tanto.

Temía perderlo, y por fin tenía las agallas para reconocer eso y más. Se abrazó a su cuello con desesperación porque todavía se sentía incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo siento —murmuró en su oído—. Lo siento, Sean. —Debió contenerse para no estallar en lágrimas.

Él no le correspondió el abrazo, se mantuvo firme, dentro de él se estaba llevando a cabo una lucha cruel y despiadada. Cameron era su debilidad, y poseía la capacidad de destruirlo por completo.

—¿Qué sientes? Quiero que lo digas —La separó de él —, y quiero que me lo digas mirándome a los ojos.

La luna, dispuesta a ser un espectador más de ese testimonio, brilló con más intensidad. La oscuridad ya no era ni su cómplice ni su refugio. Hizo lo que él le pidió, al fin de cuentas, era lo que su corazón la forzaba a hacer. Las miradas de ambos se encontraron, se amaron en silencio, porque todavía no les era permitido amarse de otra manera, los cuerpos estaban condenados al exilio.

—Siento haber tomado el camino equivocado —No iba a ser la Cameron Madison que le habían enseñado a ser. Sería la mujer que había descubierto que era gracias a él—, un camino que me llevó a dudar de ti, de tus sentimientos...

peor aún, un camino que me llevó a dudar del amor que siento aquí. —Apoyó la mano sobre su pecho, el corazón le latía con fuerza, y requería de ella. Necesitaba de toda la fuerza posible para reconocer su error—. Fui tonta, fui débil... fui todo eso que no debí ser. Y lo siento, Sean; pero no por ti, sino por mí. Tuviste que atravesar el océano para que yo pudiera ver aquello que siempre supe...

—Estaba muerta cuando llegué a su habitación —la interrumpió, el escudo que lo retraía caía a sus pies—. Yo no la maté.

—Lo sé. —Siempre lo había sabido, solo que había decidido enterrarlo en la profundidad de su consciencia. Llegaría el día en el que indagaría en ese porqué, pero no sería ahora—. Esa noche fui en tu búsqueda, necesitaba oír noticias tuyas... —Le era difícil recordar el asunto, los anhelos hechos trizas retumbaban como ecos macabros dentro de ella—. Noticias tuyas sobre...

—Noticias sobre el pedido de tu mano —completó él al darse cuenta de que esa parecía ser una espina imposible de digerir para ella—. Un pedido que tu padre rechazó sin la más mínima consideración —agregó, era fundamental que ella supiera que él había cumplido con su palabra.

—Debería de sorprenderme, pero no lo hace.

Los dos habían esperado eso como primer resultado, por eso habían urdido los planes necesarios para lograr lo deseado. Lo ocurrido aquella noche bifurcó esos planes.

—A mí tampoco, pero lo que sí me sorprendió fue lo que sucedió después.

Hicieron a un lado el dolor para poner en el pedestal de la observación a las escenas vividas de manera individual.

—¿Te refieres a la muerte de Nala? —Cameron tenía piezas de un rompecabezas diferente al de Sean.

—No, antes. Estaba enfurecido por la negativa de tu padre, así que fui por una bocanada de aire fresco para tranquilizar mis pensamientos. Cuando regresé a la habitación, me encontré con una nota firmada en tu nombre.

—¿Una nota? ¡Yo no te envíe ninguna nota! —Estaba indignada. ¿Quién

haría tal cosa?

—Ya lo sé, Cameron. Creo que después de un año de intercambio de correspondencia me encuentro capacitado para reconocer tu letra. ¿No lo crees? —Una gota de sarcasmo endulzó sus labios y con justo motivo—. Además, tú y yo estábamos en esa instancia de relación e intimidad en donde las notas ya no tenían sentido.

—Es cierto, de hecho, mi intención de esa noche era ir a tu habitación.

—También la mía, pero decidí seguir el juego de esa nota. Si alguien sabía de lo nuestro quería ponerle un rostro y un nombre. —La ansiedad en los ojos de Cameron le indicó la predisposición a oír su relato, continuó—: En el mensaje me pedías que nos encontráramos en los establos. —Ella detestaba los establos, solían azotar a los esclavos ahí, no fue necesario aclararlo, él lo sabía. La indignación en el rostro de Cameron mutó a cautelosa intriga—. Imagínate que eso despertó aún más el interés en mí...

—¿Y por qué tomaste ese rumbo en la casa para ir hasta los establos? —Lo interrumpió, era apremiante para ella llegar al desenlace.

—¿Recuerdas la anterior vez que estuve en *White Valley*? —La ayudó a recordar—. Había adquirido dos sementales y pedí permiso para alojarlos en...

—Sí, y uno de ellos, al intentar escapar, se lastimó una de sus patas. —El episodio se recapitulaba en su mente con claridad, no requería de todos los detalles.

—Y cuando salí para chequear su estado tú me dijiste...

—La forma más rápida de llegar a los establos es por la salida contigua a la cocina —finalizó la oración.

—Y esa salida coincidía con las habitaciones de los esclavos domésticos... Tú lo sabes, yo lo sé, y por lo visto, alguien más lo sabía.

«Alguien más». Por supuesto que alguien más. Los puntos se unían, lentamente y hacia atrás.

—Nala tenía un amorío.

—Me lo imaginé. —El costoso brazalete era el indicador de eso.

—Un amorío con un hombre blanco, un socio de mi padre, presente esa noche —escupió la información deseosa de conseguir más piezas.

—¿Un socio? —Walsh también junto las nuevas piezas, y la última no le gustó en lo absoluto— ¿Dime que no creíste que ese hombre era yo? —La no respuesta fue su condena. La furia regresaba a Sean— ¡Por todos los cielos, Cameron! —Giró sobre sí, se alejó unos pasos, luego volvió a acercarse a ella. Estaba tan furioso que no podía hablar, los labios se le tensaban.

—Sean, enójate conmigo luego, ¿quieres? —Por una vez estaban en el camino correcto, la búsqueda de la verdad y su consecuente justicia. Justicia para Nala.

—¿Cuándo? —Su bello sarcasmo salía a flote de nuevo.

—No lo sé... tienes todo el resto de nuestras vidas para hacerlo, elige.

Estaba satisfecho con esa respuesta, la posibilidad de un futuro juntos no se había extinguido, esa llama de deseo se mantenía firme y flameante.

—Lo haré, eso dalo por hecho. —Hizo un pausa para observarla, quería besarla ¡Dios, cómo quería besarla!—. Continúa por favor...

—A modo de promesa de compromiso, su amante le obsequió un brazalete, ese que tú tomaste.

—Lo tomé para rastrear su origen, una joya de ese estilo es de diseño exclusivo.

Un detalle que a ella se le había escapado. Por supuesto que era un diseño único, su origen delataría al comprador. Encontrar al maestro orfebre de ese brazalete significaba hallar al asesino de Nala.

—¡Sean! —balbuceó, perdida en sus pensamientos.

—¿Qué?

—Estaba embarazada... Nala estaba embarazada e iba a comunicárselo a él

esa misma noche.

—Y esa misma noche la silenciaron —finalizó él.

La puesta en escena había sido perfecta. La espectadora deseada hizo su parte, vio algo que no fue, puso en juego sus sentimientos y se dejó engañar. La espectadora deseada era una gran imbécil.

—¡Cameron! —Un grito cercano los puso en alerta y cortó el resto de la explicación de Walsh, él había reducido la lista de sospechosos a dos gracias a la joya.

—Es mi tía Eleanor —susurró la muchacha al reconocer la voz—. ¿Cómo demonios llegó hasta aquí?

—Cameron... —Walsh se permitió sonreír, llevaba meses sin hacerlo.

—¿Qué?

—Has dicho «demonios». —Se merecían un segundo, tan solo un segundo siendo ellos.

—Lo sé, en mi defensa debo de decir que, para compensar tu ausencia, he entablado amistad con un par de jóvenes americanas que me empujan a romper mis propias reglas. Ya conociste a una de ellas.

—¡Cameron! —La voz de Eleanor se acercaba cada vez más.

—¿Señorita Cleveland?

—Esa misma. —No querían separarse, despedirse. Querían quedarse ahí hasta el fin de sus días.

—Me agrada.

—Pues espera a conocer a las otras, van a agradarte más.

—¡Cameron! —Eleanor no iba a ceder.

—Márchate... escóndete. Que no te vea. —Le indicó cuando la presencia de su tía parecía inminente.

—No, Cameron, me quedo contigo. —No quería un nuevo círculo vicioso de mentiras y suposiciones entre ellos—. Yo no tengo nada que esconder.

—Pero mi padre sí, está al tanto de la existencia del brazalete, y sabe que tú lo tienes. —Tomó el rostro de Sean entre sus manos, guio sus ojos a los de él. La confianza y el amor alzaba un nuevo puente entre ellos—. Le pidió a mi tía que me mantuviera alejada de ti, y la conozco, llevará esa orden como sea. Si te vuelve a sentir como un obstáculo, va a subirme a otro barco, uno con destino...

—Con destino a Las Indias. —Con eso se refería a Charles Hobart. Los celos volvían a dominarlo.

—Exacto.

—No voy a permitir que te alejen de mí, no una segunda vez.

—Entonces, márchate... hazlo. Necesitamos de la verdad, Sean, la verdad hará descansar en paz a Nala y nos permitirá ser libres.

Fue convincente como nunca antes lo había sido, y el pecho de Sean se hinchó fruto del orgullo. Había cruzado el océano en busca de la mujer que amaba y, finalmente, la encontraba.

—¡Cameron!

Un beso robado, solo eso tuvieron. Sean se perdió entre los árboles, y Cameron se ubicó de nuevo en la barandilla del puente. Los pasos de Eleanor retumbaron sobre la madera.

—¿Con qué aquí estás? ¿Estás sorda? —El malhumor de Eleanor inquietó hasta a los peces—. Llevo minutos gritando tu nombre.

—Sí, te oí.

—¿Y por qué no respondiste?

—Porque no tengo deseos de despertar a todo Sameville. —Suficiente, la indirecta podía ser interpretada.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —demandó en un furioso susurro. Rogaba

que sus gritos no hubiesen molestado a Lord y Lady Thomson. ¡Qué vergüenza!

—Salí a disfrutar de la brisa nocturna, le sienta bien a mi malestar estomacal. ¿Cuál es tu excusa, tía?

—Te vi desde mi ventana. Malestar o no, estas no son horas para que una señorita salga de aventuras. Además, no me mientas, ¿con quién estabas?

Cuando de Eleanor se trataba, Cameron había desarrollado la maravillosa habilidad del engaño. Mentira tras mentira, con su tía era sencillo, es más, ni siquiera sentía culpa alguna de hacerlo.

Estiró su cuello por sobre la barandilla y con la vista sobre la laguna, comenzó a contar.

—Con siete... ocho, no, nueve peces... y tres patos. Pero ellos no cuentan, a pesar de tus gritos, creo que están dormidos.

Eleanor jamás le había levantado la mano, y no pensaba hacerlo, elegía otro tipo de violencia, el desamor. Fue hasta ella para gruñirle al oído, solo así podría descargar la furia.

—¡Maldita mentirosa! Oí voces, ¿con quién hablabas?

Cameron sonrió, se deleitaba por adelantado de la dosis de enfado que conseguiría con su respuesta.

—Con la luna, tía, con quién más.

—¡Me tomas por idiota!

—No, te tomo por una Madison —dijo decidida a emprender el camino de regreso a la casa—. La abuela Henrietta decía que la única amistad verdadera que las mujeres teníamos era la luna, a ella podíamos contárselo todo.

Dio en el blanco, el desamor nace fruto del desamor, Eleanor tenía un gran vacío en ella, uno que Henrietta Claxson había dejado. Saberse excluida de la vida de la mujer siempre le dolía.

—Nunca me lo dijo, como nunca me dijo tantas otras cosas. Como siempre,

madre solo velaba por el interés de su querido niño: ¡Arnold esto, Arnold aquello!

Así ingresaron a la residencia Thomson, acompañadas por la amarga canción de los reproches de su tía. La estrategia siempre funcionaba.

Regresó a la recámara con la escolta a su lado, Eleanor no se marchó hasta que no la vio meterse en la cama. De seguro, se quedaría del otro lado de la puerta hasta comprobar que estuviese dormida, la presencia de Sean Walsh despertaba al sabueso dentro de ella.

Cameron cerró los ojos y, en cuestión de segundos, nadó dentro del profundo mar del sueño abrazada a su vientre. Los primeros pasos hacia la verdad le restablecieron la calma perdida, y lo que era más importante, le devolvieron al hombre que amaba.

## Capítulo 8

Sean y Cameron tenían demasiados asuntos que tratar y ninguna ocasión de hacerlo. Eleanor no le había creído ni una palabra a su sobrina sobre la escapada de esa noche, no podía ser casualidad que la reaparición del señor Walsh trajera consigo el regreso del carácter desafiante de Cameron y sus comentarios poco apropiados.

Para desgracia de la pareja, tía Eleanor tenía una imprevista aliada: Lady Thomson. Si bien la mujer de Virginia no simpatizaba del capitán Hobart, lo consideraba un mejor partido para su sobrina que el empresario americano. Sobre todo, porque su origen británico entraba en uno de los tantos requisitos de Arnold. Charles no era un noble, pero sí tenía en su poder la capacidad de mantener a Cameron lejos de América.

Entre ambas matronas conseguían que la muchacha estuviera siempre emparejada con Hobart, mientras que Walsh estaba relegado a la compañía de Vanessa. Por fortuna para el empresario, la joven bostoniana no parecía mostrar ni el más mínimo interés en él de manera romántica, aunque no desperdiciaba la oportunidad de indagar en lo sucedido ese enero y lo atosigaba con teorías conspirativas cada vez más descabelladas.

Cualquier posibilidad de un encuentro tranquilo para terminar de hilar lo sucedido y reemprender los planes a futuro fue dinamitada con la llegada del fin de semana y del periódico de Londres que anunciaba que la niebla no se disiparía hasta que no cambiara el viento.

Lord Thomson, que no tenía intención de perder la conveniencia de negocios que le daba la temporada londinense, optó por reagrupar a todos los lores de importancia bajo su techo y convertir aquel escape en el evento del momento. A sus deseos se le sumó un aliciente, la reciente pareja de Miranda Clark y Elliot Spencer, lord y lady Escándalo. Lord Bridport, preocupado por la salud de su esposa luego del infortunio vivido, consideró que exponerla al smog sería perjudicial y la arrastró lejos de la gran ciudad.

Lord Sutcliff con toda su familia, los Grant, sir Johnson y otros varios miembros respetables se sumaron a la procesión, rompiendo la necesaria armonía de Cameron.

—¿Aún no se lo has dicho? —inquirió Vanessa, como cada tarde. Las jóvenes habían desarrollado una dinámica que les funcionaba y conseguía intimidad. Desarrollaban ellas mismas las tareas de doncellas siempre que les fuera posible. Cameron tensó el moño en el oscuro y lacio cabello de la señorita Cleveland a modo de respuesta.

—¿Cuándo pretendes que se lo diga? No hemos podido conversar ni una vez, mi tía por poco monta guardia en la puerta.

—Siempre puedes optar por la ventana.

—Espero que tu apreciación sea una metáfora, porque, por si no lo notaste, estamos a más de cuatro metros del suelo.

—Excusas, excusas... solo escucho excusas. Igual que el señor Walsh. ¿Te ha dicho si investigó la joya? —indagó y se volteó de manera brusca. La mueca de dolor por el tirón en sus cabellos fue merecida en esa ocasión.

—¿Qué parte de no he podido hablar con él no te quedó clara? A decir verdad, con el tiempo que ustedes pasan juntos, podrían resolver el caso —masculló Cameron y sus mejillas ardieron producto de los celos. Las carcajadas de Vanessa alivianaron el malestar.

—Deja de enfurecer, o harás que ese niño nazca con el ceño fruncido. Tu señor Walsh no confía en nadie, no compartiría jamás conmigo esa información. Créeme, lo he intentado.

—Niña, será una niña.

—Pobre de ella. Pero la respuesta a nuestras plegarias viene en camino...

—¡Vanessa! —la reprendió—, si no te quedas quieta tendré que llamar a la doncella. Es la tercera vez que intento trenzar el cabello. Lo tienes demasiado lacio y pesado como para que le sumes el ir y venir de tu cabeza. Ahora, explica lo de mis plegarias.

—Lady Bridport, por supuesto. —Vanessa disfrutaba de darle un tono irónico al «Lady», y lo exageraba en presencia de los demás lores, para recordarles que esa americana de modales algo bruscos llevaría en un futuro un ducado inglés en sus espaldas.

—¿Y cómo nos ayudará Miranda?

—Pues... es una matrona ahora. Una respetada señora casada que no dejará que las inocentes señoritas se metan en problemas. Además, su título es hasta de más importancia que el de Lady Thomson, conseguiremos que Mariana cambie de parecer con el capitán —agregó, satisfecha.

Cameron guardó silencio, presa de una repentina tristeza. Consiguió terminar con el peinado de Vanessa y cambiaron el sitio. La ausencia de doncella tenía otro fin además del de hablar con tranquilidad, ocultar el estado de la señorita Madison. La joven bostoniana se aseguraba de ser gentil con el corsé y de atender los malestares matutinos, de modo que nadie la descubriera hasta que ella pudiera darle las buenas nuevas al señor Walsh.

—Tu cabello es tan dócil —comentó la señorita Cleveland con un gesto de desagrado ante la imagen que le devolvía el espejo—, el mío pesa tanto que no hay noche que no termine con migraña.

—Tus migrañas son por lo que tu cabeza lleva en el interior, no en el exterior. Deja de acusar a tu imagen, Vanessa. —La reprimenda fue cariñosa, Cameron comenzaba a mimetizarse con su amiga y su gusto por las bofetadas mentales. Había descubierto tras sus conversaciones, que a la bostoniana le molestaba ser atractiva, llamar la atención de los hombres que quedaban prendados de su imagen. Por eso parecía dispuesta a espantarlos con una exposición de defectos de carácter. Soberbia, cinismo y un constante mal humor.

—Pues en este momento, es compartido. Dime el porqué de tu tristeza al hablar del capitán. No será tu esposo, nos aseguraremos de eso.

—Es... no quiero ser su esposa, amo a Sean.

—Vaya novedad... —murmuró la señorita Cleveland.

—Solo lamento lo sucedido con su esposa, es un buen hombre, Vanessa, merece ser feliz.

—Sin duda, lo merece ¿y? bienvenida a la realidad, señorita Madison, no todos reciben lo que merecen en esta vida.

—Ya debías mostrar esa cara, prefiero a la otra Vanessa, la de las teorías conspirativas.

—Lo siento, Cameron, ambas Vanessas son la misma persona. ¿Lo ves? Todo no se puede, ser mi amiga implica soportarme en todas mis versiones. Tener a tu señor Walsh significa que el capitán Hobart se quedará sin esposa una temporada más.

Al finalizar, bajaron camino a la terraza, donde las matronas se entretenían conversando antes de la cena o supervisando los jardines y a las parejas que allí paseaban. El señor Walsh era retenido por Lord Thomson, quien estaba ansioso por invertir en la empresa ferroviaria que el hombre de Chicago dirigía. Se trataba de una sociedad que enlazaba británicos, irlandeses y americanos en pos de unir el creciente territorio de los Estados Unidos a fuerza de rieles. El vizconde, astuto para los negocios, había caído en cuenta de que Sean Walsh había mostrado un falso interés, que las razones que lo llevaron a Londres nada tenían que ver con el dinero. No obstante, estaba dispuesto a volver esa falsedad una verdad, y conseguiría salirse con la suya. Con ese fin le había pedido a Lady Mariana que incluyera en la fiesta de campo a cuanto americano influyente encontrase en Gran Bretaña. Los Grant; Lord Bridport que comenzaba a tratar con los Clark, y James Seward, que se comentaba sería candidato a presidente por los demócratas, recibirían un trato preferencial en la casa Sameville. La llegada de este último al viejo continente había sido el golpe de suerte del vizconde, pues tenía conocimiento de tratos en el pasado con el señor Walsh.

Mientras Lord Thomson acaparaba la atención del señor Walsh, Lady Thomson empujaba a Cameron en brazos del capitán Hobart. La señorita Madison volvió la vista en busca de Sean, para transmitirle una dosis de seguridad antes de perderse por los jardines en compañía de otro hombre. Lo que halló, en cambio, fue el fuego de una pasión y unos celos que no habían remitido con el tiempo distanciados.

Hobart no era necio, la tensión entre Walsh y Cameron se palpaba en el ambiente, y las intenciones de la señorita Cleveland de evidenciarlos le permitían hacerse una idea clara de lo que sucedía allí.

—¿Se encuentra mejor del malestar, señorita Madison? —preguntó al tiempo que tomaban un sendero visible, camino al lago artificial.

—Sí, muchas gracias. —La elocuencia de Cameron en conversaciones pasadas parecía haberse disipado, su estado de ansiedad con dosis de enamoramiento enterneció a Charles. Le recordaba a otra muchacha enamorada, a otro joven dispuesto a todo, a otra historia...

Su vida con Camile le permitía creer en lo que tenía frente a sus ojos, en ese sentimiento tan abrumador que quita la razón. Por ese mismo motivo, porque sabía lo irracional que podían ser dos enamorados, era que no se había hecho a un lado. Temía por la inocencia de la joven americana, la metáfora de crecer en algodones le volvía una y otra vez a la mente.

—Cameron, querida —La detuvo en el centro del puente. Las miradas de Eleanor y Lady Thomson estaban fijas en ellos, y la señorita Madison pensó que se desmayaría. Las intenciones de Charles parecían obvias, y ella no deseaba romper ningún corazón. Por fortuna, las palabras de Hobart fueron otras—: en este momento creo que necesitas un amigo más que un pretendiente. Déjame ser ese amigo.

El rumbo de la conversación la tomó desprevenida. Había sido educada para ocultar cualquier sentimiento, idea o pensamiento; tan efectiva había sido esa educación, que hasta a la incisiva Vanessa le había costado descubrir a la verdadera Cameron. Solo Sean fue capaz de atravesar esas capas y muros, y entendía lo que Charles Hobart le pedía al ofrecer su amistad. Ese hombre maduro, sabio, le proporcionaba un nuevo lugar seguro donde ser ella misma.

—Gracias, capitán. Tiene usted razón —agregó con la vista anegada—, realmente necesito amigos sinceros.

—Y aliados —bromeó él—, no podemos dejar todo en manos de la señorita Cleveland, temo que es demasiado peligrosa.

Las risas de ellos sonaron al unísono, alegrando los oídos de Lady Thomson.

—Me temo que romperé un corazón de una u otra manera —musitó Cameron al saber que las ilusiones de Mariana se irían a pique.

—Yo me encargaré de hablar con ella, de explicarle que es lo mejor para mí.

Pero lo haré luego, cuando tenga la certeza de que también es lo mejor para ti. — La preocupación de Charles caló hondo en el corazón de la señorita Madison.

—Ya no tengo dudas sobre eso —explicó, y buscó las terrazas para hallar a Sean. Hobart se preocupó al notar la expresión ceñuda del empresario americano, los ojos chispeantes de celos. El hombre había presenciado la escena sin oír las palabras, y asumía lo mismo que Lady Thomson. La tranquilidad con la que Cameron recibía los embistes del carácter pasional de su amado le transmitía algo de serenidad, aunque no por completo.

—Pero las tuvo... —Con esas palabras logró robar la atención de la señorita Madison e indagar en los motivos que la había llevado hasta allí.

—Fue un malentendido. —Cameron suspiró con pesar y retomaron la caminata. En honor a la reciente amistad y a la franqueza con la que el hombre se había expresado, la joven virginiana se explayó un poco en los detalles del crimen de Nala y las suposiciones erróneas.

Charles, con una agilidad mental encomendable, propias de un hombre que conocía de intrigas políticas, intereses económicos y aberraciones a los humanos, comenzó con el ejercicio de entrelazar la historia del mismo modo que había hecho Vanessa. Ahora comprendía el cruce verbal que la joven había generado en la mesa, y lo de tener enemigos necios. Sus instintos nunca fallaban, y en esos momentos tenía la confirmación de esa extraña picazón en la nuca cuando estaba con Cameron, esa imperiosa necesidad de protección que solo Camile había despertado en el pasado. Solo que, con los hechos ante sí, entendía que no era de Sean Walsh de quien debía ser resguardada. Quizá, y hasta se atrevió a sonreír, era el empresario quien debía ser protegido de los encantos de la señorita Madison y de la asombrosa capacidad que tenía para empujarlo a la estupidez de los enamorados.

Regresaron a las terrazas justo cuando las campanas sonaban advirtiendo la cena. Por esa noche, jugaría un poco más el papel de hombre cortejando. Cameron podía no ser la mujer destinada a ocupar su corazón, pero sí había conseguido con sus intrigas despertarlo del letargo en el que estaba desde la muerte de su esposa e hija, y solo por eso, la joven contaría por siempre con su cariño.

La última cena antes de la apertura de Sameville a una horda de invitados fue relajada para casi todos exceptuando a Sean y Cameron... y tía Eleanor, por supuesto. La mujer, siempre solícita a los cambios propuestos por Lady Thomson, ahora se negaba de rotundo a alejarse de su sobrina, y hasta había solicitado compartir habitación con ella.

—Oh, querida, sería un incordio reacomodar todo. Estoy segura de que la señorita Cleveland es una excelente compañía para Cameron. Sir Johnson se sentiría muy insultado si se enterase de que no estás de acuerdo con ello. —Con esas pocas palabras, Mariana logró imponerse ante Eleanor. En cambio, poco podía hacer para evitar que la mujer siguiera a Cameron por toda la casa a todas horas. A punto tal, que a Lady Thomson la carcomían los nervios por no saber si su gran amigo Charles había hecho una propuesta oficial.

Sean estaba irritable, ya no le bastaban las miradas a la distancia ni los gestos cómplices. Habían pasado por esa instancia en el pasado, en el verano de Virginia, y lo habían dejado atrás después de varias noches juntos. En esos momentos, en que la frágil relación volvía a su cauce, retomar en un punto tan lejano era un desperdicio de tiempo y energía. Él quería hacer a Cameron su esposa, poner fin a la tortura de la distancia, y arreglar el resto de los asuntos después, cuando supiera que nadie podía arrebatársela. Ni siquiera el tan adorado capitán Charles Hobart.

Tras una cena infructuosa, en la que se contentó con la conversación de Vanessa sobre la economía americana, dejó el coñac, los puros y los insistentes negocios del anfitrión a un lado, y se perdió por los serpenteantes caminos de los jardines de Sameville.

Necesitaba pensar, necesitaba a Cameron. Y ambas necesidades eran excluyentes. La ausencia de la señorita Madison a su lado le impedía el uso de sus facultades intelectuales. Al parecer, a la misma conclusión había llegado Charles Hobart.

—Señor Walsh —irrumpió el capitán en los pensamientos del empresario—, me permite acompañarlo en el paseo.

Negarse sería una completa falta de respeto, por lo que asintió en silencio y continuó con su paso. A Charles le divirtió en parte el andar enérgico, el porte casi leonino de Sean y esa furia que emanaba de cada poro a modo de desafío.

Cameron y Walsh eran, como siempre sucedía, los únicos en no darse cuenta de los sentimientos del otro. Una ingenuidad que en la joven de Virginia lo enternecía, pero que un hombre como Sean no podía darse el gusto de tener.

—¿Sabe? Hoy he hablado con la señorita Madison sobre el curso de nuestra relación —comentó Charles al pasar, atento a la reacción de su compañero. La tensión en la mandíbula y un silencio hosco fue la respuesta esperada. Sean evaluaba a su contrincante, como un buen hombre de negocios. No exponía sus reales intenciones, aunque para el capitán fuera en vano ocultarlas.

—Supongo que ha de esperar la aprobación de Arnold Madison, o quizá alguien a quien le haya dado el poder de gestionar por su hija. —La risa de Hobart poco tenía de humor.

—Señor Walsh, asumir es la madre de todos los errores. —Sean se detuvo de manera intempestiva, dispuesto a enfrentar al hombre que quería quitarle a Cameron. Ciego, se distanciaba de las estrategias, los pensamientos. Si fuera un animal salvaje, se podía decir que descubriría su yugular, que, de tratarse de otro enemigo, sería hombre muerto.

—Capitán Hobart, no tengo nada personal en contra de usted, y mi respeto hacia Lord Thomson se extiende hasta su persona, sin embargo, permítame decirle que he enfrentado a hombres más poderosos, mejor relacionados, y hasta me atrevería a agregar, más peligrosos que usted por la señorita Madison. Si cree que me amedrenta, se equivoca. —Con esa declaración, emprendió de nuevo la marcha, esperando dejar a Charles atrás.

—No soy competencia, señor Walsh, y que todavía dude de eso es lo que me trae aquí esta noche. ¿Por qué ha pensado por un instante que pudiera recibir de la señorita Madison algo distinto que un no? —Sean no tuvo respuesta a esa pregunta. Los celos, la desconfianza, lo carcomía por completo—. Soy un hombre sensato —prosiguió Hobart, cuando comprobó que tenía la total atención de Walsh—, por ese motivo, le ofrecí mi amistad y solo mi amistad. Por fortuna para la señorita Madison, tiene grandes amigos y una capacidad pasmosa de hacer nuevas amistades, como, por ejemplo, la señorita Cleveland.

A su pesar, parte de la furia remitió y le permitió atisbar un inicio de sonrisa. Vanessa podía ponerle los pelos de punta, pero también había conseguido que Cameron dijera «demonios» en una conversación. Solo por eso se merecía su

respeto.

—La señorita Cleveland tiene una forma muy peculiar de mostrar su amistad —comentó Sean, con cierto alivio.

—Peculiar y necesaria. Y debido a que la señorita Madison cuenta con ella, es que me ha llevado a preguntar ¿con quién cuenta usted? —Dejó que la retórica pregunta resonara en la noche por unos segundos. Sabía que Walsh la entendería, que lo que él venía a ofrecerle esa noche era lo mismo que Vanessa había hecho por Cameron, abofetearlo hasta que pudiera ver más allá de la niebla de sentimientos.

Avanzaron en silencio hasta que llegaron a una de las fuentes que invitaba al retorno. Charles se detuvo y alzó la vista al cielo, las nubes se abrían en la noche y dejaban ver parte del firmamento.

—Es una buena noche para encontrar el camino, señor Walsh. Cuando la brújula se rompe, solo basta con mirar las estrellas. Siempre hay algo que nos indica la dirección, lo importante es no olvidar de dónde vinimos y adónde queremos llegar. Buenas noches.

—Buenas noches, capitán —lo saludó Sean y lo vio marchar. Una vez a solas, miró hacia arriba y buscó las pocas constelaciones que conocía. La astronomía no era su fuerte, como tampoco lo eran los sentimientos, pero esa noche estaba dispuesto a abrirse a ambos.

Uno de los bancos de hierro se encontraba junto al camino, dispuesto para disfrutar del paisaje que generaba la fuente con querubines enfrentada a la majestuosa fachada de Sameville. Desde allí, se podía apreciar el dibujo que hacían en el suelo los senderos, los setos y demás plantas. Se dejó caer con liviandad, Charles Hobart le había quitado un gran peso al confirmarle que no sería competencia por el corazón de Cameron. Una vez libre de ese malestar, se permitió cavilar sobre el resto de las cosas expuestas por el capitán. Entre ellas, que había dado por sentado que la señorita Madison podía estar interesada en otro hombre, incluso después de todo lo vivido, lo dicho y lo compartido. Los celos y la desconfianza eran una muestra de debilidad de carácter, algo que jamás se había permitido en el pasado, y que comprendía, era una muestra de estupidez inadmisibles dadas las circunstancias.

Cameron era joven, había crecido alejada del mundo y su maldad. Educada

en una jaula de oro, pero jaula en fin, con el objetivo de que se convirtiera en un instrumento de intercambio para el padre. Él lo sabía, por esa necesidad de liberarla era que habían compartido libros, ideas, momentos, y, al enseñarle a volar, a extender las alas, se llevó consigo el premio mayor, el corazón de la muchacha. Se había enamorado del potencial de Cameron, de lo que él sabía que albergaba más allá de la fachada. Las eventualidades la habían empujado muy pronto fuera del nido, mucho antes de que fuera capaz de conseguirlo sola, y él la había juzgado por los errores cometidos en ese primer vuelo.

¿Por qué dejarla caer? Y allí tenía la primera de las respuestas que necesitaba para entender, y más que eso, para perdonar. La habían dejado caer porque de ese modo, lastimada, herida, magullada, Cameron volvería a pedir por la jaula. Cambiaría el cielo por la seguridad, y él había sido cómplice de eso.

—Soy un maldito idiota —masculló en la soledad del jardín. Su orgullo, sus miedos habían pesado mucho más que la inocencia de Cameron, y lo habían catapultado a esa búsqueda de ella, pero llevando consigo los errores que los separaron en el pasado. Si no lo entendía, estaría condenado al fracaso, y la señorita Madison valía todo el esfuerzo que requería una empresa exitosa.

Lo que importaba esa noche, en la que todavía no podía romper las barreras para llegar a ella, era hacer una autopsia a lo pasado entre ellos, a lo vivido antes del asesinato de Nala, para que no existiera tormenta capaz de separarlos. Debía buscar la razón de ese fuego en el que ardía cada vez que recordaba lo sucedido.

Las palabras del capitán se colaron en su agarrotado cerebro. *¿Con quién cuenta usted?* Con nadie, esa era la realidad, nunca había contado con nadie, ni había permitido que eso sucediera hasta Cameron. Desde que era un niño que escapaba de las palizas de su padre y pedía en la calle con tal de no regresar al hogar, desde que tuvo que aprender a leer y escribir con la ayuda de un librero que a cambio lo embutía en una estrecha chimenea para que la limpiara, desde que tuvo que pelearse con todos y cada uno de los ricachones de Massachusetts para que le dieran una plaza en Harvard, y luego le hicieron la vida imposible por no pertenecer...

El primer trabajo de dieciocho horas en una fábrica metalúrgica, la vez que uno que dijo ser su amigo lo estafó en una inversión, el hambre, el frío, el desprecio... todo pasó por su mente en un lapso, recordándole de dónde venía. También le trajo su contrapartida, el éxtasis cuando consiguió la gestión de la

empresa ferroviaria, porque el dueño era irlandés y confiaba en otro irlandés... y luego, Cameron, el verano en Virginia, sus ojos azules, la adoración de ella, su admiración y entrega. Su primer «te amo».

Había trabajado duro para conseguir dinero y un lugar en el mundo de los negocios. Él, más que nadie, se lo merecía, y solía repetírselo cuando le parecía difícil de creer. Ahora que lo pensaba, no había hecho nada para ganarse el corazón de la señorita Madison, solo parecía ser una jugada de la divina providencia. Él, un perdedor de sangre irlandesa, era el dueño del mayor de los tesoros. Esa sensación de irrealidad, de que todo era un sueño... de que no era lo suficientemente bueno para ella, lo había llevado a desconfiar, a celar. Llegó a creer que la desgracia era la decantación natural de esa historia, de un romance que no podía ser.

Y mientras miraba las estrellas, y recordaba de dónde venía, supo adónde quería arribar: al corazón de Cameron. Solo que debía hacerlo como había conseguido todo en esa vida, mereciéndoselo. Le otorgaría la confianza que no había puesto en nadie antes, la fe ciega, su propio corazón. Le recordaría que valía la pena volar, pese a los golpes y rasguños, que siempre sería mejor que una jaula. Se ganaría a su mujer.

Con determinación, regresó sobre sus pasos. Ya era medianoche y solo algunas farolas estaban prendidas. Entre sus sombras, reconoció la que anhelaba. Cameron estaba allí, en la terraza que daba a los jardines.

—Sean —susurró y se rodeó con un pesado chal. Debajo se adivinaba el vestido de día de cierre frontal que llevaba sin corsé.

—¿Qué haces aquí?

—No podía dormir, y esperaba que tú... —Los pasos de Eleanor irrumpieron en la quietud de la noche. No eran capaces de verla, pero sabían que era ella. Parecía tener la habilidad de adelantarse a cada una de las escapadas de su sobrina, Vanessa tenía la teoría de que le pagaba algunos peniques extras a los sirvientes para que le informaran los movimientos.

—Yo tampoco podía dormir, tenemos demasiado de qué hablar, Cameron. — Pero en lugar de ahondar en explicaciones, se fundieron en un beso. Sus corazones latían tan acelerados como los pasos de Eleanor en el corredor.

—Mañana... mañana conseguiré el modo, estoy segura de que Lady Bridport podrá ayudarme.

—Tus nuevas amigas —murmuró con una sonrisa de blancos dientes. Luego le robó un efímero beso antes de saltar el muro de la terraza y refugiarse entre los setos.

—¡Cameron! ¿Qué haces aquí? ¡Por Dios, si tu padre se entera de que se te ha dado por andar en la noche, sin compañía!

—¡Oh, si se entera! —exageró Cameron—. Lo más probable es que me castigue, no sé, enviándome al otro lado del mundo.

—Ve ya a tu habitación —exigió la mujer, y la señorita Madison se perdió en el corredor para no soportar las irritables reprimendas. Eleanor aguardó a estar a solas para escrutar la noche. No había vestigios de Sean, aunque ella estaba segura de su presencia—. Señor Walsh, por lo visto no comprendió la primera vez, por lo que lo repetiré como un amistoso recordatorio. Manténgase lejos de Cameron —y con esa advertencia dejó la terraza.

Sean no tenía intenciones de acatar, nada podría interponerse de ahora en más. Ni siquiera el pasado, ni siquiera el hombre que llegó a la mañana siguiente: James Seward.

## Capítulo 9

Para la nobleza británica, un americano con dinero y cargos políticos no dejaba de ser lo que era, un americano más, ni siquiera sus aspiraciones a la presidencia le otorgaba el privilegio de ser el centro de atención. James Seward no fue más que una breve noticia, y, en un simple parpadeo, fue relegado a un papel secundario. Para su desgracia, los vientos que le habían sentado a favor ni bien puso un pie en las tierras Sameville cambiaron para jugarle en contra. La élite londinense que gozaba del evento Thomson parecía tener deseos de equilibrar la balanza: si jovencitas americanas adineradas viajaban al otro lado del mundo para conseguir esposos con títulos de nobleza, era justo que las jovencitas londinenses sin mucho éxito social tuviesen las mismas oportunidades con los empresarios americanos. Con tan solo dos días en el lugar, Seward se vio obligado a comprender las reglas que tenía que respetar para salir ileso de la situación: mantenerse alejado de las matronas, en especial de la anfitriona que estaba decidida a emparejarlo con la hija de Lord Reed, una muchacha insulsa de unos veinte y tantos de años que apenas levantaba la vista de la falda. Sin más alternativa, toda su actividad se veía reducida a conversaciones de hombres y negocios, algo que detestaba ya que sus secretas intenciones estaban dirigidas a una mujer en particular, la señorita Madison.

Por su parte, Cameron se encontraba día a día con la fortaleza que necesitaba, no solo por la cercanía de Sean, sino por el apoyo que recibía de parte de sus amigas coterráneas que no la abandonaban ni a sol ni a sombra. La presencia de Miranda, Lady Bridport, la futura duquesa de Weymouth, traía consigo el mejor de los beneficios, los momentos a solas, sin una tía Eleanor orbitando a su alrededor. Nadie osaba atravesar los muros de la cofradía que habían construido juntas, los paseos a media mañana, el té de la tarde y las conversaciones eternas les pertenecían.

—Coincido con Walsh. —Vanessa era una especialista en el arte del disimulo, y desde la terraza principal, observaba a James Seward, que practicaba tiro al plato para ejercitar la puntería junto a un par de invitados más, entre ellos,

el mencionado—. No creo que su presencia sea simple casualidad.

—¿Y desde cuando lo llamas «Walsh»? —La curiosidad hizo de lo suyo en Miranda, sobre todo porque a Cameron no parecía importarle la referencia tan amistosa.

—Desde que hago de mensajera de este par de tórtolos. ¿Algún inconveniente, Miranda? —resaltó su nombre.

—Sí, solo uno... para ti soy Lady Bridport. —No lo decía en verdad, solo le seguía el juego a la señorita Cleveland que, en esos días, a pesar de sus formas, se había ganado unos puntos extras de afecto. La bostoniana demostraba de qué clase de madera estaba hecha, una que podía mantener a cualquiera a flote.

—No es casualidad, es negocios. —Emily dejó escapar parte de su análisis, lógico pero superficial.

—¡Por favor, los negocios de los hombres son comparables a nuestros abanicos!

Cameron rio, una vez que te lanzabas al mar Vanessa, comprendías todo: la profundidad, la fuerza de su oleaje, inclusive, te adelantabas al rompimiento de las olas.

Ante la expresión ceñuda de Miranda y Emily, la señorita Cleveland desplegó el abanico y lo agitó con suaves movimientos a la altura del rostro hasta que su boca quedó oculta tras él.

—Los negocios son un escudo, se valen de ellos para hablar de lo que en verdad quieren hablar.

Comprendieron la comparación al instante.

—¿Y de qué quieren hablar? —La intriga le provocó cosquillas a Emily.

—De sus egos... —alegó Vanessa en primera instancia.

—De sus apuestas sin sentido —agregó Miranda; víctima pasada de apuestas, sabía muy bien de lo que hablaba.

—De sus amoríos clandestinos. —Cameron no quiso quedarse atrás, había experimentado una situación similar a la de Miranda con las apuestas. Su padre había estado al tanto de la relación amorosa de uno de sus socios con Nala. Ciertos aspectos del «mundo de los hombres» la asqueaba.

—Y así podemos continuar, ¿necesitas más características de la naturaleza masculina? —Vanessa podía seguir sembrando más desencanto en la joven californiana, pero no tenía deseos de hacerlo, otros asuntos acaparaban su mente.

—No, primero porque no creo que todos los hombres se comporten de esa manera. —Emily rompió su propio molde, en una situación similar se hubiese refugiado en la mudez como sinónimo de triste aceptación—. Segundo, porque me interesa saber tu teoría al respecto... si no son negocios ni simple casualidad, ¿qué es?

—Tienes la pregunta equivocada. No es «qué» es «quién». —Ni bien dijo eso, las tres dirigieron sus rostros a Cameron—. Tu padre pretendía casarte con él, ¿no es así?

—Sí, tú misma lo has dicho, «pretendía». La propuesta nunca fue tal. —Como la de Sean, pensó. El malhumor le frunció el ceño—. Dudo mucho que haya cruzado el océano por mí.

—Porque de haberlo hecho —continuó la joven de Boston, unir las piezas de los rompecabezas ajenos era su deporte favorito—, nos estaríamos encontrando ante un hombre sumamente enamorado. —Por instinto las cuatro giraron el rostro en busca de Sean Walsh—. ¿Señorita Madison, ha estado jugando usted a dos puntas? ¿Ha roto el corazón de James Seward? —Sus miradas volvieron a comulgar entre ellas.

—¡No! ¡Por los cielos que no!

—¿Tal vez él malinterpretó algo? —sugirió Miranda.

—¡Imposible! —El corazón de Cameron se sintió ofendido—. Jamás intercambié más que un par de palabras con él en reuniones sociales. Para mí, el nombre Seward ocupaba el mismo lugar que los otros socios de mi padre. Además, si nuestro enlace se hubiese concretado, hubiese sido por conveniencia, y si de conveniencia se trata...

—Tiene americanas para lanzar al aire —finalizó Emily con suaves notas de broma.

—¡Maravilloso, señorita Grant! Veo que finalmente nuestros pensamientos van por el mismo camino. —Vanessa festejó la participación de la muchacha—. De ser así, si no es amor, es obsesión, y si no es obsesión, es otra cosa.

—Con eso te refieres a ¿qué? —La semilla de la intriga ya había sido sembrada, y Miranda fue la encargada de cosecharla.

—No lo sabemos aún.

—¿Sabemos? —La utilización del plural captó la atención de Cameron.

—Sí, tu señor Walsh y yo... el tal Seward lo inquieta, ya me he dado cuenta. También sé que tiene un par de hipótesis fuertes que, por lo visto, se niega a compartir conmigo. Intuyo que necesita cotejar un par de datos contigo.

—Requiere de mucho más que eso —murmuró Miranda con cierto dejo de picardía. Bastaba verlos para notar la añoranza de sus cuerpos—. Debemos hacer algo al respecto, y debemos hacerlo sin más demoras.

Llevaban tres días ensayando la obra teatral que proyectarían a los demás sin levantar sospechas. El paseo matutino de la vizcondesa con sus amigas era ya una actividad esperada, y Eleanor no hacía apreciación alguna ni se alzaba en contra por un simple acto de mera formalidad. Para llevar a la acción a esos planes, era indispensable una colaboración extra, una igual de influyente y con similar predisposición.

Lord Bridport y Colin Webb se mantenían ajenos a las actividades deportivas del resto de los lores, encontraban más placentero el acto de debatir con el recién llegado Sir Johnson sobre el avance industrial en Londres y sus consecuentes manifestaciones sociales que el de disparar al aire en sí. El único deporte que el vizconde disfrutaba era el de estar atento a las demandas de su esposa, por eso, ni bien fue convocado por ella, estuvo junto a ella sin muchos minutos mediate.

—Dime, cariño ¿te sientes bien? ¿qué necesitas?

Si no lo interrumpía, las preguntas serían infinitas. En el sistema solar Bridport, Miranda era el sol, y Elliot el resto de los planetas. Todo giraba en

torno a ella.

—Que me escuches con atención y me dejes finalizar antes de hablar. —La ansiedad de satisfacción de su esposo hacía imposible una conversación sin interrupciones. La extrema complacencia lo traicionaba—. ¿Está claro? —Él asintió en silencio, sus labios estaban apretujados con fuerza y ella no pudo evitar reír. Las tres muchachas presenciaban la cómplice escena matrimonial con añoranza y deleite. Lord y Lady Escándalo se robaban siempre el rol protagónico, la relación entre ambos era única. Miranda continuó—: Necesito de un hombre que esté dispuesto a ir al rescate de Sean Walsh con cualquier excusa, no importa cuál sea, siempre y cuando logre arrastrado muy lejos de aquellos hombres —dijo señalando con disimulo el sector del jardín en donde se encontraban practicando tiro—. Una vez liberado, debe ser guiado hasta la arboleda Este, ahí hay un camino que se comunica de manera directa con el lago artificial, deben tomarlo, llegar hasta el puente principal, atravesarlo y esperar... ¿Has comprendido?

Lord Bridport resopló, repasó mentalmente lo oído y respondió:

—Déjame ver si entendí... —alzó la voz para que todas lo oyeran—. ¿Quieres que alguien vaya por Sean Walsh, un hombre que es un gran desconocido para la mayoría de los presentes, y que, bajo cualquier argumento, lo motive a abandonar la actividad con los lores para llevarlo a una excursión sin sentido al interior de los jardines de Sameville?

—¡Eso mismo! —festejó ella ante los ojos expectantes de su marido.

—Cariño, ningún hombre serio y respetable se va a prestar a tal infantil juego.

—¡Lo sé, por eso te lo encargo a ti, Elliot!

—Y lo bien que haces, esposa mía. Tus deseos son órdenes... —Tomó las manos de su mujer entre las suyas y las besó.

—Si te sirve de argumento, dile que la señorita Madison va a estar ahí. ¡Todas estaremos!

Estaba al tanto de la relación de la joven de Virginia con el empresario, por las noches, su esposa lo ponía al tanto de los cotilleos y de los acontecimientos

importantes. Si ella estaba dispuesta a interceder por la pareja, él también.

—Perfecto, voy por Colin para que me haga de carabina, no quiero arruinar la reputación de un hombre soltero al arrastrarlo a la soledad de la laguna — bromeó ganándose con ello más risas de las esperadas, hasta Vanessa lo hizo—. Con su permiso, señoritas. Nos vemos en un rato.

Llegar hasta Sean Walsh no fue problema alguno, convencerlo de que se uniera a ellos en un paseo que lo conduciría directo a un encuentro con Cameron, menos todavía. Lo complicado fue sacarle de encima a los lores y empresarios que estaban obsesionados con realizar inversiones en los ferrocarriles americanos. Donde hacía unos minutos existía un hombre frustrado, molesto y ansioso, ahora existían tres.

—¡Por Dios, Colin! Ayuda, ya no puedo recurrir a mi pasado escandaloso para quitarme a la gente de encima —se quejó Elliot—, soy un respetable vizconde casado. ¿Y sabes qué más? Soy un respetable vizconde casado que está a punto de fracasar en darle el gusto a su esposa.

—Deberías unirme a Lady Thomson en alguna ópera, Bridport —rebató Lord Webb—, lo tuyo es el melodrama.

—Empiezo a tener migrañas —se quejó Sean, cuando fue absorbido una vez más por la conversación de Lord Thomson y un par de socios—. Quizá, una caminata me sentaría bien —expuso para el vizconde de Sameville con la intención de alejarse de allí.

—Excelente idea, podemos dar un paseo y alejarnos de los ruidosos disparos. ¿Sabe? Lady Thomson se ha asegurado una temporada de truchas ¿Pesca usted?

Colin Webb se tomó las sienes, preocupado porque lo que debía ser una reunión reducida estaba a segundos de convertirse en un gran picnic seguido de pesca que finalizaría en una cena de trucha salseada por un chef francés. Elliot iba a hacer una locura de momento a otro, pues su superpoder era el escándalo y su único objetivo, complacer a Miranda.

Su salvador resultó ser la persona menos esperada; de todos modos, no dudó

un instante en recurrir a él: William Witthall, el conde de Dorset, mejor conocido como el conde Loco. Mientras todos los hombres buscaban lucirse, alimentar sus egos y cuentas bancarias, hacer relaciones y negocios, conseguir una buena esposa, o cualquier otro objetivo tangible, William desentonaba recostado en una de las lomas del jardín, con la vista al cielo, una pluma de ganso entre los labios y una mente perdida en las nubes, como siempre.

Lord Witthall había sido compañero de Elliot y Colin en Eton, pero la excentricidad del conde les había impedido entablar una amistad. Lord Webb recordaba muy bien la capacidad del hombre de espantar a las personas con su poética divagación, sus desastrosas inversiones y el derroche de dinero; el condado de Dorset era famoso por contar con más sirvientes que el palacio de Buckingham. Tenía la teoría de que tal comportamiento era adrede, pues la lucidez de William no coincidía con la de un verdadero demente. Menos si tenía en cuenta que en aquellos años se dedicaba a escribir poemas y cartas de amor a pedido de sus compañeros a cambio de algunos peniques. Estaba seguro de que todas las mujeres de Londres habían recibido sus palabras sin siquiera saberlo.

—¡Lord Witthall! —exclamó Colin, al borde de la desesperación. Las expresiones de pánico a su alrededor le confirmaron que su movida había sido magnífica—. Qué gusto verlo aquí, tanto tiempo.

El conde de Dorset bajó la mirada del cielo y la fijó en Lord Webb, casi tan sorprendido como Elliot, que tenía la mandíbula a medio desprender de su rostro.

—Lord Webb, sí que ha pasado tiempo. —William dejó la contemplación de las nubes y su incansable búsqueda de formas en ella para unirse a una conversación en la que no tenía ni el más mínimo interés—. Lord Bridport, mis felicitaciones por su reciente matrimonio.

—Gracias.

—Le presento al señor Walsh —continuó Colin, con una sonrisa de falsa alegría—, estábamos analizando la posibilidad de un paseo. Creo que el señor Walsh encontrará muy estimulante su interpretación de las esculturas de Sameville. Por ejemplo, aquella —Señaló la imagen de la Venus que decoraba una de las fuentes de los jardines—, Minerva ¿no es así?

El entusiasmo de Colin Webb ante una explicación de mitología puso en

aviso a Witthall de que se requería de sus servicios, y como, pese a sus preferencias, estaba allí para salvar la economía del condado, creyó que sería una buena idea reestablecer la amistad con el futuro conde de Sutcliff. Y quién decía, el próximo duque de Weymouth.

—Creo que es Venus —agregó Sean, al comprender las intenciones de Lord Webb—, salvo, claro, que hablemos de mitología griega y se trate de Afrodita.

—Sería un error imperdonable. Permítame listarle las ciento veintitrés formas de reconocer si está ante un símbolo griego o uno romano —comentó William y comenzó a caminar a la par del señor Walsh. Sean tuvo que contener la carcajada, una mirada le bastó para comprobar que el hombre no estaba loco, ni era desconocedor de su rol en ese juego. Se prometió que le devolvería el favor de manera económica en el futuro.

—¿Ciento veintitrés?! —exclamó Elliot a Colin—. ¿Cómo se te ha ocurrido recurrir a William?

—Siempre funciona, además, creo que le pagaré unos peniques extras si escribe por mí una carta de ruptura para Lady Anne, quizá de ese modo logre convencerla.

—Debemos reconocer que Lord Witthall es efectivo, ¿no consiguió que Lord Rosewithe se casara con Lady Elisa?

—La pobre mujer todavía intenta descubrir dónde esconde el encanto su marido —rio Colin.

Llegaron al lugar de encuentro establecido cuando William enumeraba la decimonovena forma de reconocer el arte romano. El plan de Lord Webb había sido efectivo, por cada ítem descrito por el conde, tres o cuatro hombres y mujeres desistían del paseo u optaban por otro sendero. Los únicos en llegar junto a las muchachas americanas fueron ellos cuatro.

Como era de esperar, Elliot se lanzó al encuentro de su esposa, como si no verla por un par de minutos hubiera sido un martirio. Aunque era notorio lo mucho que se querían, Colin adivinaba que tanto énfasis correspondía también a la fama de escandalosos. El amor entre marido y mujer era tan mal visto como el trabajo entre los lores. Él, por el contrario, fue preso del alivio al poder compartir unos momentos con Emily. La muchacha californiana tenía el poder

de serenarlo, y de alguna manera, comenzaba a volverse adicto a esa sensación. William, para su total desgracia, fue relegado a la compañía de la señorita Cleveland. El choque de dos planetas hubiera generado menos impacto en el universo que esos dos caracteres tan dispares: arte y lógica, belleza y razón.

No obstante, nada se comparó con la luminosidad que parecía emitir la pareja de enamorados que al fin hallaban un segundo para ellos. Sean y Cameron eran presos de una comunión, de un entendimiento que solo podía comprender el matrimonio Bridport. Lo cual, para Walsh y la señorita Madison, significaba quedar en evidencia sobre lo poco apropiado de su romance, uno que ya había atravesado por la intimidad, que había derribado las formas, que se había entregado por completo.

—Cameron —susurró Sean y le tomó las manos. Depositó un par de besos en los nudillos antes de desprenderse por completo. Si bien esos lores y esas señoritas eran sus aliados, no podían darse el lujo de romper las normas frente a ellos—. Comenzaba a desesperar, necesitamos hablar.

—Lo sé, mi tía no me saca la mirada de encima. Emily la comparó con un águila americana —intentó bromear—, creo que se refería a su nariz.

La risa suave de Sean le alivió el nudo que tenía en el estómago. Querían besarse, necesitaban más que esos minutos robados. Para una pareja en pleno cortejo, podía llegar a bastar, incluso alimentar la llama. Pero para ellos significaba arder en un deseo que ya conocían, en un hambre que sabían que un solo plato podía saciar, el de sus cuerpos unidos.

El anhelo por tocarse, por sentirse, los llevó a caminar demasiado cerca, a rozar sus brazos en el andar.

Vanessa rechistaba cada vez que se excedían, era la única a quien la magia del enamoramiento no parecía tocar.

—Ojalá tuviéramos más tiempo... —se quejó Sean.

—No nos queda más remedio que recurrir a tu eficacia empresarial, Sean —lo instó ella, con una dosis de orgullo—, hablemos de lo que te aqueja. Se te nota en el rostro que no has descansado bien.

—Es la llegada de Seward —confirmó el hombre.

—Es extraño que esté aquí.

—No creo que sea extraño, ni casual, Cameron. —Ralentizaron el paso, de manera de ganar tiempo en su paseo. La carabina conversaba animada a sus espaldas, a lo que Vanessa no se cansaba de hacerlos callar para poder oír las voces de Walsh y la señorita Madison. William era el único ajeno, que no comprendía lo que sucedía frente a él, por lo que seguía con la disertación de arte romano. Para su total deleite, la señorita Cleveland era capaz de mantener la mente en dos puntos a la vez, seguía los avances de la pareja de adelante al tiempo que debatía con él historia.

—¿Crees que mi padre no ha desertado de sus intenciones?

—Peor que eso... —La preocupación se abrió camino en el pecho de Walsh, le era imposible, cuando de Cameron se trataba, serenarse. Temía por ella ahora que comenzaba a entender lo sucedido—. James era uno de mis sospechosos. ¿Recuerdas el brazalete?

La señorita Madison tuvo la decencia de sonrojarse. Sean ya había dejado los reproches atrás y se enfocaba al futuro, a un futuro que quería construir con ella. No había espacio para rencores, para alimentar malos entendidos.

—Sí, lo siento, Sean —se disculpó, y él le restó importancia—, siento haber pensado mal de ti.

—Era una prueba, Cameron, no podía desestimarla. Al igual que tú, en el momento en que la vi, llegué a la conclusión de que debía habérsela regalado un hombre blanco. Rastreeé el diseño, y llegué hasta Carolina del Sur.

—Seward —musitó ella.

—Seward y Thomas Pierce —corrigió—, solo que aquí, en Londres, se ha presentado uno de ellos y eso reduce la breve lista de dos sospechosos a uno.

—Ambos estaban esa noche —contradijo Cameron, con pesar—. Ambos son de Carolina del Sur, influyentes y socios de mi padre. Lo sé, lo sé —alzó la mano para acallarlo—, la presencia de James lo convierte en el principal sospechoso, pero sigue sin ser el único.

—¿Cameron? —El desconcierto de Walsh fue patente.

—Te juzgué, Sean —se lamentó la joven—, te juzgué sin darte el beneficio de la duda. Podría haberte arruinado la vida ¿y si Seward es manipulado al igual que nosotros?

—Pronto lo sabremos. Cuando comprobemos las razones que lo traen a Londres, a Lord Thomson, a ti. —Para Walsh no quedaban resquicios de duda, y prefería equivocarse que correr el riesgo con Cameron—. Cuéntame tu parte —pidió.

—Nala me había contado del brazalete, del embarazo y de la relación con un socio de mi padre. Esa noche, salí de mi habitación en tu búsqueda, para saber qué había sucedido con la propuesta de matrimonio. Oh, Dios, todo parece tan lejano... —se lamentó. Le parecía que los sueños junto a Sean eran retazos de una vida pasada.

—Puede que sea lejano, pero créeme, Cameron, soy capaz de llegar a la luna por ti, así que ten por seguro que eso no ha cambiado entre nosotros. Aún deseo hacerte mi esposa, y sé que tú también lo quieres. No permitiré que vuelvan a separarnos.

Cameron tomó aire por la boca para no llorar de la emoción. Había temido a esa charla, a que todo hubiera cambiado entre ellos producto de los errores. El saber que, pese a todo, se amaban, y lucharían para estar juntos, le dio la fuerza para seguir con el relato.

—Te vi perderte por los pasillos, camino al ala de los esclavos. Te seguí para encontrarme contigo donde no nos pudieran descubrir... pero antes de alcanzarte... —La señorita Madison se tapó la boca por el horror. Vanessa la mataría por haber pasado por alto un detalle semejante.

—¿Qué? —La instigó Sean.

—Escuché pasos y me escondí. Cuando se alejaron, volví a seguirte, y entonces... te hallé. Salí huyendo por la impresión, y me di de lleno con Seward y Pierce, y luego me desmayé. Mi padre me encerró hasta que todos se fueron, no me dejó hablar con las fuerzas de la ley, y otro de nuestros esclavos fue acusado por el homicidio de Nala —finalizó con los hechos. Walsh, en cambio, no estaba satisfecho.

Habían mantenido a Cameron en la completa ignorancia, presa de la falta de

información y sí, de su inocencia. Él debió ser más listo, ver los hilos con los que la manejaban, pero el dolor de su desconfianza lo había enceguecido. Necesitaba rebuscar en los detalles que Cameron había pasado por alto, esos como los pasos en la noche, para reconstruir los motivos del asesino.

—Hay un punto más que debemos contemplar —expuso él, y se detuvo junto a uno de los puentes que decoraban el lago artificial. La carabina tuvo que imitarlo para poder darles espacio—, tu padre.

—¿Qué sucede con él?

—¿Por qué te envió a Londres? Si logró silenciarte, consiguió alejarte de mí y culpar a otro del crimen... entonces...

—¡Oh, aquí están! —interrumpió la melodiosa voz de Lady Thomson. Se adivinaba un real alivio, y Cameron comprendió que tía Eleanor la estaba volviendo loca con sus reclamos—, ¿qué les parece si aprovechamos el bello día para un partido de criquet?

—Una excelente idea, milady —coincidió Vanessa. La felicidad por la interrupción no coincidía con el afán de resolver el misterio, por lo que Cameron concluyó que la compañía de Lord Witthall la estaba poniendo nerviosa. No entendía por qué, pues un rápido vistazo le alcanzó para determinar que el conde era un hombre joven, atractivo, y dada la variedad de su conversación, culto.

—Debemos hallar el momento de terminar con esto —se lamentó Sean, antes de ser brutalmente alejado de la señorita Madison por el imponente cuerpo de Eleanor.

—Querida, hemos atravesado el océano para que conozcas a otras personas. Sería de un completo egoísmo de parte del señor Walsh privar a los británicos de tu grata compañía —espetó la mujer entre dientes apretados.

Sean estaba a punto de decirle lo muy interesado que estaba en privar a todos los hombres del mundo de la cercanía de Cameron, pero una mirada de la joven lo llamó al silencio. Con sus labios vocalizó: Vanessa, y el señor Walsh supo que las señoritas americanas conseguirían regalarles otros minutos de soledad.

La mirada de Eleanor sobre él comenzaba a agotarlo. Sabía que en algunas culturas se creía que ese nivel de ensañamiento podía provocar maldiciones, enfermedades e, incluso, la muerte. Sean era escéptico y prefería adjudicarles a las conversaciones insustanciales, a la preocupación por Cameron y al clima británico su dolor de cabeza.

Se había visto arrastrado por Lord Thomson al partido de críquet organizado por la anfitriona, durante el cual no pudo llevar a cabo la tarea prevista: supervisar a Seward y sus intenciones con la señorita Madison. Dado su notorio nerviosismo, y a modo de promesa muda, el capitán Hobart se encargó de la seguridad de Cameron.

Sabía por su nueva cadena de informantes que terminaba en Elliot Spencer o en Colin Webb, que Charles Hobart había desistido de sus intenciones con la señorita Madison y expuesto las razones a Lady Thomson, de modo que Mariana volvía a ser una aliada de las jóvenes americanas. Por ese motivo, la confianza con el capitán había crecido a la par de la gratitud. El hombre que supo ver la soledad en la vida de Walsh se mostraba como un amigo valeroso en esas circunstancias.

Una vez libre de los compromisos con el anfitrión, en búsqueda de algo de serenidad, se dirigió a la recámara que se le había asignado. Ni bien atravesó el umbral, comprendió que no existían ojos suficientes en el mundo para tener todo bajo control.

Al tiempo que él jugaba críquet y Cameron alentaba desde las terrazas en compañía de sus amigas y Hobart, sus pertenencias habían quedado al descubierto. La habitación mostraba signos de una descuidada búsqueda exhaustiva.

—¡Maldición! —gruñó.

Corrió de inmediato al escondite en el que guardaba la evidencia que lo llevaría al asesino de Nala. En el doble fondo de *Hamlet*, aún se hallaba la nota falsa de Cameron, cuya caligrafía había sido imitada, pero se podían constatar ciertas similitudes con la de James Seward. Con el brazalete era más cauto, por lo que lo llevaba siempre consigo, oculto entre sus prendas.

Cualquier vestigio de duda se disipó en ese instante, James Seward intentó eliminar la prueba para solo conseguir comprobar las sospechas. La jugada era

desesperada, desprovista de inteligencia, y eso le indicaba a Sean que existían dos escenarios posibles: o el hombre se sentía acorralado, o demasiado confiado de su impunidad. Walsh apostó a la segunda opción.

Se mesó el cabello en un gesto lleno de frustración y miedo, antes de lanzarse a la tarea de reacomodar las pertenencias.

Ahora, más que nunca, debía hablar con Cameron. Debía advertirle. Así tuviera que pasar por sobre el cadáver de Eleanor, tenía que protegerla. Porque era lo más importante en su vida, porque no podía perderla de nuevo, mucho menos, de la manera tan definitiva que significaba la amenaza de Seward.

Por fin tenía todas las piezas del rompecabezas, por fin veía los hechos con el punto de vista del testigo que faltaba: Arnold Madison.

El terrateniente de Virginia no había enviado a Cameron a Londres para alejarla de él, ni para buscarle un marido, ni para sacarse de encima un problema. La había obligado a viajar para salvarle la vida. Madison sabía de lo que James Seward era capaz por ambición, y ahora, él también lo sabía.

Solo restaba probarlo, probarlo antes de que se saliera con la suya.

## Capítulo 10

La vida que se gestaba en el vientre de Cameron exigía su legítimo derecho de reconocimiento. La palidez de su rostro resaltaba producto del brillo perlado de una piel que se veía acosada por un tornado de hormonas descontroladas; sus curvas acompañaban el sutil ensanchamiento de unas caderas que se preparaban para darle el espacio necesario al ser que crecía, y sus senos, sensibles y enrojecidos, se escapaban del soporte del corsé. Luchar contra él se estaba convirtiendo en una desagradable tarea para Vanessa, en especial por los gemidos quejosos de Cameron que hacían eco en cada una de las paredes de la habitación. Por décima quinta vez, chilló: ¡Auuuh!

—¿Y qué pretendes que haga? —Se adelantó a la obvia respuesta— ¡No te atrevas a decir que sea más cuidadosa, porque sabes que lo soy, estoy invirtiendo toda mi delicadeza y paciencia contigo!

Era la pura verdad, la señorita Cleveland demostraba un nivel de empatía y complacencia muy poco común en ella. Cameron temía por su bienestar mental y físico, si no escupía el veneno que su organismo generaba por simple automatismo, pronto correría por sus venas y la intoxicaría. Vanessa tendría una sobredosis de sí misma y... ¡pobre de aquel que se cruzara en su camino!

—Lo siento, tienes razón. No tengo más que palabras de agradecimiento para contigo...

—Pues guárdatelas —la interrumpió, su genética no estaba preparada para recibir cumplidos—, no las necesito, solo necesito que este maldito corsé se cierre. —Tiró una vez más de las cintas.

—Tal vez podría obviarlo, ¿qué opinas? —El dolor se le hacía intolerable por momentos.

—Si quieres parecer una fulana, hazlo. ¡Eres libre! —Dejó la tarea a medio hacer—. ¡Ambas lo somos! —Cameron resopló, podía enojarse con ella por la

expresión utilizada, pero no contradecirla, estaba en lo cierto—. Pero si lo que en verdad quieres es mi opinión...

—Eso ni se pregunta, por desgracia, me he acostumbrado a ella.

—No parece —la reprendió con cariño—. Ya sabes lo que opino, y, sin embargo, seguimos en el mismo lugar. Me parece un gran error mantener en las sombras a Walsh con esto.

Una vez más, no podía contradecirla. Sean merecía compartir la noticia con ella. Lo que más ansiaba era eso, y si no lo había hecho no había sido por un estúpido y caprichoso motivo, tal como pensaba Vanessa, sino porque no hallaba el espacio ni el momento adecuado para decírselo.

—No puedo decirle que va a ser padre mientras Sophie Carter nos deleita con una pieza de Mozart. —Vanessa asintió, cuando la hija de Lord Reed se sentaba frente al piano, ni las moscas se atrevían a volar por los alrededores, su destreza musical asesina ponía en peligro a cualquiera—. No puedo decirle que va a ser padre en unos segundos robados junto a la laguna —El listado de sitios vedados y fracasos era muy extenso—, o en la terraza con múltiples participantes, o en la mesa con tres o cuatro comensales como intermediarios. He cometido muchos errores con Sean, créeme, este no es uno de ellos. Necesito un auténtico instante de intimidad.

—¿Solo eso?

Podía olerse a kilómetros de distancia el comportamiento efusivo y disruptivo de Sean Walsh, era un hombre apasionado, y si a ello le agregabas una dosis importante de enamoramiento, el resultado podía ser, sin duda, catastrófico. La reacción del hombre debía de ser contenida, una noticia de tal envergadura emocional lo llevaría al colapso definitivo.

—Sí, solo eso... parece sencillo, no lo es, tú lo sabes muy bien.

Eleanor era un sabueso de pura sangre con características paranormales, detectaba los movimientos de Cameron antes de que ella siquiera los pensara, uno podía llegar a creer que eso ocurría gracias al vínculo que las unía, pero esa hipótesis no se sostenía cuando la mujer hacía extensivas sus habilidades detectivescas al resto de la joven cofradía. El hecho de que alguien se adelantara a sus planes le alteraba los nervios a Vanessa. Muy pocos se podían adjudicar ese

logro, solía ser al revés, ella era lo generadora de ese estado en otros, pero Eleanor De Luca le ganaba en su propio juego, y estaba a pasos de obtener el primer puesto.

—Verdad... y estoy hasta la coronilla de ello. Esto requiere de un punto final.

—Coincido contigo. Dime ¿cómo piensas obtenerlo? —Cameron llevaba días dándole vueltas al asunto sin un resultado óptimo.

—Todavía no lo sé, pero no te preocupes, déjalo en mis manos. —Cuando la señorita Cleveland se proponía algo, nadie la detenía. Y eso incluía también cumplir con la labor de doncella. Recapturó las cintas del corsé—. Ahora, aprieta los dientes y respira profundo... ahí voy.

Los preparativos previos a la cena reunieron a los invitados en el salón principal, la brisa tibia de la tarde se mimetizaba con los abanicos de las damas y con el humo de los cigarros de los caballeros. No hubo preámbulo musical esa noche, lo que les robó una disimulada sonrisa a todos, incluyendo a la concertista asignada a fuerza de mandato familiar. Los aires de conversación agitaron el avispero de la nobleza y, al cabo de unos minutos, cada cual se embebió en lo suyo, negocios, camaradería, moda; los focos más radicalizados se arriesgaban a temas más complejos como el desafío de la reestructuración arquitectónica en beneficio del crecimiento industrial y el arte como una herramienta de equilibrio necesaria para matizar el impacto social. Miranda debió personificar el rol social que su título nobiliario obligaba, en esas situaciones, la amistad que habían entablado quedaba puesta en pausa.

La señorita Cleveland estaba mentalmente comprometida a llevar a cabo el plan: encuentro íntimo definitivo. Y no era necia, sabía que urdir semejante estrategia requería de mucho más que la asistencia de Cameron, la participación de la otra señorita americana era indispensable.

—No veo a Emily ¿tú? —Cameron recorrió con una mirada superflua la totalidad del salón. A simple vista, la joven rubia californiana no se hallaba presente.

—Sí, por supuesto que la veo.

—¿Dónde?

—¿Dónde más? —Las dos combinaron en miradas, repitieron en el silencio de sus mentes: Colin Webb. Los ojos de ambas fueron en la búsqueda del hombre, y ahí la encontraron, cual sombra a su lado—. Ven... —Vanessa le brindó el brazo, Cameron se aferró a él, y emprendieron una delicada caminata; debían capturar la atención de la señorita Grant desde una distancia prudencial—. Cuando se llenaba el cabello de flores y mariposas era más sencillo encontrarla —murmuró por lo bajo, el fastidio que vestía su voz sonó bastante real.

—No seas mala, tú fuiste la primera en manifestarte contra su llamativo vestuario.

—Sí, pero lo que me molesta no es eso...

—¿Qué es, entonces?

—Que cambió un mal hábito, por otro... uno más perjudicial.

Se detuvieron a un par de metros de la pareja, junto a ellos se encontraban Daphne Webb, la hermana del hombre que era el centro del mundo de Emily, Lord Sutcliff y el tal Witthall.

—¿Te refieres a Colin?

—¿A quién más? La prefiero con flores y joyas de los pies a la cabeza antes de que con un corazón roto. Ya puedo imaginármela llorando océanos de lágrimas.

—Lo tomas por débil, y puede que no lo sea.

—Débil o fuerte, para el caso da lo mismo, el día que su corazón se haga trizas contra el suelo, te lo aseguro, todo Londres lo oirá.

La tristeza le otorgó un matiz cristal a los ojos azules de Cameron, su embarazo la empujaba sin piedad a un estado emocional errático, ella conocía la idea de un corazón roto, nada más que eso, el hombre que amaba, ese que había creído perdido, volvía a clavar la bandera de conquista en ella. A pesar de la fragilidad del presente, el futuro les abría los brazos, les susurraba al oído la

posibilidad de un final prometedor. Deseaba lo mismo para la señorita Grant, y aunque le doliera compartir el pensamiento desmotivador con Vanessa, con Colin Webb eso no iba a suceder.

—Dame tu abanico —Vanessa rompió la burbuja de sus pensamientos—, en el apuro he olvidado el mío en la habitación.

—Pensé que la única acalorada aquí era yo —dijo entregándoselo sin siquiera chistar.

—No, no es eso, ya he domado al calor de este bendito país. Es para Emily. —Cameron frunció el ceño, y Vanessa disipó la duda al instante—. Veamos si aprendió la lección del día.

Desplegó el abanico sobre su rostro cubriéndose la boca, era una clara señal de confianza. Habían hablado de eso esa misma tarde. Esperaba que comprendiera la convocatoria silenciosa.

No funcionó, los ojos de Emily se movían en una sola dirección: los labios de Lord Webb.

—¡Por todos los cielos, vamos a marchitarnos aquí como dos malditos floreros!

Cameron ocultó la risa, sugirió una modificación de estrategia:

—¿No sería más conveniente acercarnos?

—¡Estás loca, un minuto más junto al pelmazo de Lord Whitthall puede llevarme al suicidio! ¡A mí, imagínatelo!

Y Cameron no pudo más, rio, como hacía semanas no lo hacía. La inesperada melodía de esa risa redirigió parte de la atención de los invitados al origen de ese comportamiento fuera de lugar, ninguna señorita que se preciara de serlo se reiría de manera tan descarada. Lo destacable del momento fue que, finalmente, Emily caía en cuenta de la cercanía de sus amigas. Un sutil intercambio de miradas fue suficiente, la californiana se disculpó con el grupo que la rodeaba y se encaminó hacia ellas.

—¡Hasta que reaccionas! —La señorita Cleveland la atacó sin tregua alguna

ni bien se les sumó—. Estaba a pasos de hacer señales de humo con el cigarro de Lord Thomson.

—Lo siento, tenía mi cabeza ocupada en otras cosas.

—Sí, ya lo vimos. —Cameron intentó ser la mediadora—. No necesitas excusarte, al fin de cuentas, las que te necesitamos somos nosotras.

—¿Necesitar? ¿Qué necesitan? —Estaba feliz de sentirse útil, la costumbre de ser un accesorio más ya no la satisfacía.

—Camina con nosotras —la instó Vanessa.

Juntas avanzaron hasta ubicarse lo más lejos posible de los invitados sin desaparecer por completo, la ausencia de Cameron activaría las alarmas de Eleanor que, desde la comodidad de uno de los sillones, la custodiaba con abrumadora quietud. En el lado opuesto del salón se encontraban Walsh, el capitán Hobart y James Seward, por la expresión en sus rostros, la conversación no era motivo de disfrute para ninguno de los partícipes.

—Bueno, ahora sí, ante la ausencia de otras mentes supremas, te hemos convocado...

—¡Vanessa!

El enojo de Cameron fue auténtico, sentía que conocía mucho más a la joven de Boston, y podía presuponer que parte de la historia de su vida, esa que se esmeraba en no compartir, era la base de las almenas desde las que atacaba, pero no iba a permitir que ese insatisfecho pasado se valiera de la debilidad de la californiana para sopesar su propio saber amargo.

—No te preocupes por mí, Cameron... ya me considero inmune a Vanessa.

—¡Lo has oído! ¡Es inmune a mí! Puedo envenenarla sin problema alguno.

—Tampoco te abuses... sobre todo si necesitas mi ayuda.

El contraataque de la californiana las dejó sin habla, las dos compañeras de habitación se miraron, la miraron, y se volvieron a mirar. La influencia de Colin Webb estaba dejando una fuerte impronta en la señorita Grant.

—Podemos ir al grano, por favor. —Emily rompió el estado de hipnosis de las muchachas—. El mayordomo acaba de acercarse a Lady Thomson, en breve van a invitarnos a pasar al comedor. ¿Qué sucede?

—Sucede que me desconciertas —alegó Vanessa con un estado de frenetismo amistoso—. Y me encanta, pero... en fin, vayamos a lo importante —dijo con intenciones de estructurar un plan funcional de una vez por todas—. Cameron y el señor Walsh necesitan de tiempo a solas.

—¿A solas? —La pregunta de Emily fue más que lógica.

—Intimo. —Se adelantó a responder Cameron, temía que Vanessa se expresara con algún comentario que pusiera como centro de broma la inocencia de la californiana.

Emily asintió sin expresar ningún gesto de desacuerdo o espanto, de nuevo, volvió a quitarle el habla a sus coterráneas.

—Ese tipo de intimidad solo puedes conseguirla dentro de una habitación. —Decidió hablar considerando que Cameron y Vanessa no lo hacían—. ¿Cuál es el plan?

—El plan es tener un plan —Vanessa expuso su falta de creatividad—. Uno que no logre alertar a tía Eleanor que no le quita los ojos de encima a Cameron.

—Tú misma lo has dicho, no le quita los ojos de encima a Cameron, pero... —dejó el final abierto para que la joven de Boston lo completara.

—Pero... ¿qué? —No le estaba prestando verdadera atención a la muchacha, se aferraba a las palabras sin analizarlas.

—¡Sean! Sean está fuera de su ataque visual —completó Emily.

—Si con eso pretendes sugerir una visita a la habitación del señor Walsh, desde ya te digo que no... He desestimado esa idea hace noches. Estoy sospechando que un empleado monta guardia para alertar a Eleanor de cualquier movimiento nocturno que involucre a Cameron.

—En ningún momento he sugerido eso, de hecho, estoy inclinada a lo opuesto.

Cameron y Vanessa analizaron lo oído, los ojos de ambas se abrieron de par en par cuando decantaron en el mismo pensamiento que la señorita Grant. Si ella no podía ir a su habitación, él tendría que ir a la de ella. El plan era bueno, pero contaba con algunas lagunas que parecían imposibles de sortear.

—Crees que la sombra que le brinda información a su tía no va a decir nada sobre la presencia de un hombre dentro de la habitación de dos jovencitas a mitad de la noche.

—Por eso tienen que asegurarse de que su presencia sea anterior a eso.

—Lo siento, me he perdido —intervino Cameron, la ansiedad ante el encuentro le nublabá un poco el pensamiento.

—Y yo... —Vanessa se sumó al desconcierto—. Por favor, pon algo de luz a lo dicho.

—Que el señor Walsh se excuse tras la cena y se marche a sus aposentos. Algo que en realidad no va a hacer...

Finalmente, Vanessa descubrió el camino directo a los estratégicos pensamientos de Emily. Sonrió de par en par.

—¡No lo va a hacer porque va a ir a refugiarse a nuestra habitación, algo que va a pasar desapercibido por todos en ese momento!

—Exacto. Llegado el fin de la velada, ustedes regresaran a la habitación.

—Con tía Eleanor pisándonos los talones —agregó Cameron.

—Ella se cerciorará de tu reclusión —continuó la californiana—, con un Sean Walsh oculto para ella, pero muy presente para ustedes. Y una vez que se marche...

—¡Suficiente! —Puso un fin Vanessa—. Tu plan me resulta inquietante y maravilloso por partes iguales. Me pregunto de dónde habrá nacido tal destreza.

Las mejillas de la señorita Grant se enrojecieron de manera repentina confesando algo más que un simple análisis mental y una estrategia elaborada de la nada. Emily era otro enigma a resolver, y lo descifraría una vez que el

rompecabezas Madison-Walsh se completara.

Tal como la joven había alertado minutos atrás, Lady Thomson convocó a los invitados a trasladarse al salón comedor, la cena los esperaba. Así lo hicieron, cenaron, y Vanessa se encargó de compartir los pasos a seguir con el otro involucrado. Las piezas se movían en función de una movida magistral, en un par de horas comprobarían el resultado final.

Jaque Mate para todos, en especial para Eleanor. Cuando la requisita nocturna fue finalizada y acompañada de un insípido «Buenas noches», Sean Walsh fue liberado de la molesta prisión que el bajo cama le había brindado.

—Ya no hay moros en la costa, señor Walsh, puede salir cuando le plazca — lo invitó Vanessa, la emoción imposibilitaba de reacción a Cameron.

El pobre hombre llevaba más de una hora escondido, y sus músculos, tensos y agarrotados, lo privaron de la liviandad de movimientos. Se deslizó por la alfombra hasta que pudo incorporarse por completo.

—¡Dios, siento que a mi cuerpo se le ha sumado una década!

—Pues invierta esa década como corresponde, entonces. —Vanessa conocía su parte en el juego, era la propiciadora, y a la vez, tenía que ser su desertora. No existiría intimidad con ella ahí—. Por mi parte, considerando la compañía que me espera, voy a restar una década a la mía. Creo que la señorita Grant tiene planeada una noche en vela conmigo.

No tenía intenciones de vagar por la mansión Thomson hasta que Cameron y Walsh concluyeran con su encuentro, sobre todo porque intuía que el mismo rozaría el límite del alba. La noticia que Sean estaba por recibir ameritaba eso. Sin otra alternativa, no le quedaba más que valerse del cobijo de la habitación de la joven californiana.

—Vanessa, sé buena con Emily. Sin ella...

—Lo sé, lo sé... no tienes que recordármelo. Buenas noches.

Antes de que los abandonara, Sean la detuvo con unas palabras de humilde

compensación:

—Señorita Cleveland, no voy a cansarme de agradecerle esto jamás. Dígame qué puedo hacer por usted, estoy en deuda...

—Estamos en deuda contigo —lo interrumpió Cameron para entrelazar su necesidad de retribución a la de él.

—No, no lo están; pero si insiste, señor Walsh, creo que usted puede hacer algo por mí.

—Lo que sea, dígame.

—Cuando todo esto termine, y el río que los une vuelva a su cauce, regrese a nuestra tierra llevándose consigo todas sus ideas. Las necesitan.

Se marchó dejando en el aire esa premisa. La expresión utilizada «nuestra tierra» caló profundo en él. Deseaba retornar al hogar, deseaba hacerlo con la mujer que amaba y anhelaba en sus brazos.

—Cameron... —rompió el silencio que la señorita Cleveland les regaló tras la partida.

Y hasta ahí llegaron las palabras, no podía hacer uso de ellas cuando su cuerpo reclamaba al de Cameron. Semanas, meses sin ella. La dolorosa sensación que experimentaba ante el hecho de tenerla tan cerca y, a la vez, lejos le había consumido gran parte de la energía que lo mantenía activo y cuerdo. Una vocecita interna le susurraba que ya no había más espacio para la cordura, besarla fue su primer arrebato de locura confeso.

Cameron recibió ese beso con una irrefrenable muestra de deseo, se abrazó a su cuello, entrelazó los dedos de las manos a su cabello rizado, y tiró de él cuando lo lengua de Sean la invadió. Gimió entre sus labios, apretó los senos contra su pecho, y dejó que el calor del cuerpo del hombre que adoraba con pasión hiciera contacto con la temperatura en ascenso del suyo.

Los dos se debatían entre el deseo y lo que los había llevado hasta ese momento. Las manos de Sean cobraron vida, acariciaron el cuello de Cameron con la única intención de trazar un camino directo a sus hombros, con un movimiento digno de un prestidigitador apartó la manga abullonada del vestido

para conquistar otra parte de su cuerpo. La piel expuesta lo convocó, abandonó sus labios para continuar el camino que sus manos habían delimitado. Un beso, otro, y otro... llegó a destino. Le rozó el hombro con la punta de la nariz y continuó el sensual juego con el fuego de sus labios. Como un genio maligno, su masculinidad lo motivaba al asedio total, y su boca, fácilmente manipulable por el anhelo, descendió en busca de uno de los tesoros más preciados: el dulce néctar de sus pechos.

La presión de los labios sobre esa zona sensible volvió a colocar sobre el tapete de los pensamientos de Cameron el secreto que ella albergaba en el vientre, el secreto que había generado la organización del encuentro.

—¡Sean! —murmuró para convencerse a sí misma de que era indispensable apagar a la pasión para darle lugar al juicio.

Un juicio mental que fue compartido en silencio por Walsh. Para él también los motivos eran otros, por supuesto que la deseaba y quería reclamar la profundidad de su cuerpo como suya, pero eso, en ese instante, era reemplazado por una causa mayor, la de asegurarse su bienestar. Batalló contra el fuego de su piel, arrancó de raíz el ansia que hacía florecer a su virilidad, y se separó de ella.

—Lo siento —Excusarse fue su primer objetivo—. No puedo, no así, necesito hablar...

—Los dos necesitamos hablar, lo sé. —Le había hecho una promesa a su amiga, no pospondría más la confesión.

—Te deseo, sabes que te deseo. —Sean se aseguró de que ella comprendiera el motivo su accionar.

—Y yo a ti...

La declaración los hizo esbozar una leve sonrisa, un gesto que ambos parecían no realizar con sinceridad desde antes de la muerte de Nala. Su romance estaba sedimentado con esa pasión, con ese anhelo que jamás menguaba. Sabían, en sus pechos, en sus cabezas, que eso era eterno, que podían darse un tiempo más, incluso en esa desesperación. Y esa certeza era la que los llevaba al reconocimiento del sentimiento que los unía: el amor.

No se trataba del fuego de la juventud, de la belleza de esos buenos años, de

las necesidades físicas insatisfechas. La necesidad del uno por el otro los acompañaría siempre, y con esa promesa, se brindaron un poco de espacio. No demasiado.

La cama de dosel de Cameron era la más cercana a la ventana. La amplitud a duras penas permitía que cupieran ambos, y eso les dio la satisfacción de la cercanía.

—Empieza tú —pidió la señorita Madison, sabedora que, sin importar lo que Sean dijera, su confesión sería la más importante de esa noche.

Walsh se recostó sobre el respaldo y llevó a Cameron con él. A medida que hablaba, continuaba con la lenta labor de desvestirla. Al fin de cuentas, Vanessa no había cumplido con la tarea de doncella, y no tenía por qué someter a la joven al castigo del corsé por más horas de las necesarias. Él ya conocía ese cuerpo, los recovecos ocultos, se dedicó al redescubrimiento.

—Tras el partido de críquet, han revisado mi habitación, estoy seguro de que buscaban el brazalete y la nota a tu nombre —expuso Sean, con tranquilidad. El suspiro de alivio de Cameron no se correspondía con la noticia brindada—. ¿Qué sucede?

—El corsé me estaba matando. Continúa —pidió.

—Con las novedades o con mi trabajo de doncella —bromeó él. La ayudó a incorporarse para terminar de desvestirla—. Ya no hay dudas, Cameron. Seward es el asesino de Nala.

El silencio fue apremiante, y Walsh terminó con las cintas antes de obligarla a girar y ahondar en su mirada, en los sentimientos que la atormentaban luego de oír la conclusión. Cameron sostenía el vestido desde el pecho, impidiéndole caer. Pero la atención del hombre estaba fija en los ojos azules de la muchacha, en la acuosa superficie que brillaba como el mar revuelto en una noche de tormenta.

—¿Cameron?

—Siento paz, Sean —murmuró—, siento paz por Nala, porque al fin sabemos qué le sucedió. Pero... —Walsh le alzó el mentón para que la muchacha no se retrajera, no volviera a esconder el dolor. Era esa sensibilidad, esa empatía, lo que lo había llevado a enamorarse sin remedio. Estaba hartos, más

que hartó, furioso con aquellos que la quisieron cambiar. Que sujetaron esa dulzura bajo apretadas cintas y rígidos corsés. Tía Eleanor, Arnold... la sociedad en su totalidad. Solo ella, con ese eterno afecto hacia el otro, había podido llegar a su corazón, lo había salvado de la soledad absoluta a la que se había sometido para no sufrir. Y si bien el dolor de crearla perdida por poco lo mata, la apatía anterior a ella hubiera sido un lento y más letal veneno.

—Dime —insistió.

—Pero nunca se hará justicia real, ¿no? Gasira tenía razón, la única forma de libertad que tenía Nala era la muerte. Es demasiado... es tan... —Y entonces, la tristeza se volvió furia; el dolor, enojo; la impotencia, acción. Cameron dejó caer el vestido y, solo con la enagua y la camisola, desató la ira. No podían hacer ruido, ni gritar, ni romper todo, por lo que Sean atestiguó el modo en que la muchacha hundió la cabeza en las almohadas y rugió.

Walsh se acercó a la cama y corrió los castaños cabellos de Cameron para darle paso al aire y que no se asfixiara. Tras el quiebre, la muchacha se incorporó y lo miró fijo.

—Sean, lo odio, odio a James Seward, lo odio con todo mi corazón. Siento, creo...

—Vamos, suéltalo —le ordenó él, con dulzura. La señorita Madison debía soltar el dolor, debía hacer el duelo por su amiga.

—No quiero que pienses mal de mí —pidió ella—, es que no puedo evitarlo. Quiero que sufra, que pague con dolor lo que le hizo a Nala. Jamás sentí tan poca misericordia por alguien.

—¿Pensar mal de ti? —Los labios de Walsh se curvaron en una sonrisa amorosa, apenas podía contener las emociones en su pecho—, imposible, mi amor, es lo más humano que te he escuchado decir. Después de «demonios» —aliviado con una broma que sacó risas del llanto—. Cameron, cielo, casi pensaba que eras de otro mundo hasta ahora.

—De todos modos, siempre fuiste el único que me trató como a un ser humano, como a una mujer. No dejes de hacerlo ahora, dime la verdad —clamó.

—La verdad es que tienes razón, no se hará real justicia. Pero podemos

exponerlo, arruinar su carrera política, sus contactos y aspiraciones. Lo sé, lo sé —La serenó con un beso—, merece pudrirse en prisión. Lo siento, Cameron, es demasiado poderoso para eso.

—Y Nala demasiado insignificante, porque si hubiera atacado a tía Eleanor... ah, seguro que ahí mi padre utilizaba todo lo que tiene para conseguir que pague —largó con un sarcasmo nacido de la impotencia.

—Sí, Cameron, y lo que tu padre es capaz de hacer es el motivo por el cual me abstengo de quitarte esas últimas prendas y hacerte el amor. Antes, debo explicarte por qué estás aquí...

El velo de ingenuidad había sido corrido, nada le impedía ver la realidad a la señorita Madison, sin cristales que la distorsionaran o dulcificaran. Por lo que Sean no tuvo que ahondar más, la conclusión salió de labios de la muchacha:

—Por miedo a que Seward me silencie.

—Debemos considerar que ese es el motivo por el que está aquí. Lo lamento, Cameron —se disculpó Walsh y abrazó a la joven con fuerza. La arrastró hasta su regazo, donde ella se aferró a su cuello y escondió la cara en su pecho—. Yo lo he traído hasta ti. Si me hubiera hecho a un lado, el plan de tu padre hubiera bastado para protegerte. Mi egoísmo...

—Shhh. —El índice de la señorita Madison se posó en los labios de él, una vez interrumpida su diatriba, le acarició el carnoso contorno—. A mi lado es donde siempre debes estar, Sean. Jamás vuelvas a disculparte por eso. Te amo, te necesito, pero, por sobre todo, debo confesarte algo. Cuando me fui de Virginia, me llevé una parte de ti...

—¿Además de mi corazón y mi cordura? —preguntó él y se fundió en un profundo beso. Cameron no evadió la invasión de su boca, fue hondo con él, en un choque de lenguas, de alientos.

—Sí, además de eso —rectificó y se puso de pie ante él. Buscó en el baúl la camisola de dormir y volvió a posicionarse delante de sus ojos para quitarse las prendas que la separaban de la completa desnudez. Walsh la observaba con solemnidad, su rostro estaba tenso, al igual que su cuerpo, por un deseo arrollador. Le permitió a Cameron que continuara con la tortuosa tarea de exponer su piel, de mostrarle un manjar que llevaba demasiado tiempo sin

degustar.

Bastaron apenas unos segundos para que en el cerebro de Sean uniera las palabras con los hechos. Ante sí, tenía una nueva versión de Cameron. La confesión de la joven había sido literal, en su vientre llevaba una parte de él, una que ahora crecía y se evidenciaba.

Las pupilas de Walsh se dilataron, abarcando casi todo el iris celeste. Apenas podía respirar por las emociones, solo atinó a moverse cuando la señorita Madison estaba a punto de cubrirse con el camisón.

—No es un sueño ¿verdad? —rogó, desesperado—, no estoy imaginando esto. No...

—No, no es un sueño —confirmó ella y se acercó para que él la evaluara. Los senos llenos, el vientre apenas abultado, las caderas que comenzaban a redondearse un poco más. El cuerpo de Cameron se ampliaba para darle espacio a esa nueva vida, del mismo modo que el corazón de Sean lo hacía. Lo sintió desgarrarse, abrirse, romperse, para reconstruirse en un segundo y hacerse enorme.

—Te amo, Cameron —confesó, y ella por poco se derrite en ese instante. Ya no necesitaba de palabras, Sean le había demostrado ese sentimiento con hechos, con la determinación de hallarla al otro lado del mundo, de recuperarla. Aunque no podía negar que escucharlo era sinónimo de dicha para ella—. Te amo a ti y a... él o ella —y la sonrisa fue tan luminosa que bien podría confundirse con un rayo.

—Yo también te amo.

Walsh se catapultó de la cama para abrazarla, besarla y acariciarla. Se puso de rodillas para depositar besos en su vientre, y luego, para total frustración de la muchacha, la cubrió con el camisón y la llevó en alzas a la cama.

—¿Sean? —lo invitó. Él se recostó junto a ella con excesivo cuidado, casi al límite de caer. Cameron buscó sus besos, pero la delicadeza de Walsh la impulsaba a la desesperación.

—No debes agotarte. Tienes que cuidarte y descansar. ¡Por Dios! Si es la madrugada y apenas has dormido por mi culpa. —La arropó y le brindó su pecho

como respaldo.

—Oh, no —se lamentó la muchacha.

—¿Qué? —inquirió Sean, muerto de preocupación—, te he lastimado. Debería pasarme a la cama de Vanessa, así puedes estar más cómoda y...

—Detente —rio ella—, mi «oh, no» se refería exactamente a esto. Voy a sufrir lo mismo que Miranda... Los daños colaterales del afecto masculino.

Walsh no insistió en explicaciones, porque en ese momento su única prioridad era el bienestar de Cameron. Unos minutos después, cuando la muchacha ya dormía, comprendió que siempre había sido esa su prioridad, y que en unos meses serían dos seres a los que amar y proteger. Que Dios lo ayudara, pues se iba a volver loco. Loco de amor.

Por la mañana, Cameron amaneció presa del desarraigo. Sean había abandonado la cama y la habitación al alba, sin despertarla. Una sonrisa pujó de la comisura de sus labios al recordar la reacción sobreprotectora del señor Walsh... y su confesión de amor.

Se sentía tan repleta de energías que, tras el malestar matutino y las habituales náuseas, sintió un hambre voraz, una necesidad imperiosa que solo huevos revueltos y tocino bien cocido podía saciar. Aprovechó que era temprano en la mañana para no poner gran esmero en su vestimenta. Optó por un traje de día que llevaba los botones al frente, azul a rayas marineras que se complementaba con un chaleco, el cual le permitía disimular lo poco ajustado del corsé, y una camisa de seda blanca con un sencillo lazo al cuello. Trenzó el cabello y lo sostuvo en un moño bajo con algunas horquillas, las mismas que utilizó para fijar el pequeño sombrero a juego.

El cambio del malestar por el hambre trajo consigo otra mejoría, su piel se veía lozana, con color en las mejillas y un brillo saludable. El rugir del estómago la hizo abandonar la habitación sin más y dirigirse al salón comedor, donde los sirvientes ya tenían el desayuno listo.

El diáfano día invitaba a salir, la falta de niebla y la brisa colaboraron con el buen humor de la señorita Madison. Sirvió el plato con ración doble de comida,

aprovechando que nadie la miraba, y se dirigió a la terraza, donde una de las sirvientas completó el menú con una tetera y un poco de leche tibia.

—Cameron, ¿despierta tan temprano? —la pregunta llegó desde sus espaldas. La voz no tan jovial ni alegre provenía de Emily.

—Descansé de maravillas. Supongo que dejar ir semejante carga me ha ayudado a serenarme. ¿Y tú? Creí que se quedarían hasta el alba conversando con Vanessa.

—Tuve que simular que me dormía para que se callara de una buena vez — fue la mordaz respuesta de la californiana que la dejó de piedra. La señorita Grant optó por un menú lleno de carbohidratos con café en lugar de té. Cameron comprendió que algo aquejaba a su amiga, algo que estaba dispuesta a enmudecer con comida.

—Vanessa puede ser muy mordaz —intentó defenderla—, pero he descubierto que siempre tiene buenas intenciones.

—Pues que las dirija a ti, o a quien sea, pero que a mí me deje en paz. —Se puso de pie, dejó caer la servilleta, y emprendió una huida por la terraza en medio de un ataque de nervios. Cameron no tardó en imitarla y alcanzarla en un par de zancadas. Su felicidad era plena gracias al sacrificio de la californiana, y el mal humor de la muchacha esa mañana se debía al favor que le debía, por tal motivo, era su deber compensarla.

—Emily, aguarda —la detuvo en la escalinata que iba a los jardines—, dime, ¿qué ha ocurrido?

—No lo entenderías, como no lo hace Vanessa. —Los ojos celestes de la señorita Grant rebalsaron en lágrimas, y se apuró a sorber por la nariz de modo poco elegante para impedir romper en llanto.

—Ven, vamos a dar un paseo —la invitó Cameron y tomó su brazo. Echó una última mirada atrás, lamentando los huevos revueltos que habían quedado en su plato. Realmente tenía un hambre voraz esa mañana—. ¿Qué te ha dicho Vanessa que te puso tan mal?

—Oh, palabras más, palabras menos, que no me haga ilusiones con Colin... con Lord Webb —se corrigió de inmediato.

—Es importante lo de palabras más y menos, porque la odiosa señorita Cleveland suele elegirlas con mucho cuidado para dar en el centro, Emily, y puede que no haya querido decir lo que tú interpretaste. Créeme, probé su veneno en este tiempo sin ustedes...

—Sabes, no me sorprende que te pongas de su lado. —El desplante tomó desprevenida a Cameron, que se apuró a rebatir.

—A mí sí me sorprende tu reacción...

—Para ustedes —sollozó Emily al borde del quiebre— es más sencillo. Solo tienen que elegir al hombre que desean del millón de pretendientes que tienen a sus pies. Van, con sus figuras esbeltas, sus modales refinados, sus portes de damas... y zaz... tienen el corazón del hombre que aman. Y yo... y yo... Mírame, Cameron, soy gorda y vulgar... Al menos, Vanessa no finge con halagos vacíos, *deja de aparentar algo que no eres*, esa fue una de las frases que dijo, dime ¿qué malinterpreté? —y rebuscó en su pequeño bolso de mano hasta dar con un pañuelo.

La señorita Madison deseó abofetear a Vanessa a la distancia. Tendría que volver a hablar con ella sobre esos modos, sobre ese cinismo con el que apagaba la luz de todos a su alrededor. Pero de momento, necesitaba consolar a Emily, y cumplir el rol de traductora, dejar las buenas intenciones de la bostoniana y borrar el daño que su lengua viperina conseguía.

—Emily, cielo, tú no quieres ser como nosotras. ¿Sabes por qué? Porque no quieres lo que conseguimos nosotras. —Ambas muchachas se detuvieron en los setos bajo la terraza. Cameron le alzó con delicadeza el mentón a la señorita Grant para que pudiera ver en sus ojos la sinceridad y el cariño con lo que decía aquello—. Si fueras como Miranda, osada, algo caprichosa, impulsiva y con esa altura y cabellos negros, entonces, no te ganarías el corazón de Lord Webb, sino el de Lord Bridport. Y si fueras una no-tan-correcta señorita virginiana de cabellos castaños y, no se lo digas a nadie, en un avanzado estado de gestación, tampoco te ganarías el corazón de Lord Webb, sino el del señor Walsh. —Cameron le dio un segundo a Emily para que se limpiara las lágrimas y la nariz—. Todas lo vemos, querida —prosiguió—, somos testigo del cariño que le tienes a Lord Webb, pero también observamos otra cosa, tu fijación con Lady Anne...

La mención de la antigua amante del lord hizo bufar de ira y celos a la señorita Grant.

—Ya lo ves... Ella es todo belleza, elegancia —se lamentó—. No tiene que buscar contactos para que las mejores modistas de Londres la vistan, al contrario, ellas se pelean para que Lady Anne lleve sus vestidos. Todo lo que se pone lo luce, todos los hombres la adoran... quisiera... quisiera estar un día en su lugar. Un día...

—¿Lo ves? Eso es lo que quiso decir Vanessa, con ese incisivo modo venenoso. Emily, una imagen falsa atrae un amor falso, una imagen verdadera atrae un amor verdadero. Lord Webb no ama a Lady Anne, se obnubiló un tiempo, y cuando se cansó y entendió lo vacío de la relación, la dejó. Tú no eres así, tú no quieres eso...

—Quizá sí —musitó—, quizá sí quiera eso, puede que me baste, que luego... ¡Cameron! —exclamó desesperada. La señorita Madison alzó la vista, desorientada por la alerta de su amiga.

Una fracción de segundo, a eso se redujo el accidente. Una fracción de segundo en la que Cameron divisó una maceta de piedra caer sobre ella, antes de que pudiera reaccionar, Emily la empujaba sobre los setos llenos de espinas.

—¿Estás bien? —inquirió Emily, asustada—. ¡Ayuda! ¡Socorro! La señorita Madison se ha lastimado... ¿Cameron? ¡Cameron!

—Estoy bien, o eso creo. —Los restos de maceta estaban a sus pies, tenía la camisa rota por las espinas y varios raspones le surcaban el cuerpo. El peor de ellos, en la pierna derecha, donde uno de los fragmentos del tiesto se había incrustado al romperse.

Los sirvientes se aglomeraron alrededor y se encargaron de llevarla a la recámara. Lady Thomson no tardó en hacer llamar a un médico, y poner todo a su disposición.

—¿Necesitas algo, querida? —le preguntó Mariana, estaba muerta de preocupación.

—Solo un enorme favor, uno que requiere de la más extrema discreción.

—Mis favores preferidos, dime...

—Entréguele una nota por mí al señor Walsh —solicitó antes de que el calmante hiciera efecto. Anotó en un trozo de papel que luego dobló en cuatro:

*Sean,*

*Me pareció ver una sombra en la terraza cuando alcé la vista, no estoy segura, el susto puede haberme jugado una mala pasada. Pero no podemos descartar la posibilidad.*

*Con todo mi amor,*

*Cameron.*

Y tras esas palabras, cayó presa de un sopor del que apenas pudo recuperarse.

## Capítulo 11

El doctor Foster fue en extremo amable con Cameron, tal y como él dijo, el estado de gestación era información que podía reservarse, siempre y cuando la joven guardara reposo, y le prescribió un calmante suave que, aseguró, no dañaría al bebé.

Por ese motivo, la sorpresa y el desconcierto lo golpeó de improviso al regresar unos días después y hallar a la señorita Madison en tan mal estado.

—Por favor, déjenos solos —pidió el médico al ver a la paciente. Una vez cerraron la puerta, se dirigió a la ventana para hacer circular la refrescante brisa—. ¿Ha tomado el calmante? ¿Solo eso? ¿No ha probado con algo más fuerte?

—No, no —respondió Cameron. Se intentó incorporar en la cama y apenas lo logró—. Solo he tomado el calmante con algo de té esta mañana...

—Durante el embarazo es normal algo de fatiga, náuseas...

—Lo sé —lo interrumpió la muchacha, presa de un gran temor por la vida que crecía en su interior. Se tomó el vientre con la mano, en un intento de asegurarse de que allí seguía todo en orden—, he tenido malestares matutinos. De hecho, aún los tengo, pero nunca duraron tanto. Tras beber el té y el jarabe, como siempre, he vomitado... pero, en general, después ya me siento repuesta.

—Quizá se deba a eso, a que ha expulsado de su organismo el medicamento. Probaremos con que lo ingiera luego de las náuseas matutinas, quizá de ese modo... —Parecía poco convencido. La examinó con cuidado, le tomó la temperatura, observó las heridas, se aseguró de que ninguna, ni la más pequeña, estuviera infectada, palpó daños internos, y se marchó tan desconcertado como había llegado.

Luego de su partida, la carabina de señoritas americanas irrumpió en la habitación con el fin de entretenerla, atender cualquier necesidad; pero Cameron

apenas si se podía mantener despierta por unas horas.

—No lo entiendo, fue un accidente de lo más tonto —se lamentó Emily. Las lágrimas la asaltaban con frecuencia desde el incidente, se culpaba por no haber reaccionado lo suficientemente rápido, por haber discutido, por la distracción que su charla había provocado.

—¿Lo fue? —inquirió Vanessa.

—No podemos acusar sin fundamento —Miranda detuvo las conjeturas de la señorita Cleveland—, ni siquiera mi título es tan fuerte como para sostener una habladuría así.

—¡No es una habladuría! Y lo sabes. Ese hombre, ese asesino, puede ser el próximo presidente de Estados Unidos, ¿lo recuerdas?

—Sí, Vanessa, lo recuerdo. Y perdona si no sigo tu línea de pensamiento del bien mayor, de las causas y demás, pero en este momento me preocupa más la salud de mi amiga, que está tan mal que no escucha esta discusión. ¿Lo ves? Preocúpate por política después —la reprendió con dureza.

—Pues eso hago...

—Emily —Miranda no deseaba discutir con la bostoniana, en parte, porque no quería pensar en que su amiga pudiera ser víctima de un psicópata asesino. Ese temor le trajo otro a la mente, uno que había tenido de objetivo a su amado y a ella, como daño colateral—, tu madre... tu madre pudo ayudarme ¿recuerdas?

—Sí, pero no es lo mismo —se lamentó la californiana—, mi madre entró anoche conmigo a verla, sus heridas no muestran signos de infección, y el calmante que le dieron es a base de hierbas naturales, todo es correcto, a menos que...

—A menos ¿qué? —Vanessa ardía de preocupación. A diferencia de Cameron, su estado febril llegaba hasta las nubes.

—Que sea una reacción alérgica que desconozcamos... El doctor Foster no cree que sea eso. Aunque...

—¿Aunque? —la instaron Vanessa y Miranda al unísono.

—Quizá me tomen de poco racional, espero no se enfaden.

—Me enfadan tus volteretas —se quejó la señorita Cleveland—, y tus dudas sobre tus habilidades. Deja de vacilar.

—Mi madre le dijo a Lord Bridport, cuando Miranda estaba mal, que no dejara la habitación, que comiera allí. El amor espanta a la muerte... ¿No vas a burlarte, Vanessa?

—No. Estás muy sensible, Emily, últimamente. Además, creo que tienes razón... —Las dos muchachas fijaron sus ojos desorbitados en ella—. Para mí tal cosa como la magia del amor no existe, pero hay estudios que hablan del poder de la fe, de las enfermedades del corazón. No hay pruebas científicas, aún, por eso un buen estudioso no se cierra a la posibilidad.

—Bueno, señorita estudiosa, dínos cómo podemos traer al señor Walsh a la habitación de una señorita soltera sin generar un escándalo mil veces peor.

—No lo hacemos... ¿Acaso no eres tú Lady Escándalo? Supongo que a Cameron le tendrá que bastar con ser señorita Escándalo. Busquen a Walsh, yo convengo a Lady Thomson de que acepte esta locura.

—Al menos admites que es una locura —murmuró Emily antes de salir en búsqueda del empresario americano.



—Bien, puede... puede —remarcó—, que me haya equivocado —dijo Vanessa cuando Sean Walsh se presentó en la recámara. El hombre estaba fuera de sí por la preocupación y la desesperación.

Pasaba de caminar como león enjaulado a petrificarse al borde de la cama con la vista puesta en una inamovible Cameron.

Eleanor estaba hecha una furia, no podía creer que Lady Mariana estuviera de acuerdo con semejante locura.

—¡Por Dios! Un hombre soltero en la habitación de una señorita —vociferó.

—Eleanor, querida, estamos todas presentes, y Cameron está presentable, cubierta. Creo que podemos hacer una excepción.

—¡De ninguna manera! Este hombre no hace más que traer problemas ¡Váyase! —Los vidrios de las ventanas temblaron. Sean dejó el estado de contemplación por unos segundos para centrarse en la señora De Luca. Avanzó hacia ella, y la mujer pareció perder parte del valor, de la entereza.

—Señora, ¿qué puede ser lo peor de mi presencia aquí? ¿La reputación de la señorita Madison? Porque le recuerdo que no hay nada, ¡nada!, que desee más que casarme con ella. No crea que las formas, las normas, o cualquier pequeñez puede impedírmelo. —Los ojos celestes de Walsh chispearon y Eleanor retrocedió, un paso, otro paso, hasta dejarse caer en la silla del tocador—. El único obstáculo insalvable es la salud de la señorita Madison, lo único que me impediría hacerla mi esposa. Dígame, señora De Luca, ¿su voluntad de alejarla de mí es más férrea que el deseo de verla sanar?

—N...No, por supuesto que no. Quiero que mejore... Solo que su presencia no ayuda.

—Tampoco empeora —cortó la disputa Lady Thomson—, y creo que dado el evidente afecto del señor Walsh por la señorita Madison, prohibirle estar a su lado por un par de normas sociales es de una completa crueldad.

—Dice eso porque no es su sobrina —la desafió Eleanor. Era la primera vez que se alzaba en contra de la disposición de Mariana.

—Entonces, solo puedo darle mi palabra de que si, cuando Cameron mejore, no desea casarse con el señor Walsh, me ocuparé en persona de su reputación y de encontrarle otro marido...

—¡Esto es una insensatez! —se quejó Miranda e hizo uso del peso de su título, silenciando a todos los presentes—, no conseguiremos nada estando todos aquí, en su lecho, como si esperáramos la muerte. Debemos llamar a otros médicos, la tendríamos que llevar a Londres para que la revisen.

—El viaje podría ser peor —comentó Lady Thomson, tan impotente como las demás. Tía Eleanor, en cambio, estaba pálida como el papel. En su mente solo podía pensar en que Arnold la mataría cuando regresara a Virginia, y contemplaba la posibilidad de volver a Italia y vivir de lo poco que le había

dejado su matrimonio con De Luca. Cameron no estaba sana y salva, como le había prometido, ni lejos de Sean Walsh. Y aunque todos simulaban no ver al elefante blanco en la habitación, el estado avanzado del embarazo era innegable.

No, no volvería a Virginia, no enfrentaría la furia de su hermano.

—Se ve tan frágil —comentó Emily. Se acercó a la cama para correr los mechones castaños del rostro de su amiga y develar la palidez de su piel—, casi tendríamos que ponerte en una caja de cristal —le susurró con afecto—, como Blanca Nieves. Perdona por la discusión, Cameron, no quería... —Se lamentó, al fin de cuentas, le había echado en cara la delicadeza y fragilidad tan propias de una dama, algo que ahora se remarcaba en su estado de salud.

No se dio cuenta de que su susurro, aunque bajo, era oído por Sean. El hombre se puso de pie con rapidez, y volvió a su estado de león, solo que en esa ocasión no había jaula que lo contuviera.

—¿Señor Walsh? —inquirió Vanessa, inquieta—. ¡Señor Walsh!

—La señorita Grant tiene razón... —espetó antes de dejar la habitación.

—¿En qué tiene razón? ¿Emily? —se volteó hacia ella—, ¿qué has dicho?

—Que... que parecía Blanca Nieves... No lo entiendo, ¿por qué eso alteraría tanto a...?

—¡Porque la están envenenando! —vociferaron Miranda y Vanessa al llegar a la misma conclusión que Sean, y se largaron a correr por el pasillo para detener al empresario. No había que ser un genio para adivinar adónde lo llevaba su temperamento impulsivo.

—Ellen —ordenó la vizcondesa a una de las criadas—, quédate con la señorita Madison, no dejes que nadie entre a la habitación y consigue una maldita rata.

—¿Una rata, milady?

—Para que pruebe todo lo que ingiera la señorita de ahora en más. Vamos, uno, dos, uno, dos... —y salió de allí en compañía de Emily y Eleanor. Debían detener a Walsh antes de que hiciera una locura.



Miranda y Vanessa llegaron en el mismo instante en que el puño de Sean cortaba el aire que lo separaba de James Seward. William Witthall lo sostenía desde la cintura mientras Elliot contenía al político americano.

Varios de los invitados, al igual que el anfitrión, se hallaban en una amistosa partida de cartas en las terrazas que daban a los jardines frontales cuando fueron interrumpidos por la furia del empresario. Las acusaciones que se lanzaban uno al otro carecían de sentido para los testigos, los cuales solo atinaban a mantenerse al margen de la violencia.

—Señor Walsh, por favor, sea racional —pidió la señorita Cleveland al llegar junto a él, la corrida por la escalinata la había dejado sin aliento. No quería complicar más la delicada situación de Cameron. Teniendo el panorama completo, lo ideal era planear una estrategia sin alertar a Seward, y eso sería posible solo si Sean se sosegaba.

—¡Maldito desgraciado! No te saldrás con la tuya.

—¿Yo? No puedo creer que tenga el descaro de acusarme, Walsh. Quizá aquí no lo sepan, o estén dispuestos a hacerse los desentendidos, pero el único acusado de homicidio fue usted.

Tía Eleanor llegó con las demás mujeres justo en el instante en que el político de Carolina del Sur largaba la acusación.

—¡Oh, por Dios! Tiene usted razón —se horrorizó la mujer, y Emily, a su lado, puso los ojos en blanco por semejante necedad. Si bien Eleanor no conocía las pesquisas que se habían realizado durante ese tiempo, el amor de Walsh era tan claro como un lago de montaña. Era imposible concluir que ese hombre fuera capaz de lastimar a Cameron.

—¿De qué hablas, querida? —preguntó Lady Thomson. Otros hombres se sumaron al intento de sostener al ferroviario, entre ellos, el anfitrión.

—Mi sobrina atestiguó el crimen de una esclava, ella sabía que fue él. — Señaló al señor Walsh.

—Eso no puede ser posible —la sorpresa golpeó a Mariana, y se mostró dubitativa por unos segundos. Si bien la señora De Luca no le caía en gracia, sabía que no era capaz de lanzar acusaciones de esa gravedad a la ligera.

—No creo que lo sea —intervino el capitán Hobart, quien se presentó alertado por el alboroto, sus palabras serenaron a la vizcondesa. Confiaba en el criterio de su viejo amigo—, creo que debemos calmarnos y hablar como las personas civilizadas que somos.

Estaba muy preocupado por la salud de la señorita Madison, y esa aprehensión lo había llevado a comprender los sentimientos que albergaba hacia ella. Se trataba ni más ni menos que una proyección de Camile, el parecido tanto físico como de carácter. Y ahora, al igual que su esposa, en la flor de su juventud, sufría de la delicadeza de salud. Aunque no la amaba, no creía ser capaz de soportar ver cómo se apagaba la luz de su vida tan pronto.

—No hay espacio para eso, capitán —rebatía Sean y volvió a arremeter contra su adversario—, es la salud de la señorita Madison la que está en juego, de ella y de... —se detuvo a tiempo, pero bastó para que Hobart comprendiera de quién más hablaba Walsh, y confirmar lo que su corazón le dictaba, que Sean era inocente, un hombre desesperado por perder a la mujer que amaba y a su hijo.

La pena le quitó parte de la fuerza al empresario, y William pudo al fin someterlo. Alejarlo de allí. Logró a duras penas arrastrarlo a los sanitarios para que se refrescara y apagara el fuego de la furia.

Eleanor continuaba exponiendo su versión de los hechos, esa que lo dejaba al ferroviario como culpable. Los ojos de Seward refulgían victoriosos, conseguía salirse con la suya. El capitán optó por permanecer junto al hombre de Carolina del Sur, mantenerse cerca del enemigo, para ver si así conseguía develar los planes del político y ayudar a esa pareja que merecía un destino mejor que el suyo.

Miranda buscó el consuelo que solo Elliot podía darle, y juntos, se alejaron de la terraza hacia la zona del lago, donde Vanessa y Emily ponían al tanto a Lord Webb sobre los hechos.

—No puedo creer que esto esté sucediendo. El señor Walsh es incapaz de lastimar a Cameron... —comentó Lady Bridport al grupo.

—Adrede —interrumpió Vanessa, furiosa. William reapareció, poniendo incómoda a la bostoniana, que optó por ignorarlo.

—¿A qué te refieres?

—A que los hombres enamorados son unos necios, Sean debía cerrar la maldita boca...

—O retarlo a duelo —propuso Lord Witthall, lo que le granjeó una mirada de desprecio de la señorita Cleveland—, descarta la lógica del hombre enamorado, la belleza de la locura...

—No puede estar hablando en serio —discutió la muchacha.

—Por supuesto que sí. Al alba, pistolas o floretes, y así no solo salva a la dama y hace justicia...

—Deténgase —exigió Vanessa—, nadie va a retar a duelo a nadie, y no hay nada «romántico» en matarse al alba. Además, nadie pone en tela de juicio los sentimientos del señor Walsh...

—Bueno, sí —interrumpió Miranda—, Eleanor De Luca.

—La opinión de esa mujer no puede importarme menos. —La llegada de Sean Walsh puso fin a los cuchicheos—. Gracias, Witthall, por defender mi honor; pero en esta ocasión debo darle la razón a la señorita Cleveland, he sido un necio al dejarme llevar por la ira.

—Nadie niega que la señorita Cleveland lleve la razón, solo exponía que es lo único que lleva, le falta el otro platillo que balancea el espíritu de un ser humano.

—Gracias por tu apreciación —lo detuvo Elliot, conocedor de los discursos de Lord Witthall—. Señor Walsh, ¿qué propone? Cuenta con nosotros, somos sus aliados.

Emily y Lord Webb asintieron, dispuestos a prestar cualquier ayuda necesaria.

—Debemos conseguir que confiese... —expuso ante ellos—, y tengo un

plan para conseguirlo, pero necesito la ayuda de alguna de las muchachas solteras.

Lord Bridport se aferró a su esposa, gustoso de saber que no sería ella quien tuviera que tratar con un posible asesino. La señorita Grant, presa de la culpa, dio un paso al frente. Vanessa la detuvo.

—Lo haré yo. —Imaginaba de qué se trataba el rol, y se sentía confiada de poder realizarlo. Miró a Lord Witthall con deleite, de paso, le podría demostrar a ese loco demente que a ella no le faltaba ningún maldito platillo.

## Capítulo 12

La rata murió a la mañana siguiente.

Ellen agradeció el suceso, pues le daba demasiado asco el bicho que chillaba en una trampera. Cameron, en cambio, sintió pena por el animal. En esa ocasión, después del malestar matutino, llegó la calma. La debilidad estaba presente en ella luego de varios días de no poder ingerir alimentos, ni retenerlos. Tenía un intenso dolor de cabeza y las tripas le ardían por la acidez de los jugos gástricos. Estar consciente era un alivio al igual que un martirio.

—El veneno estaba en el medicamento —confirmó la muchacha cuando regresó de deshacerse de la rata. Lady Thomson entró tras la doncella y cerró la puerta para brindar completa intimidad.

—Lo siento, querida, tendrás que tolerar el dolor por tus medios hasta que llegue el doctor Foster.

—No hay problema por eso, pero... —El dolor le aprisionó la garganta, y de manera instintiva, Cameron se tomó el vientre.

—Ya nos dirá el médico, no te preocupes antes de tiempo. No puedes darte el gusto de sumar ni un malestar a la lista que tienes encima.

—¿Se sabe quién ha sido? —preguntó la muchacha. Ellen se acercó con el desayuno, uno que igualmente había sido degustado por las ratas, y lo colocó en una mesa de cama. El olor a comida trajo consigo las náuseas, y Lady Thomson, dejando de lado los roles sociales, le aproximó el cuenco y le sostuvo el cabello. Luego, con un paño húmedo, se encargó ella misma de refrescarle la frente.

—El señor Walsh está convencido de que fue James Seward —dijo la vizcondesa. Cameron consiguió mascar un par de bocados del pan recién horneado—. Yo no tengo el panorama completo, querida, por lo que no sé en qué se basa. Pero él, junto a tus amigas, están urdiendo un plan para probarlo.

La noticia llenó a la señorita Madison de energía.

—¿Qué plan? ¿qué debo hacer?

—¡Descansar! —se enojó Lady Thomson y mostró un temperamento que solía reservarse para la intimidad—. Cameron, ¡por Dios!, te han estado envenenado y tú quieres salir de la cama para sumarte a esta locura...

—Milady... —La tomó del brazo para calmarla—, usted no lo sabe...

—Es claro que no sé nada —siseó la mujer, molesta—, bajo mi propio techo. Ni siquiera sabía que esperabas un hijo del señor Walsh hasta ayer.

—Lo siento, milady, de veras lo siento mucho. Permítame explicarle —rogó Cameron, y cuando Mariana asintió, pasó a relatarle la muerte de Nala, las pesquisas llevadas por el señor Walsh y las conclusiones a las que habían llegado.

El doctor Foster interrumpió en ese momento, poniendo pausa a la conversación. Lady Mariana dejó los aposentos y fue junto al grupo de invitados que se reunía en su salón personal. Las tres señoritas americanas, secundadas por el capitán Hobart, Lord Bridport, Webb, Witthall y el mismo señor Walsh delimitaban los pasos a seguir para tenderle una trampa a Seward.

Cameron lamentó quedar a solas y desconectada del mundo.

—Señorita Madison —saludó Foster—, me alegro de verla mejor. Lady Thomson me ha comentado lo sucedido, no me alcanzan las palabras para expresar mi pesar.

El hombre se veía abatido, culposo.

—Doctor, es probable que lo hayan alterado una vez en mi habitación. No creo que el boticario se preste a tales viles intenciones...

—Espero que no, porque lo conozco de toda la vida y... —Recurrió al profesionalismo para dejar las inútiles disculpas, en ese momento, tenían cosas más importantes—. De momento, hasta que no lo analice en detalle, no podré determinar con qué la han estado envenenando. Le aseguro que le traeré esa información tan pronto me sea posible.

—Gracias...

—Ahora volveré a revisarla. ¿Ha tenido náuseas, mareos?

—Los habituales —confirmó ella.

—Creo que este pequeño o pequeña le ha salvado la vida, señorita Madison —comentó el doctor mientras buscaba los latidos del corazón del bebé—, los malestares matutinos han hecho que expulse gran parte del veneno ingerido. — No agregó sus miedos. Quien quiera que fuera el autor de tamaño delito se había asegurado una alta dosis.

Cameron sonrió apenas, llena de amor, antes de decir:

—Tiene sangre Walsh.

—Y al parecer eso es muy bueno. Es un niño fuerte, sus signos vitales son normales —comprobó con un moderno estetoscopio. El alivio de Cameron fue palpable en el ambiente, Foster lamentó tener que desmoralizarla—, sin embargo, hasta que no nazca, señorita Madison, no podremos descartar otros daños. Esperemos que los análisis en el compuesto nos arrojen algunas certezas y podamos tranquilizarnos, hasta entonces, solo nos queda tratar de revertir cualquier daño.

—Lo entiendo —se entristeció ella, aunque mantuvo el espíritu en alto. Su pequeña Nala Walsh sería una guerrera y saldría vencedora de esa batalla, estaba segura.

—Hará reposo, alimentación saludable, y me temo, no agregaremos ningún otro calmante. Tendrá que sanar las heridas del accidente sin ayuda.

—Puedo con eso —sonrió.

—Entonces, sin más que agregar... —Se puso de pie, y en ese instante, golpearon la puerta. Lady Thomson ingresó justo a tiempo para impedir que Foster se marchara.

—¿Todo bien?

—Tan bien como puede ser en estas circunstancias —dijo el doctor.

—¡Gracias a Dios! —y se persignó con la vista al cielo—, ahora, doctor, debo pedirle un favor enorme.

—El que sea, milady —accedió el hombre, preso de la culpa porque se hubiera usado su prescripción para envenenar a alguien.

—Cuando se marche de aquí, finja que ha dado malas noticias. Si puede, coméntele a mi esposo, en voz alta para que los demás escuchen, que la señorita Madison no pasará las cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué? Yo... —dudó.

—Tenemos que proteger a la señorita Madison. Si el asesino sabe que hemos descubierto su plan, lo intentará por otros medios.

—¡Por supuesto! Tiene usted toda la razón. Cuenten conmigo... milady, señorita. —Saludó con una reverencia y se marchó a cumplir con su parte.

—¿Lady Mariana? —inquirió Cameron, ansiosa por los detalles.

—Ambas nos salimos con la nuestra, querida. Tu rol en esta farsa es el de mantenerte en esta habitación, descansar y no salir por nada del mundo. Solo Ellen podrá entrar, si lo hace otro, simula estar muriendo.

Las náuseas volvieron a ella en ese instante.

—Dudo que me cueste demasiado —y Lady Thomson tuvo que dejar su título a un lado para acercar el pote a la boca de la señorita Madison.

∞∞∞∞

Las aguas de la nobleza británica estaban divididas, y Lord Thomson debía comportarse como el puente comunicador entre ambos lados. No le sirvió de mucho, gran parte de los lores optaron por la sabia decisión de marcharse: asesinos y asesinatos, ratas y mujeres al borde de la muerte. ¡Demasiado! La vida de Londres, con contaminación incluida, era más saludable que la experiencia que se estaba viviendo en Sameville.

Los menos extremistas y más racionales se mantuvieron abiertos a las explicaciones dadas por los anfitriones y al disfrute que, gracias a la incómoda situación, alcanzaba límites insospechados. Sin duda, los arriesgados no solo se deleitaban con más lujos y atenciones de las esperadas, también gozaban del mejor nivel de cotilleo internacional.

La señorita Cleveland llevaba unos días siendo una partícipe activa de las conversaciones; por un lado, se encontraban el capitán Hobart, Walsh, Lord Witthall, Bridport y Colin Webb, y como era de esperarse, junto a ellos, las señoritas americanas. Por el otro, Seward, los Reed, los Eccleston —con su numerosa familia—, Eleanor, y un Lord Sutcliff que se sumaba al rol de mediador de Thomson. Mientras tanto, Sir Johnson contemplaba todo desde la distancia, posiblemente, lo acontecido se le presentaba como un claro ejemplo de estudio antropológico, y el hombre no quería perderse ningún detalle ni manifestar posición alguna. Lo único llamativo del asunto era el comportamiento de su pupila, podía oler las intenciones de la señorita Vanessa a kilómetros de distancia y eso le otorgaba una dosis prometedora al posible resultado del análisis. No era un hombre dado a las apuestas, pero de serlo, en ese instante hubiese apostado la mitad de su renta anual a que las intenciones de la joven iban dirigidas a un hombre en particular: James Seward. Era cuestión de tiempo...

Lo que era por demás obvio para Sir Johnson no lo fue para los demás, en especial para Seward. El acercamiento de Vanessa fue tan sutil y organizado que él lo sintió por completo natural y sincero. Es más, se sentía complacido con la posible nueva amistad, solo contaba con una aliada americana, Eleanor, sus coterráneos presentes lo atacaban decididos a expropiar su título de víctima recién adquirido.

Como era habitual a esas horas de la mañana, los invitados disfrutaban de una charla para justificar el consumo de tentempiés previos al almuerzo; la terraza, esa que era la antesala a los jardines centrales, fue el espacio elegido por la mayoría. La interacción de Vanessa ya era parte de lo cotidiano, cuando la señorita Cleveland lo deseaba, sus dotes sociales emergían a la superficie.

—Señor Seward —se valió de un susurro, recurso perfecto para que él cayera en la trampa de una confidencialidad que no pretendía ser tal—, ¿cómo se encuentra en el día de hoy? —Desplegó el abanico para dar énfasis a la actuación. La mitad de su rostro se vio resguardado.

—Luchando contra las adversidades, señorita Cleveland. —Era un maestro en el arte de la manipulación y la victimización, dos características indispensables que todo político debía poseer—. ¿Usted, señorita Cleveland?

—Dado el reciente rumor... —hizo una pausa para generar la inquietud requerida—, mejor.

—¿A qué se refiere? —La intención de confidencia creció en Seward, llevó el grave tono de su voz a un murmullo apenas audible para el alrededor.

—A la señorita Madison ¿a quién más?

—Prefiero no hablar de ella, al parecer es un tema sensible.

Si otras fueran las circunstancias y las intenciones, Vanessa hubiese jugado sus cartas comunes, esas que destilaban veneno; en este caso no podía, tenía que morderse los labios a fin de atraer a la presa, no ahuyentarla.

—Verdad... verdad, lo es —fingió hartazgo. Resopló—. Como si no existiesen asuntos más importantes en el presente. —Requería de la falsa empatía para llegar a él—. Por si le interesa, yo tengo información igual de sensible para usted —fue directa para provocar una respuesta directa.

Lo dicho cumplió con su cometido, James se llamó al silencio para analizar lo oído. Los ojos del hombre la evaluaron de reojo. Para Vanessa no fue necesario generar más clima, había logrado el efecto que se había propuesto, solo restaba la salida triunfal.

—No es apropiado que nos vean hablando juntos... ni compartir la información que poseo con ciertos individuos. —El desdén que acompañó a esas últimas palabras fue bien recibido por Seward, un dejo de sonrisa se dibujó en sus labios—. Si a usted le interesa, en quince minutos lo espero junto a la laguna, ahí podremos hablar como corresponde.

Darle la posibilidad a dudas o preguntas no estaba en los planes de Vanessa. Giró sobre los talones con delicadeza, y se alejó del grupo lo más que pudo. Cuando estuvo a unos cuantos metros de distancia, se volvió hacia él. Seward había cambiado de posición para observarla, la siguió en cada paso y cuando esta se volteó, el intercambio de miradas fue la confirmación de lo hablado. Vanessa lo supo, él iría al encuentro.

Por puro deleite personal, los quince minutos indicados se transformaron en veinte, el factor «deseo» debía mantenerse, al fin y al cabo, aunque no existiesen propósitos amorosos de por medio, debía valerse de sus estrategias femeninas.

Seward esperaba en la arcada principal del puente, lucía tranquilo pero intrigado. Vanessa fue silenciosa.

—Siento haberlo hecho esperar —así irrumpió en el momento contemplativo del hombre—. Tuve que escabullirme con mucha destreza, los paseos en solitario no están bien vistos.

—Tiene razón, me he dejado guiar por la intriga y no he puesto en perspectiva las posibles consecuencias para usted. No es adecuado que la vean conmigo en... en estas circunstancias de intimidad, señorita Cleveland. No quiero poner en riesgo su reputación.

James Seward era un asesino sin escrúpulos, ya estaba más que claro, pero por lo visto, eso no le restaba nada a su caballerosidad.

—No se preocupe, señor Seward, sé que mi reputación está a salvo con usted. —El mensaje oculto de lo dicho exponía la opinión de ella sobre su persona. Una opinión falaz que solo debía creer él—. Además, me importa muy poco lo que los británicos puedan opinar... la varilla con la que ellos miden su moral dista por completo de la nuestra. ¿No lo cree así? —Lo motivó a relajarse, a expresarse con liviandad.

—Creo muchas cosas, y la mayoría de ellas es mejor mantenerlas en secreto, el silencio es el mejor aliado del hombre.

Ella era puro veneno, se lo habían dicho un centenar de veces; pero ahí, la única víbora era él.

—Coincido con usted, por desgracia, muy pocas mujeres logran comprender la naturaleza de ese concepto. —Lo tomó del brazo para abandonar la posición alejada que le otorgaba el centro del puente—. Venga, tomemos resguardo cerca de los árboles, siento que estamos muy expuestos aquí.

Sin que él fuese consciente de la jugarreta, lo ubicó en el punto pactado, ese lugar les aseguraría a los demás una tranquila presencia en las sombras, y una distancia correcta para oír la conversación sin inconvenientes. Cuando se

detuvieron, Seward demostró que no era un niño de pecho, que era más hábil de lo que se pensaba.

—Señorita Cleveland...

—Vanessa —lo cortó en seco—, llámeme Vanessa.

—Como guste, Vanessa, voy a ser claro con usted, conozco a su padre y sus ansias de disertación constantes. —El hombre no pretendía dar vueltas sobre el asunto, quería ser expeditivo—. Por favor, si esa es su intención, le sugiero que sea breve. Esto no es conveniente para ninguno de los dos.

—En eso se equivoca... —Era el momento de atacar, de lo contrario, perdería a su presa—. Si lo que pretende es seguir en carrera a la presidencia, esto es lo único conveniente, señor Seward. Yo soy lo único conveniente para usted.

Dio en el blanco, los ojos de Seward la evaluaron con inquieto interés.

—De ser así, exponga lo que tenga para decir.

—Usted y yo sabemos muy bien que Sean Walsh no mató a esa esclava.

—¿Y cómo ha llegado usted a esa conclusión, si se puede saber? —Mantecía una calma exasperante.

Vanessa debió luchar con las irrefrenables ganas de abofetearlo. Lo detestaba más a cada segundo. Los hombres como Seward siempre se salían con la suya porque siempre había personas dispuestas a hacer la vista a un lado. No esta vez. No con ella en el medio.

—Su presencia lo confirma. Su presencia es su peor confesión, señor Seward.

Él estalló en una carcajada, unos sutiles matices nerviosos vibraron en su garganta.

—Hasta aquí llegó nuestra conversación... lo que tenga para decir, no me interesa, señorita Cleveland —dijo a modo de certera despedida.

Seward era un hueso duro de roer. Lo detuvo tomándolo del brazo, no iba a permitir su partida.

—James, no estoy aquí para juzgarlo. Conozco la historia detrás de la esclava muerta, y la conozco de la boca de la misma Cameron ¡Muchacha con menos juicio que ella no existe!—Apeló a todo el dramatismo posible— Sabe, a mí me subieron a un maldito barco, me hicieron cruzar el condenado océano por un marido que yo no he pedido, y como si eso no fuese ya suficiente tortura, esta estúpida aventura me ha obligado a relacionarme con jóvenes insulsas que saben muy poco de la realidad de nuestro país y pujan por derechos ajenos sin medir las consecuencias. —La pasión que logró colocar en cada palabra despertó la atención y la entrega total del hombre que estaba frente a ella—. Ansío regresar a mi hogar, y cuando lo haga, quiero regresar sabiendo que conserva su grandeza —Eso fue una melodía para los oídos de Seward, Vanessa pudo ver el brillo en sus ojos—, algo que no va a suceder si permitimos que ese pensamiento republicano se siga esparciendo como una endemoniada enfermedad.

La observó, se deleitó con ella. La belleza de la bostoniana, combinada con ese temperamento tan pasional, despertaba sensaciones inesperadas en el hombre, entre ellas, la confianza.

—Su padre cometió un error al enviarla aquí, con estos malditos nobles, nuestra nación necesita de mujeres como usted.

—Lo sé, por eso estoy aquí, cumpliendo con mi rol de ciudadana. Déjeme ayudarlo, si ellos están dispuestos a ensuciar su nombre, yo estoy dispuesta a hacer lo contrario.

—¿Qué propone?

Finalmente se entregaba a ella, caía en su red, si tejía bien su telaraña, el éxito sería de Vanessa.

—He oído a hablar a Sean Walsh sobre un brazalete... un brazalete que lo puede comprometer.

—¿Él tiene ese brazalete? ¿Lo trajo consigo? —Vanessa dijo la palabra clave, y el nerviosismo oculto en Seward se manifestó en su voz.

—Sí, lo tiene con él. Y no solo eso, también ha conseguido rastrear el origen

del mismo, sabe que la joya proviene de una orfebrería en Carolina del Sur.

Los nervios crecieron y se expandieron por todo el cuerpo de Seward.

—¡Maldición! —masculló furioso por lo bajo.

—Pero no se preocupe —dijo Vanessa tomándolo de los hombros para tranquilizarlo, estaba comprometida con su papel—, esa joya es lo que menos debe importarnos. —Utilizó el plural para fortalecer el recién nacido vínculo—. Podemos alegar que la esclava se lo robó... se lo robó esa noche, que usted lo había llevado como obsequio para Cameron, al fin de cuentas, por lo que sé, la idea era que usted le propusiera matrimonio ¿no es así?

Seward quedó maravillado por la agilidad de pensamiento de la muchacha, el argumento era perfecto.

—Tiene razón, de todas maneras, me gustaría recuperarlo —propuso él, sabedor de que ella lo ayudaría.

—Y lo haremos, aunque creo que, de momento, no es lo más importante... Cameron tiene una historia contundente a su favor, al parecer, la maldita esclava era «su amiga». —Colocó una gran dosis de desprecio en lo último—. Creo que su discurso puede ser peor que la joya en sí.

—Por supuesto que puede ser peor, ¿por qué se piensa que estoy aquí?

Vanessa no pudo evitar sonreír, saboreaba la victoria.

—¿Por qué sonrío?

Las emociones le jugaron una mala pasada, casi que la ponen en evidencia. Por suerte, el intelecto vivaz de la joven de Boston requirió de un par de segundos para volver al ataque.

—Porque me agrada, señor Seward. Porque confirmo que es la clase de hombre que nuestro país requiere. Podría haber enviado a cualquier otro, pero no... el que está aquí es usted.

—Con el tiempo he aprendido que, si uno quiere que las cosas se lleven a cabo de determinada manera, debe asegurarse de las mismas en persona.

—¿Y ya ha pensado cómo solucionar el incordio que la señorita Madison es?

—¿Usted qué cree?

—Creo que la suerte ha estado de su lado —Era el momento del ataque definitivo—, y si la misma nos continúa acompañando, si la salud de Cameron sigue empeorando, dejará de ser una piedra en su camino.

En esa oportunidad, el que sonrió fue él.

—Por supuesto que nos va a seguir acompañando, confíe en mí.

—Confío... —fingió desconcierto—. Pero no lo entiendo.

—Bueno, seré más claro entonces. No existe tal cosa como la suerte, y la salud de la señorita Madison no va a mejorar.

—¿Cómo lo sabe? Sé que corren los rumores de que ella no se encuentra bien, pero de ahí a presuponer que no va a mejorar es...

—Yo me he encargado de eso —la interrumpió con aires de gloria.

—¿Qué quiere decir? ¡No me deje así, con la incógnita!

—He adulterado su medicamento con arsénico —volvió a sonreír.

—¡Magistral, señor Seward! —festejó—. Supongo que solo descubrirán el veneno si analizan el medicamento.

—Exacto, por fuera de eso... no podrán rastrearlo, la muerte de la señorita Cameron será un triste e inesperado desenlace, nada más que eso.

—¿Y Walsh? Porque con brazalete o sin brazalete, me atrevo a decir que ya está al tanto de la misma información.

—Me encargaré de Sean Walsh a su tiempo... de algo puede estar segura, no regresará a América con vida.

Abofetearlo era poco. No podía siquiera mirarlo ya, tenía deseos de ahorcarlo con la fuerza de sus manos. Nunca antes había sentido tanto desprecio y odio hacia alguien. Le puso un fin a la treta. Ya tenían lo que había ido a

buscar.

—¡Ha oído eso, Señor Walsh! —alzó la voz sin apartar la mirada de los ojos de Seward.

El cuerpo de Sean Walsh se dibujó entre los árboles.

—Sí, señorita Cleveland, he oído a la perfección. ¡Gracias!

Seward se quebró en carcajadas al comprender la gran puesta en escena que habían urdido para él.

—¡Por todos los cielos! Creen que esto me afecta en algo, una vez más, es la palabra de ustedes dos, contra la mía.

—No, maldito canalla, es tu palabra contra la de todos nosotros.

Quién ríe último, ríe mejor. Y en esa ocasión, Sean Walsh lo hizo. A él se le sumaron Hobart, Lord Bridport, Lord Witthall y Colin Webb.

—Capitán Hobart, le cedo la palabra. —Sean lo invitó a participar del épico instante.

—Con mucho gusto, señor Walsh.

A paso firme avanzó hasta llegar a ellos. Compartía con la señorita Cleveland el deseo de ahorcar al hombre. Se contuvo porque sabía que el destino que tendría sería peor que el que sus manos podrían darle.

—¡Soy un reconocido político de los Estados Unidos de América! —gritó como si su cargo fuese suficiente para limpiarlo de las culpas— ¡No se atreva a ponerme una mano encima!

—Señor Seward, por si no se dio cuenta, está muy lejos de casa. —Charles Hobart fue solemne en palabras y acción. Todo él era sinónimo de rectitud y poderío— ¡Bienvenido a tierras británicas! Lugar en donde nos tomamos muy en serio los intentos de homicidio.

## Capítulo 13

La palabra de un Capitán de la Armada era tomada muy en serio por las fuerzas de la ley británicas, más aún si ese capitán era Charles E. Hobart, con vinculaciones diplomáticas a lo largo del continente y una directa relación con la mismísima Reina Victoria.

El destino de James Seward no era prometedor, pasaría un largo tiempo a la sombra en una prisión londinense hasta que fuese juzgado por su doble intento de homicidio; por desgracia, la muerte de la joven esclava estaba muy lejos de la jurisdicción de Inglaterra.

La salud de Cameron había ascendido dos peldaños en la escalera de la recuperación gracias a la noticia recibida. Por fin podía sentirse libre de respirar, ya no había sombras a su alrededor. A pesar de ello, el reposo era algo que se extendería por unos cuantos días.

—Sé que esto tal vez tenga sabor a poco... —Vanessa no estaba complacida con lo oído, le deseaba a Seward la peor de las condenas. Para ella, el ojo por ojo diente por diente era la justicia acorde para el hombre.

—¿Sabor a poco? Por favor, estuve a punto de perder la esperanza, pensé que iba a salirse con la suya. —La inocencia de Cameron se recuperaba al igual que su salud—. De manera directa o indirecta, pagará por lo que le hizo a Nala.

—¡Pagará por lo que te hizo a ti! Esa es la triste realidad, la muerte de esa muchacha solo será una anécdota más para él. —Compartía la furia de la injusticia con Cameron.

—Ya lo sé. Llevo albergando ese pensamiento en mi mente desde su muerte... y vuelvo a repetir, de una u otra manera, pagará.

—Supongo. Creo que lo peor que le puede suceder a un hombre como Seward es la exclusión social.

—Y perder su renombre —agregó Cameron—. Lo que aquí ocurrió no tardará en llegar a nuestro país.

—Dalo por hecho, Lord Thomson y Charles Hobart se están encargando de difundir la información con las personas correctas. ¡No quisiera ser un Seward en este momento!

Intentaron sonreír, no pudieron. Los suspiros invadieron la habitación ante el reconocimiento de que eran mujeres sobreviviendo en un mundo de hombres, relegadas al lugar que ellos le permitieran tener.

—A propósito... —Cameron atravesó el repentino silencio—. Me he olvidado de un detalle importante. —El ceño de Vanessa se frunció—. No te he dado las gracias.

Los ojos de la señorita Cleveland giraron dentro de sus órbitas, su trasero bailó inquieto sobre la silla, parecía sufrir de algún tipo de ataque alérgico, uno muy particular que reaccionaba solo ante la palabra «gracias».

—¡Aggg, ya hemos hablado de esta costumbre tuya de agradecerme! Me fastidia.

—¿Qué no te fastidia a ti? —Vanessa sonrió—. Como sea, gracias. Sin ti, esto no hubiese sido posible. —Tomó sus manos entre las de ellas—. No solo estuviste aquí para mí, sino que también me ayudaste a abrir los ojos. Señorita Cleveland, aunque no lo quiera aceptar, es usted una muchacha... —Buscó una palabra que la definiera por quién era en verdad y que, a la vez, la provocara— ¡encantadora!

—¡Por todos los cielos, que la boca se te haga a un lado! Te confundes de señorita americana... te estás refiriendo a Emily o, en su defecto, a Miranda. En lo que a mí respecta, te equivocas, si hice lo que hice fue por puro aburrimiento... mis opciones eran: bordar, cotillear o formar parte de la secreta investigación de un crimen racial con connotaciones políticas.

Cameron no pudo más que reír, Vanessa se sumó a sus risas.

—No sé si es correcto reír después de todo lo sucedido. —La conciencia analítica atacaba a Cameron.

—Tú más que nadie merece reír, no olvides que fuiste una víctima más aquí.

—Lo sé... ¿sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que descubrí que he sido una víctima toda mi vida...

El ingreso de Eleanor escenificó lo dicho; tras ella se hizo presente Lady Mariana. La vizcondesa le pisaba los talones a la mujer, pretendía evitar los roces que surgían cuando tía y sobrina se encontraban en la misma habitación.

Vanessa abandonó la comodidad de la silla para marcharse, no toleraba respirar el mismo aire que la señora De Luca. Antes de hacerlo, susurró unas palabras de despedida al oído de Cameron:

—Este es el momento... deja de ser la víctima, deja de ser «su» víctima.

Se despidió de las presentes y, previo a su salida, intercambió un par de miradas con la anfitriona de la casa, quería marcharse sabiendo que la dejaba bajo el cuidado de alguien más.

Eleanor fue directo a la bandeja de comida para comprobar el avance de su apetito. La preocupación y el cariño quedaron anclados en el umbral de la puerta.

—Veo que comiste... ¿tu malestar ha menguado?

—No del todo, pero tal como me sugirió el doctor, me obligo a comer. — Debía pensar, alimentarse y sanar por dos.

—Mejor, necesitas recuperarte así podemos poner un océano de por medio en este escándalo.

—¡¿Qué?! —Lady Marianda y Cameron reaccionaron al unísono.

—Lo que has oído. —Primero se dirigió a su sobrina—. Ni bien te encuentres en condiciones, nos marchamos de aquí. —Una vez dicho eso, relajó la expresión tensa de su rostro para expresarse ante la vizcondesa—. Lady Thomson, ya hemos abusado demasiado de su hospitalidad, creo que es hora de

partir...

—¡No! ¡No pienso marcharme contigo! —Fue un grito de socorro. Cameron invirtió la dosis de fuerza recuperada en esa proclamación.

Lady Mariana desempeñó más que su rol social, puso en práctica la tarea que ella misma se había encomendado desde que la joven americana se había refugiado bajo su ala, y eso involucraba la discreta intención de velar por su bienestar.

—No me parece que estemos ante una situación de querer aquí, sino de poder, y no creo que la señorita Madison pueda emprender un viaje en su estado actual.

—¡Pues tendrá que hacerlo! —La mirada de Eleanor era esquiva, se escapaba de los ojos de la vizcondesa.

Cameron, por su parte, la atravesaba en evidente búsqueda de ayuda y sostén.

—Lo consultaremos con el doctor Foster...

—No, lo siento, Lady Mariana —la interrumpió con un descaro nunca antes expresado—. La decisión ya he sido tomada.

Esa actitud inesperada puso en auténtico desconcierto a la anfitriona de la casa. La verdadera Eleanor De Luca a floraba, le agradaba conocerla a rostro limpio, sin complacencia y falsas sonrisas.

—¡No pienso marcharme de aquí sin Sean!

—Buena suerte con eso, porque yo no voy a permitirlo.

La batalla pospuesta desde hacía semanas, finalmente, daba inicio. Eleanor se había preparado para este desenlace, uno impuesto con antelación y a la distancia. Cumpliría con el pedido de su hermano.

Cameron apartó las sábanas para levantarse de la cama, quería igualarse en condiciones con su tía, mirarla a los ojos sin sentirse pequeña ni inferior. Cuando sus pies hicieron contacto con el piso, se tambaleó, estaba débil, y los mareos

seguían haciendo de las suyas en ella. Lady Thomson la sostuvo por los hombros.

—Por favor, querida, regresa a la cama. —La angustia que adornó su voz hacía gala de una sincera preocupación. La guió de nuevo al colchón y acomodó sus piernas a lo largo—. Ya habrá tiempo para conversaciones de este estilo... de momento, no.

—¡De momento, sí! Si piensas que voy a permitir que esto... —dijo Eleanor señalando con desprecio su vientre— le juegue a favor al señor Walsh...

Lady Mariana se mordió los labios, debía mantenerse al margen, estaba ahí por Cameron, para cualquier cosa o rescate que la joven necesitara, pero tía y sobrina debía de limar sus asperezas.

—¡Esto es su hijo, tía! ¡Entiéndelo de una vez, estoy esperando un hijo de Sean Walsh!

—Estás esperando un hijo, punto final. Encontraremos la forma de que ese niño venga al mundo cuando estemos en casa.

Hasta ahí llegaron las posibles asperezas, Lady Thomson estalló, llevaba semanas tolerando a esa detestable mujer.

—¿Perdón? ¿Qué pretendes decir con eso, Eleanor? Me parece que he entendido mal. —La vizcondesa tenía ganas de arrancarse el título nobiliario que ya se había tatuado en su piel, para ir hacia la mujer y abofetearla hasta el cansancio.

—Dudo que no me haya entendido, Lady Mariana... Lo que vinimos a hacer aquí ya no va a poder ser. Nadie va a casarse con una mujer preñada. —No la interrumpieron, Eleanor se mostraba tal cual era, y las dos necesitaban conocerla—. Regresaremos a nuestra tierra, alegaremos algún problema de salud que requiera de reclusión, parirá el niño que tiene en su vientre y luego... luego, tal vez, podremos encauzar su vida.

No importaba la maldad del mundo, la inocencia de Cameron siempre hallaba la manera de mantenerse viva, era parte de ella, y esa parte se había aferrado a la idea de que Eleanor De Luca no era lo que demostraba ser, dentro de ella también debía de existir amor y compasión.

Pero no... la mujer era eso que mostraba y más, era peor.

Los ojos de Cameron se llenaron de lágrimas. Tantas veces había deseado encontrar en ella un pequeño fragmento de la madre que había perdido. Tantas veces...

—Todo eso, Eleanor... —Lady Thomson sintió la tristeza de la joven y se le estrujó el corazón. La pobrecilla estaba sola, y el único hombre que había hecho lo posible para alejar esa soledad de ella era expulsado de su vida por simple placer—. ¿Todo eso estás dispuesta a llevar a cabo solo para que Sean Walsh no se convierta en su esposo?

—Mi hermano así lo desea.

No tenía más argumento que ese, cuando se oía, reconocía el rabioso sentimiento que la movía. Eleanor no conocía la felicidad, y aborrecía a su sobrina, una chiquilla consentida que la había experimentado de la mano de una madre afectuosa, algo que a ella se le había negado. Cuando pensaba en retrospectiva y ponía sobre la mesa evaluadora la vida de ambas, ella perdía, y esa maldita chiquilla ganaba. Verla llorar la reconfortó.

—¿Y tú haces todo lo que tu hermano desea sin poner una gota de tu propio análisis en juego? —Lady Thomson traía consigo una historia con matices grises, su ingreso al mundo de la nobleza no había sido para nada sencillo, debió de cargar con un escudo para no salir dañada, y lo hizo, lo consiguió, nada la atravesó, se mantuvo intacta, auténtica y fuerte. A pesar de ello, no olvidaba, y Eleanor le recordaba ese pasado.

—Sí, confío en el juicio de Arnold.

—¿El juicio de Arnold? Ese mismo que consideró más correcto casar a su hija con un auténtico asesino. ¿A ese juicio te refieres, Eleanor? —El enojo latía en la garganta de la mujer.

—El señor Seward... —De nuevo, Eleanor pretendía escupir un estúpido argumento más.

—El señor Seward, ¿qué? —Cameron regresó en sí. Le puso fin al duelo sentimental, erradicaba a Eleanor De Luca de su corazón, no se merecía lugar alguno—. ¿Acaso piensas utilizar algún absurdo comentario para justificarlo?

Porque de ser así, te recomiendo el silencio, tía.

—¡Mocosa, ¿quién te crees que eres para silenciarme?!

—No te está silenciando, Eleanor... la bravuconería no es propia de tu sobrina, deberías saberlo a estas alturas. Como sea, yo consideraría su recomendación; si te soy sincera, tu voz comienza a irritarme, y no le encuentro mucho sentido a lo que dices. ¡Es más, estoy llegando a pensar que no estás en tus cabales!

—Al parecer, soy la única que conserva la razón, Sean Walsh... El señor Walsh... —y con ese balbuceo puso en juego su ignorancia, la pieza que le daría a Cameron el triunfo.

—El señor Walsh, ¿qué, tía? Vamos, dilo. —La señorita Madison hizo una elocuente pausa antes de proseguir—. No lo sabes. No sabes por qué mi padre lo odia o desprecia, no sabes por qué debes impedir este matrimonio, ni siquiera sabes cuál es tu maldito lugar en el mundo.

—¡Cameron! ¿Qué es esa forma de hablar?

—La única forma que tengo de ser oída. Sigues la orden de mi padre sin pensar, porque te aterra pensar. Estás resentida por la inferioridad que te hizo sentir, a la vez que le das la razón al no mostrar un verdadero carácter. Pues bien, tía, mi padre no odia a Sean Walsh, solo lo considera un mal negocio. Como me consideró a mí, tras la muerte de Nala, un mal negocio...

—¡Tu padre te ha dado todo!

—Me ha dado una bonita jaula, es cierto. ¿Y sabes qué más? Ha intentado salvarme la vida, a su manera. Y eso, tía, te molesta, te irrita, porque es más de lo que tus padres han hecho por ti. Disfrutas de la idea de que me manden lejos, que me casen con un hombre que apenas conozco... deseas que tenga tu mísera vida. —El cachetazo de Eleanor no consiguió más que enrojecer apenas la mejilla izquierda de Cameron. Lady Thomson se interpuso para impedir más violencia física, pero no se opondría a la joven Madison hasta que no dijera todo lo que tenía que decir. Ese era otro veneno que debía expulsar, que la estaba matando lentamente hace años.

—Sin mi permiso no puedes casarte... —amenazó la señora De Luca.

Utilizó su última carta, y perdió. Perdió ante la nueva visión del mundo que azotaba a Cameron. Había aprendido la lección que Londres le había brindado: negocios, poder y escándalo.

—Pero me darás tu permiso. De otro modo, harás un muy mal negocio en nombre de mi padre.

—¿De qué hablas? —la pregunta de Eleanor resonó en los oídos de Lady Thomson y despertó la curiosidad de la vizcondesa. Al fin de cuenta, esas señoritas americanas no paraban de sorprenderla con sus planes.

—Hablo de un escándalo mayor que el de James Seward, hablo de ir a juicio. Este es un mundo de hombres, tía, y tú no has aprendido la lección, yo sí. Mi hijo es de Sean, le pertenece, como yo le pertenezco a mi padre. Lo puede reclamar en una corte, lo cual implica exponerme a mí en ella, declarar mi amorío, cuántas veces he compartido el lecho con mi amado, cada ínfimo detalle de nuestra intimidad será declarado ante muchos oídos y bocas que lo harán correr...

—¡Estás loca! Quedarás como una, una...

—Una fulana. La hija de Arnold Madison y sobrina de Eleanor De Luca será una fulana.

—Yo... no... no te saldrás... —El tartamudeo parecía ser aviso de un ictus. La mujer estaba a punto de desmayarse ante la osadía de su sobrina, ante las amenazas de arruinarlos a todos.

—Y si por un momento crees que ese escándalo alejará a Sean de mi lado, permíteme hundir aún más el dedo en la llaga. —Avanzó un par de pasos, débiles de fuerza física, firmes de espíritu—. No se irá, porque me ama, a mí y a su hijo. Y esa, tía, es mi carta vencedora... Piénsalo, porque ahora, además del amor del señor Walsh, tengo amigos que me aprecian, y algunos muy poderosos. El capitán Hobart, Lady Bridport...

—Lady Thomson —se sumó la vizcondesa con una sonrisa triunfal—. Podemos llevar el caso a la misma reina Victoria. La mujer le tiene un gran cariño a Charles...

Eleanor De Luca se dejó caer, rendida, en el taburete del tocador. No había

nada más que agregar, Cameron tenía razón, eran negocios para Arnold. Había deseado que su hija fuera la primera dama de los Estados Unidos, pero si ahora se negaba al cambio de panorama, perdería no solo la influencia en América, sino también, los potenciales contactos en Inglaterra.

Su hermano era listo, conseguiría dar vuelta su versión, jugar el papel de padre preocupado y el de ciudadano comprometido con el país. Desmentiría su relación con Seward, regaría la que supo tener con Walsh y abriría un canal de negociación con el viejo continente. La única que perdía, como siempre, era ella...

Eleanor De Luca volvería a Virginia siendo la misma insignificante mujer de antes. Viuda, sin amor, sin carácter, que vivía bajo la sombra de su hermano. Podría haber sido distinto... podría... si tan solo hubiera hecho lo mismo que Cameron, volverse lista y aprender la lección.



La boda se llevó a cabo con celeridad. El capitán Hobart consiguió en un ir y venir a Londres el permiso especial.

—De haber sabido, recurría a usted —bromeó Lord Bridport, quien meses antes se tuvo que enfrentar a toda la cámara de lores para conseguir lo mismo.

—Pero nos hubiera ahorrado el espectáculo, y tú amas brindar escándalos —rebatía Webb, de buen humor. Los tres hombres se hallaban a la par de un nervioso señor Walsh.

Hobart había depuesto el honor de ser el padrino de Cameron en pos de presentarse de apoyo al novio. La señorita Madison cosechaba amor y cariño por donde iba, en cambio, Sean era un hombre solitario a quien le venía bien una mano amiga. Nadie hubiera dicho que semejante amistad se hubiera forjado sobre la base de pretender a la misma mujer. Charles se sentía satisfecho en su rol de perdedor, pues cuando ganaba el amor, ganaban todos. Él había sanado una parte de su pasado con la luz de Cameron, con esa inocencia que le recordaba a Camile. La historia se repetía para mostrarle un final feliz.

La capilla de las afueras de Sameville fueron dispuestas para la ceremonia.

Nada de carruajes ostentosos, avisos parroquiales ni cenas multitudinarias. Sobre todo, porque cuando la novia hizo el triunfal ingreso, también lo hizo la pequeña vida que crecía en su interior. En los últimos días, la panza de la señorita Madison había crecido de manera abrupta, como si el bebé supiera que ahora no tenía nada que temer y comenzara a mostrarse al mundo.

La imagen le originó un nudo en la garganta a Sean Walsh. Miró a su mujer, a su hijo, y supo que en ese instante era el hombre más afortunado del mundo.

Aún era preso del miedo, de la inseguridad. Aún no se creía digno de tanto... pero sabía, en su corazón lo sabía, se lo había ganado como a todo en la vida. Había viajado por ella, había luchado por ella, vencido por ella... había aprendido a amar por ella.

El vestido blanco, el peinado decorado con perlas y flores, el ramo de camelias... Cameron era la viva imagen de su sueño hecho realidad. Y como un sueño, todo pasó volando para Sean. Solo recordaría el momento de la promesa, esa que, ante Dios y varios testigos, sellaba las palabras que compartieron en el verano de Virginia: amarse y protegerse hasta que la muerte los separe.

—Los declaro, Marido y Mujer —dijo el párroco y fue coronado con varios aplausos felices.

El banquete y los festejos fueron reducidos a pedido de la pareja. Cameron solo deseaba una cosa, irse a la cama junto al hombre que amaba y...

—Poner los pies en alto —exclamó extasiada al llegar a la habitación matrimonial que había dispuesto Lady Thomson. La risa de Sean coronó sus palabras.

—¿Estás bien? —consultó, preocupado.

—Nunca estuvimos mejor —La mano de Cameron fue hasta su abultado vientre—, pero todo puede mejorar, ¿o no?

Claro que sí, y Sean Walsh tenía todo dispuesto para hacer de la vida de su reciente esposa, un cuento de hadas. No volverían a Estados Unidos hasta que Cameron hubiera dado a luz y se hubiese constatado la salud del bebé. El doctor Foster la revisaba con frecuencia y se aseguraba los avances, hasta el momento, todo seguía el cauce normal de cualquier embarazo, pero todavía no podían

descartar algunas secuelas.

Por ese motivo, el empresario había enviado una carta a la junta directiva de la empresa ferroviaria explicando las buenas nuevas y proponiendo algunos negocios en Inglaterra, de modo de justificar su estadía y conservar el puesto que tanto le había costado conseguir. La respuesta no había llegado de momento, y poco le importaba, porque sus prioridades habían cambiado, y sabía que pasara lo que pasara, le podía brindar la vida que merecía a su familia.

De hecho, ya era propietario de una hermosa casa en Londres, en una zona residencial que estaba en auge. La decoración quedaría en manos de su flamante esposa.

—¿Cómo puedo mejorarlo? —preguntó con picardía.

—Hmmm... quitándome tantas capas de asfixiante tela —propuso Cameron, y Sean no tardó en ponerse manos a la obra. La ayudó a incorporarse para desabrochar los botones de perla de la espalda y quitar el amplio vestido. Debajo, el corsé apenas cumplía la función de sostener los pesados senos de la joven. Se deshizo de él con premura, y tras ello, las enaguas tuvieron el mismo destino. Solo una suave camisola de seda a juego con la ropa interior separaba a Cameron de la desnudez.

Walsh se detuvo unos instantes para contemplar con deleite los cambios en el cuerpo de su mujer. La muchacha se sintió apenas inhibida, sabía que su esposo la amaba y que jamás se dejaría llevar por la apariencia exterior, pero, pese a ello, el pudor arremetía contra ella al saber que ahora su vientre no era plano ni liso, unas pequeñas estrías se dibujaban debajo y el ombligo comenzaba a asomar sin piedad. También sus pequeños y turgentes senos habían mutado para pasar a ser llenos y coronados por aureolas rosa intenso.

—Sé que estoy distinta...

—Eres la misma, eres única, Cameron... eres tan hermosa. —La besó con ardor, apoderándose de sus labios, de su boca dulce. La invadió con la lengua hambrienta, sedienta... ¿Hacía cuánto que contenía su deseo? ¿Hacía cuánto que la anhelaba así? Y ahora, era mejor que antes, mejor que nunca... era su esposa. Se refrenó justo antes de dejar que la pasión que lo embargaba se abriera camino sin piedad.

—¿Sean? —preguntó ella, tan deseosa como él.

—¿El doctor...?

—Dice que el único impedimento es la panza —confirmó ella y tuvo que sostenerse el vientre al reír—, no sabes lo colorada que me puse al preguntarle, como para que me vengas con reparos. Tenga un poco de piedad de mí, señor Walsh.

Él se sumó a las risas.

—Tendremos que ponernos creativos... —dijo con picardía. Comenzó a desvestirse frente a la mirada de su esposa. Cameron lo seguía todo con sus ojos azules; a diferencia de ella, él no había cambiado nada en esos meses. Era la viva imagen de sus fantasías, era lo que su cuerpo pedía a gritos. Se detuvo antes de quitarse la última prenda y volvió a su lado, en la cama—. Ahora, ocupémonos de la tarea pendiente, mejorar esto.

—Sean, por favor —suplicó Cameron, ávida por saciar su necesidad de él.

—¿Ansiosa? —replicó él, juguetón, antes de quitarle las medias y comenzar a masajear los pies de su esposa. La muchacha largó un gemido de deleite, aunque hubiera preferido gritar de placer. Pronto, y consumido por la mirada ardiente de ella, Sean comenzó a acompañar con besos sus masajes. La boca de labios tibios le acarició la piel de las pantorrillas, para ascender lentamente hasta empujarla a la locura.

Cameron se retorció, quería devolverle las caricias a su esposo, quería recorrer su cuerpo con las manos para volver a memorizar cada rincón. Pero estaba inmovilizada por el placer. Sentía la boca de Sean en su asedio, y lo único que atinó a hacer fue a quitarse la camisola. Su marido la acompañó arrastrando la ropa interior hasta desnudarla y retomar la tarea de saborear cada rincón. Volvió a su boca, para un beso profundo y descendió por el cuello, por el esternón hasta brindarle la misma atención a sus senos. Estaban tan sensibles que Cameron no pudo contener el grito de satisfacción. Las manos le friccionaban la piel en una caricia ya no tan delicada; al fin, conseguía su botín, Walsh le daba todo lo que ella anhelaba. Enredó los dedos en los mechones castaños del hombre, al tiempo que él continuaba con su exploración hasta llegar al centro de su femineidad.

Estaba más que lista, estaba al límite.

—¡Sean!

—Dámelo, Cameron, dámelo ahora —exigió Walsh, con la voz ronca por el placer. Introdujo un dedo en el canal y la estimuló con la lengua para hacerla explotar. Ella se dejó llevar, hasta gritar su nombre en el éxtasis. Así, una y otra vez, hasta saciar el hambre de meses.

Los espasmos remitieron, y Sean se alejó unos segundos para quitarse la ropa interior. Antes de que volviera a su lugar, Cameron se incorporó en la cama y lo detuvo posando la palma en el plano vientre del hombre. Su miembro se erguía demostrando el insatisfecho deseo, y ella no dudó en devolver la atención recibida. Lo llevó a su boca y probó cuán hondo le cabía...

—Cameron... —fue la súplica desesperada de Sean. Era la primera vez que ella lo hacía, y él no se sentía capaz de soportar tanto placer.

—¿Lo hago mal? —preguntó con inocencia y un poco de travesura.

—No, lo haces demasiado bien y no quiero... no así... no todavía. —Cameron disfrutó del hecho de ser capaz de brindarle placer al hombre que amaba, pero también del de tener poder sobre él. Mientras ella saboreaba el placer de Walsh, podía hacer con él lo que quisiera. Por fortuna, ambos querían lo mismo—. En otra ocasión seguiré como haces tú, hasta la cima, pero hoy lo quiero en mi interior, señor Walsh.

—¡Dios! Sí, tus deseos son las más deliciosas órdenes para mí.

Sean volvió a recostarse en la cama, tomó los labios de Cameron entre los suyos y la besó con ardor antes de posicionarse sobre ella. La penetró con delicadeza, hasta que la escuchó gemir al recibirlo por completo. La sensación de goce, de victoria al volver a estar juntos los embargó por completo. Sus cuerpos, al fin, volvían a ser uno.

La panza le impedía a Walsh ir tan hondo como quería, darle el ímpetu a los embistes que Cameron reclamaba con sus gemidos. Con suavidad, salió de su interior y la instó a ponerse de lado, la espalda de ella contra su pecho, y se introdujo en esa nueva posición. Cameron llevó una mano hacia atrás, en búsqueda del contacto de su marido, y con la otra se aferró a las almohadas presa

del placer. Podía sentir a Sean dentro de ella, profundo, rápido... podía sentir cómo crecían las sensaciones, cómo aumentaban hasta arrastrarla a lo alto. La mano de Walsh se unió al juego, acariciando el punto en que sus cuerpos se unían y, sin más, se dejaron caer, juntos, espasmos con espasmos, gemidos con gemidos.

Terminaron agitados, agotados y transpirados; pero, sobre todo, ansiosos por repetirlo.

—¿Cuán creativo crees que podemos llegar a ser? —preguntó Cameron, cuando sus besos despertaron el deseo de su marido una vez más.

—Hmmm, no lo sé, ¿se te ocurre alguna nueva forma? —La mirada de Sean brilló por la expectación.

—Qué tal si... —y la reciente señora Walsh le susurró a su marido una escandalosa propuesta de alcoba.

—¿Ya le dije cuánto la amaba, señora Walsh?

—Sí, señor Walsh, pero estoy dispuesta a escucharlo de nuevo...

—Te amo, Cameron.

—Te amo, Sean.

Y volvieron a hacer el amor como una irrompible promesa de eternas noches en compañía.

## Epílogo

Las tardes en casa de Lady Bridport fueron mudadas al salón de Cameron. Era mal visto que una mujer paseara por la ciudad en su estado, además de que, de ese modo, le permitían obviar el corsé.

La casa de Londres de los Walsh estaba en pleno proceso de decorado. El salón personal de la señora Walsh había sido uno de los primeros ambientes en sufrir los cambios a gusto de Cameron.

—¿Por qué no me sorprende? —comentó Vanessa al poner un pie en el lugar. Miranda la secundaba, aunque más atenta a los detalles y el buen gusto de la virginiana—, tienes una fijación por los colores pastel.

—Sean dice que es porque extraño Virginia —explicó la joven, que se apuró a pedir el té para sus amigas. Emily estaría por llegar de un momento a otro.

—No sé por qué, no creo que América te traiga buenos recuerdos.

—Al contrario, allí conocí a mi marido... además, no es por la nostalgia de mis vivencias, sino por el clima.

La niebla llena de smog se había disipado hacía semanas, y la temporada volvía a su esplendor; pero algo no había cambiado, en Inglaterra llovía día por medio, más en finales de primavera y principios de verano.

—No escuches a Vanessa —intervino Lady Bridport—, ya sabemos su afición por los comentarios malignos. —Cameron sonrió en complicidad, ya no compartía la misma opinión que en un principio sobre la bostoniana—. Por cierto, ¿la habitación del bebé?

—Oh, ya está lista. Solo faltan algunos juguetes que Sean desea confeccionar con sus propias manos. El pobre se aburre sin trabajo... —Al ver la preocupación en sus amigas, agregó—: Le ha llegado un telegrama en el que le

comunican que están de acuerdo con sus ideas, pero las especificaciones viajan en correo tradicional. —Las tres jóvenes pusieron los ojos en blanco, la comunicación con América era engorrosa. Sin ir más lejos, Miranda estaba a la espera de la respuesta de sus padres, o mejor aún, de la llegada de los mismos.

Las muchachas se sentaron en los cómodos sofás color crema y se dispusieron a probar todos los pastelitos que la cocinera de los Walsh había dispuesto para las invitadas. Conversaron sobre los nuevos rumores y cotilleos, moda, artículos en los diarios, libros... Cuando estaban por despedirse, algo decepcionadas por la ausencia de Emily, la señorita Grant fue anunciada.

—Emily, comenzábamos a extrañarte —exclamó Miranda, feliz, y corrió a abrazarla. La señora Grant la acompañaba, presentó sus saludos y respetos, y se despidió acusando tener mucho por hacer.

—Ya se enterarán —dijo, enigmática, la mujer antes de marcharse.

—¿De qué debemos enterarnos? —preguntó Cameron.

—Tu madre se ve demasiado feliz —fue el mal augurio de Vanessa.

—Oh, no, son buenas noticias. Excelentes de hecho... yo...

—Ven, siéntate, amamos las buenas nuevas —invitó Cameron, y como le costaba ponerse de pie, Emily la detuvo con un gesto de la mano. Se sentó en el sofá individual y llenó la taza de té con gran parsimonia, como si quisiera ganar tiempo antes de hablar. Miranda estaba ansiosa, Cameron la observaba con suspicacia y Vanessa...

—¡Habla de una vez! Que estoy poniéndome nerviosa.

—Es... me he comprometido —confesó la señorita Grant.

*¿Con quién? ¿Cuándo? ¿No sabíamos nada?* La avalancha de preguntas se desató y el silencio de Emily las obligó a imitarla.

—Con Lord Webb... —especificó sin mucha pasión en la voz. Tres pares de ojos se abrieron por la sorpresa y el deleite. Luego, hasta Vanessa dejó de lado el cinismo y aplaudió feliz.

—¡Felicidades! Oh, ¡qué buena noticia! —exclamó Lady Bridport.

—Lo sabía, lo sabía —mostró entusiasmo Vanessa—, solo tenías que ser tú misma, y...

La campana de servicio sonó. Cameron la sacudía como a una pandereta.

—¿Tenemos champaña? —preguntó a la sirvienta—. Esto merece un brindis. Imagino lo feliz que estás, Emily...

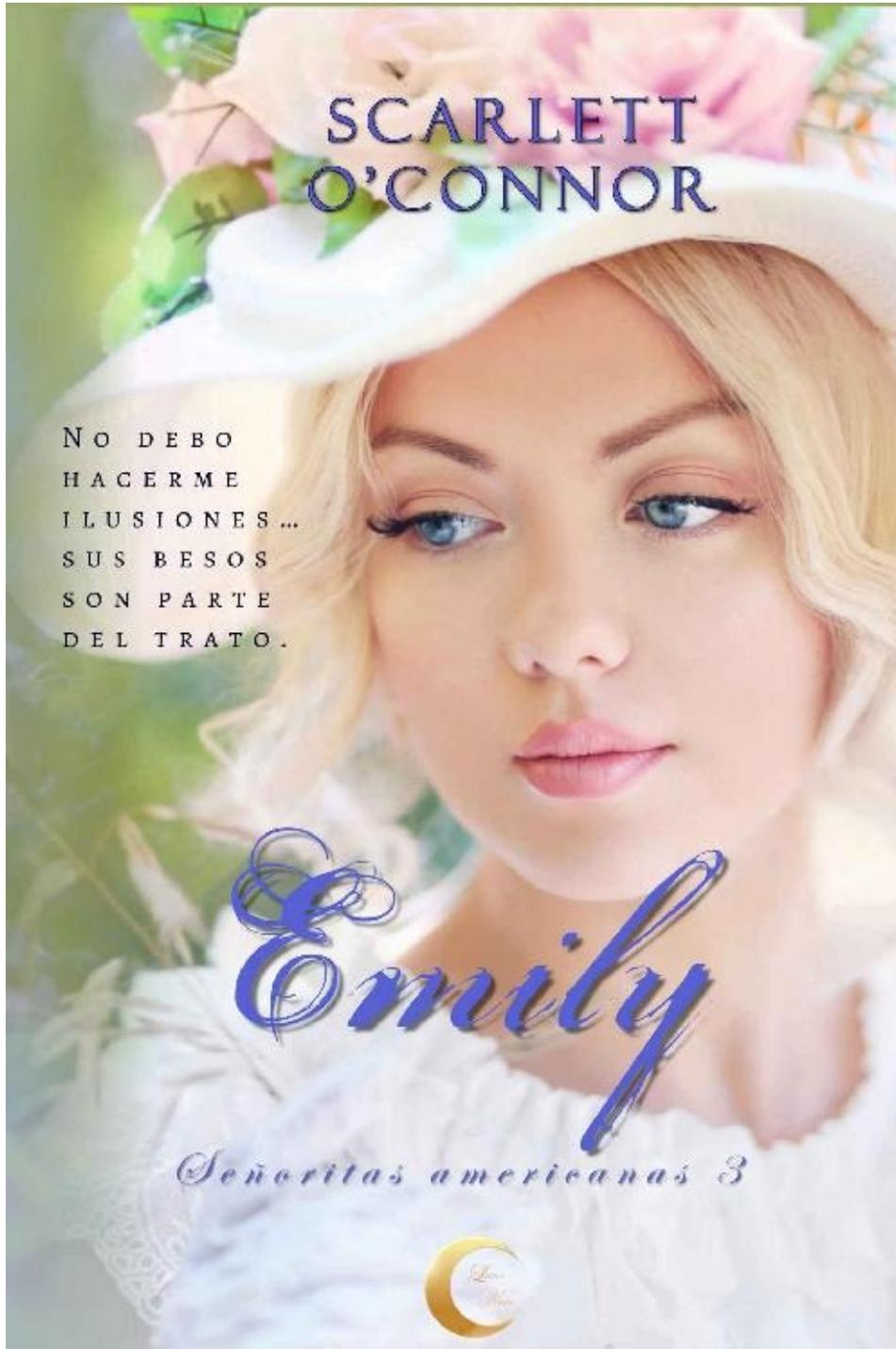
—Sí, sí... estoy muy feliz... muy...

Rompió en un llanto amargo y desgarrador que desconcertó a sus amigas.

Semanas atrás, sin saberlo, Vanessa había acertado con su comentario:

El día que el corazón de Emily Grant se hiciera trizas contra el suelo, todo Londres lo oiría.

Próximamente



LIZZY BRONTË

SUSURROS

EN LA

BRUMA

SIGUE MI VOZ, VE HACIA LA LUZ



## Nuestro catálogo



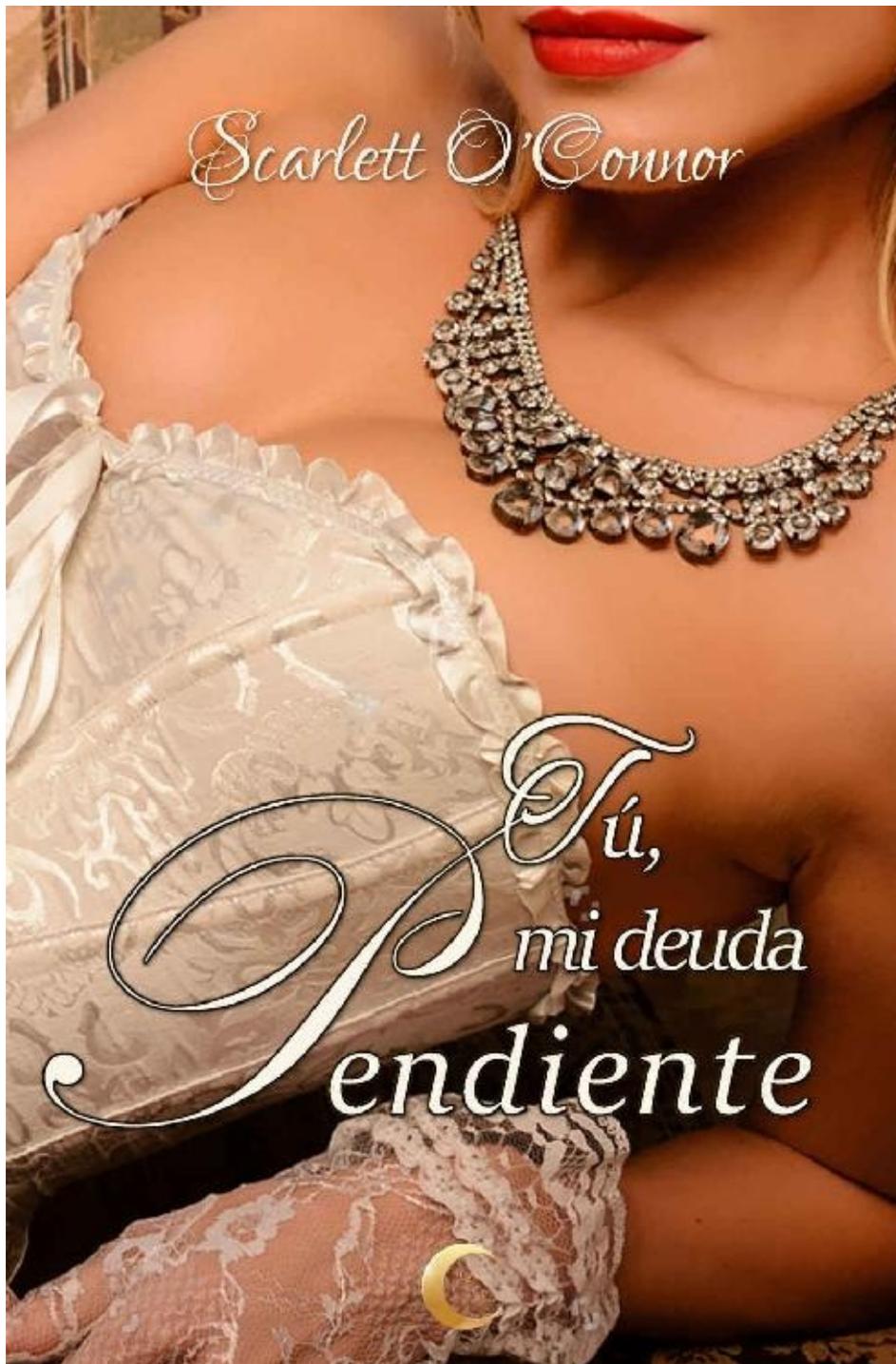
*Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.*

*"Recuerda siempre leer la letra pequeña".*

*Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.*

*Pero nadie le advirtió...*

*Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.*



*¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.*

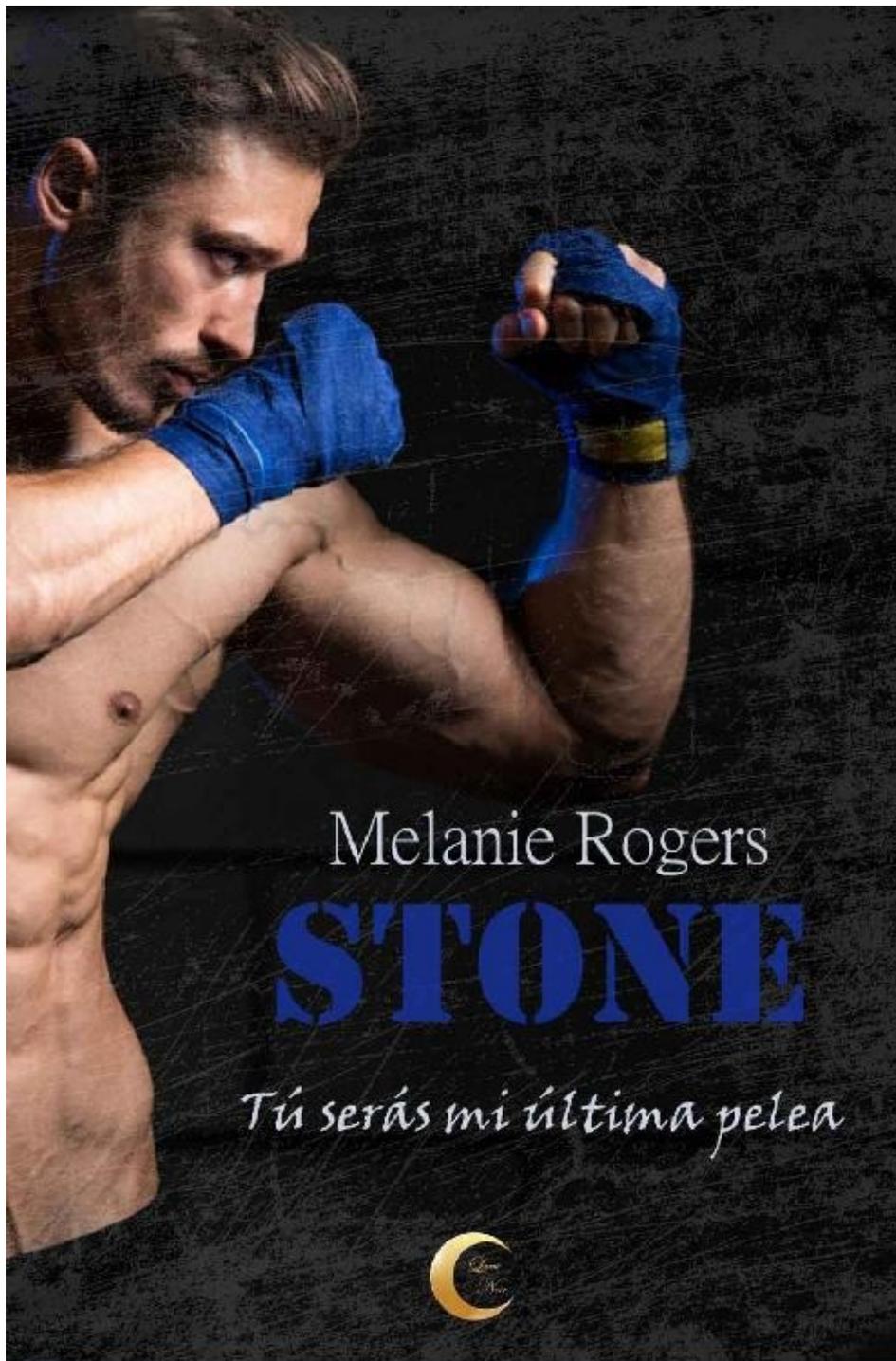
*-Melanie Rogers*

*Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su*

*hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:*

*Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.*

*Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.*



*Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë*

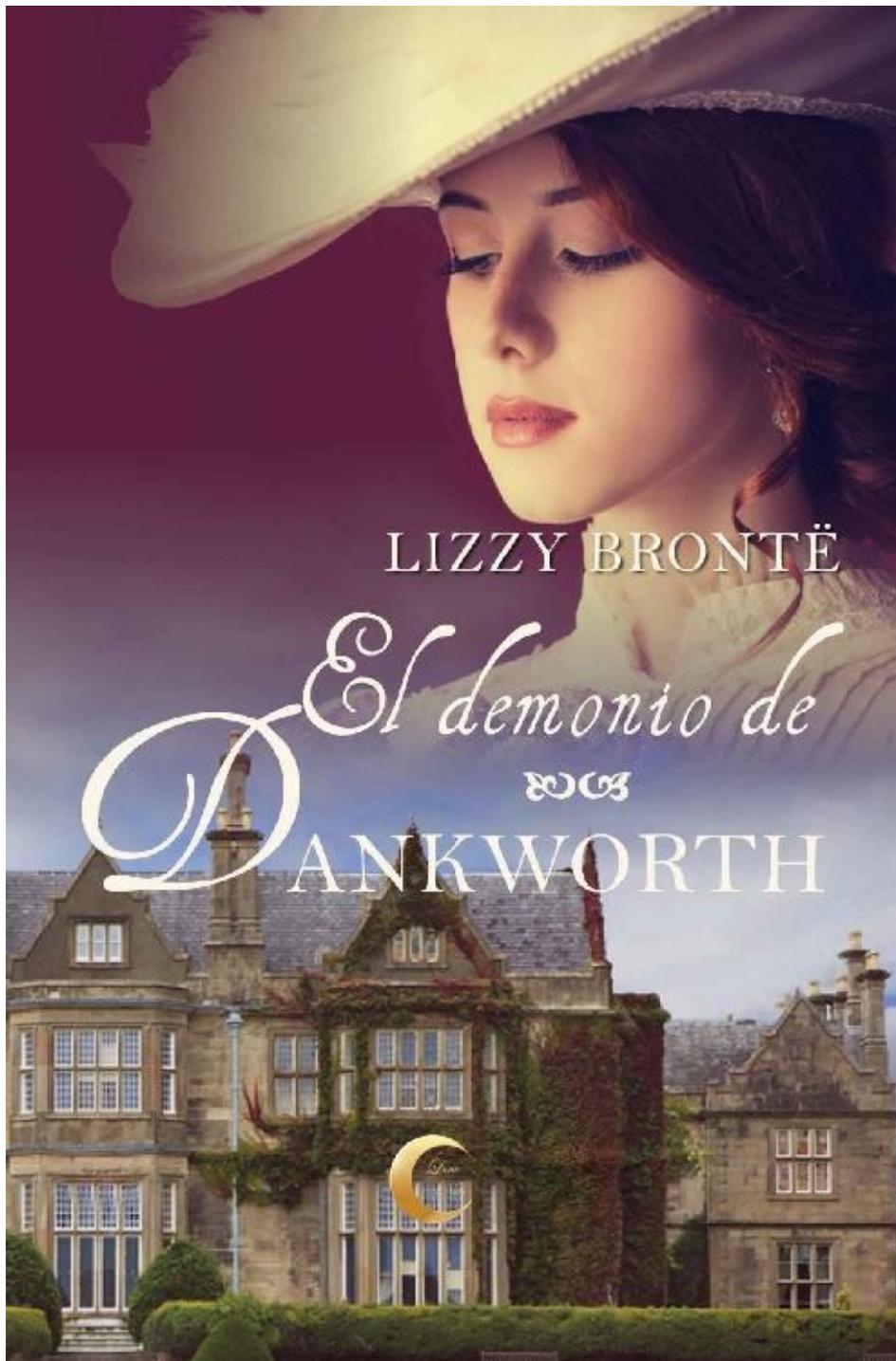
*Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.*

*Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.*

*Golpe a golpe, así recordará quién es.*

*Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.*

*No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.*

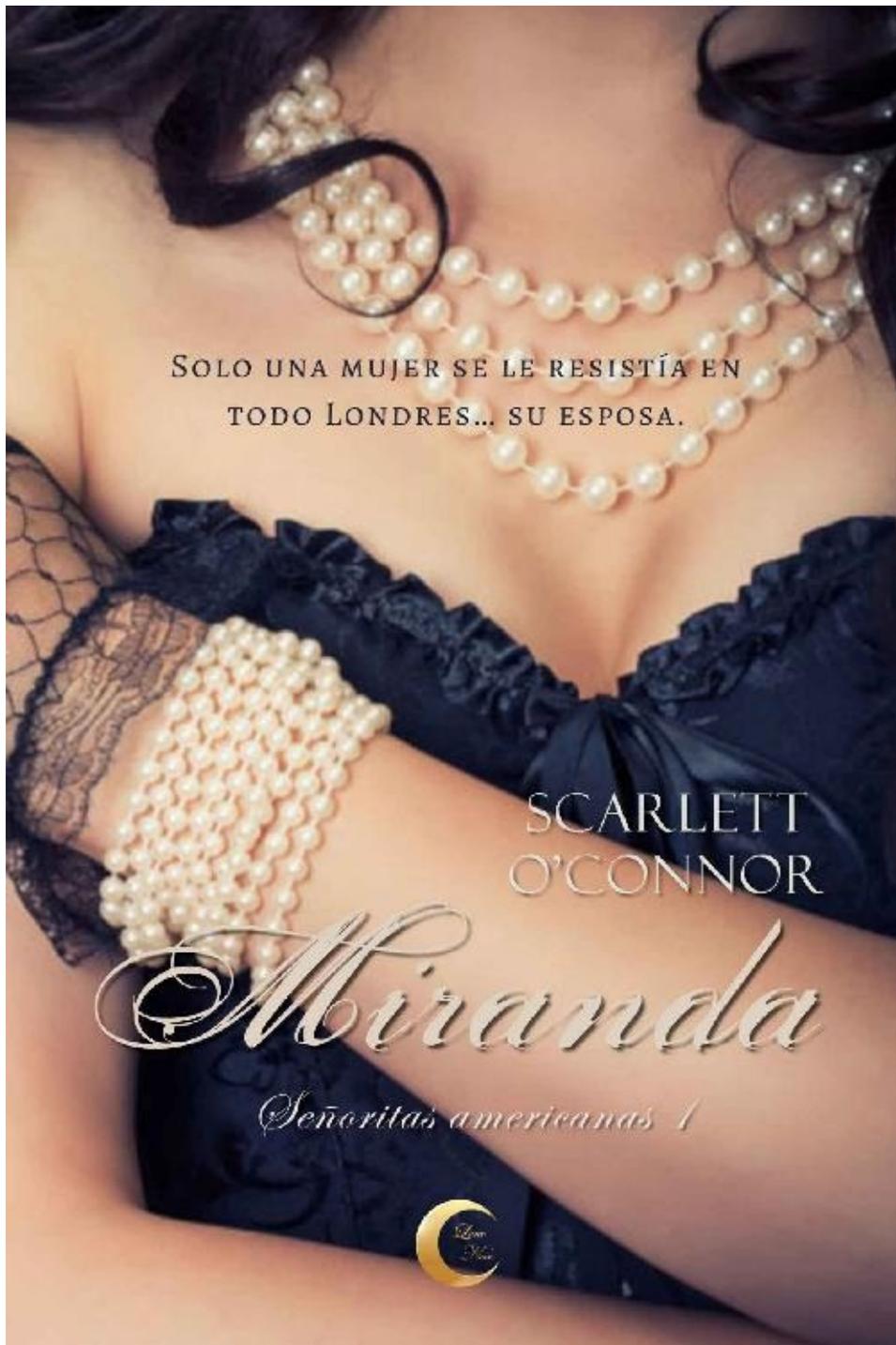


*Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.*  
-Scarlett O'Connor.

*¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?*

*Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.*

*Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.  
Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio...  
¿O será Diane quien lo salve a él?*



*Personajes inolvidables. Romance como Scarlett nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».*

*Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonroso pasado.*

*Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo*

*local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.*

*No enamorarse, ese es el plan de Elliot.*

*No caer en el red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.*

*Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?*

# Síguenos en las redes sociales



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



[/lune.noir.libros](#)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

[www.flaticon.com](http://www.flaticon.com) is licensed by Creative Commons BY 3.0.



<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>